
Natalia Olmedo
Mi odioso
IRRESISTIBLE
EX

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Mi irresistible EX
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

A mis lectores, que siempre están.

MI
IRRESISTIBLE
EX

NOTA DE LA AUTORA:

Cuando empecé a escribir esta historia, tenía muy claro lo que quería contar: no una historia perfecta, no un amor idílico sin conflictos ni heridas, sino una historia real. Una de esas que duelen, que hacen reír, que te aprietan el pecho... y que, si tienen suerte, encuentran su momento justo para florecer.

Porque de eso va todo esto.

De segundas oportunidades.

De esas veces en las que el amor no falla, pero el momento sí.

De las relaciones que se rompen, no porque falte amor, sino porque nos faltan herramientas.

Porque a veces hay que dejar ir.

Y otras veces, hay que saber volver.

Paula y Sergio son, para mí, ese ejemplo de lo que sucede cuando dos personas que se quieren de verdad deciden hacerlo bien. No solo volver a quererse, sino quererse mejor.

Con cicatrices, con recuerdos, con miedo, con deseo.

Con todo.

Y eso es lo que quería transmitir: que amar no es solo sentir, sino elegir.

Elegir quedarse.

Elegir escucharse.

Elegir volver a intentarlo cuando el corazón todavía late fuerte, pero ahora también con cabeza, con coraje, y con el aprendizaje a cuestas.

Porque a veces, lo que parecía roto, no lo está del todo.

A veces, lo único que hacía falta era el momento adecuado.

Y el valor de mirar al otro y decir: "ahora sí".

Gracias por acompañarme en este viaje.

Gracias por sentir conmigo.

Y, sobre todo, gracias por seguir creyendo en que el amor —cuando es de verdad— siempre encuentra el camino.

También quiero dar las gracias a la persona, MI PERSONA, que ha estado a mi lado durante todo el proceso creativo.

Ayudándome, dándome muchas ideas, acompañándome en mis horas frente al teclado.

Gracias a él puedo escribir sobre el amor, sobre cómo se siente que alguien ponga tiritas en un corazón roto.

Te quiero, Fran.

Espero que disfrutéis y os emocionéis tanto como yo.

Con todo mi cariño, Natalia

Prólogo

🕒 Hora: Madrugada del domingo.

Si alguien me hubiera dicho que pasaría mis noches de guardia en la farmacia narrando la vida nocturna de la ciudad mientras medio TikTok me veía en directo, habría respondido con cierto orgullo algo como: "Pues claro que sí".

A estas alturas, ya no me sorprende nada.

Además, ¿puedes hacerte una idea del aburrimiento que siento cada vez que tengo guardia? Te aseguro que no.

No gano para té matcha con tal de mantenerme despierta.

Lo digo en serio.

La noche es para dormir, para acurrucarte entre las sábanas y cerrar los ojitos de forma placentera. No para buscar una crema de la marca genérica de *Hemoal* porque un tal Manolo, a las cuatro de la mañana, tiene unas almorranas como puños.

He dicho.

Cuando aprobé el grado en Farmacia, me imaginaba mi vida laboral mucho más divertida. Aunque, he de reconocer que, en horario diurno, me lo paso teta con las clientas octogenarias, que son muy saladas.

En fin, que me enrollo.

—Bueno, gente —digo con una sonrisa pícara, acercándome un poco más a la cámara (en serio, esto me da la vida)—. Tenemos un ranking bastante interesante de compras nocturnas. ¿Preparados?

Reviso la lista de adquisiciones en la pantalla del PC de la noche anterior y alzo un dedo.

—Puesto número tres: amoxicilina a la 01:00 de la mañana. Alguien está muy malito y ha decidido que la urgencia farmacéutica es mejor que el médico de cabecera. Escuchamos, pero no juzgamos. —Pausa dramática—. Bueno, no. A ver si se acuerdan de que los antibióticos no se toman como pipas, que no son el nuevo suero milagroso.

Los comentarios se llenan de emojis de risa. Esto es lo bueno de trabajar de noche: la fauna nocturna nunca decepciona.

Deslizo un segundo dedo.

—Puesto número dos: preservativos a las 02:00. Lo típico. Noche de pasión improvisada, fallo logístico. Aquí estamos para solucionar emergencias, amigos. —Miro la cámara con expresión de "sabemos todos cómo va esto"—. Aunque, sinceramente, el instinto me dice que la persona que los ha comprado no ha ligado. Ha sido más bien… previsión optimista.

Respiro hondo y preparo mi mejor tono de presentadora de gala.

—Y ahora, el gran ganador de la noche… Redoble de tambores, por favor. —Golpeo suavemente el mostrador con las yemas de los dedos—. El oro se lo lleva… ¡test de embarazo a las 04:00 a.m.!

Me inclino hacia la cámara, bajando la voz.

—Si lo compras a esta hora, amiga, o estás cagada de miedo o estás cagada de miedo. No hay más opciones. Pero aquí estamos para dar apoyo moral, así que si mañana quieres contarnos qué tal, el chismecito es bienvenido.

Me río mientras leo los comentarios. La gente está enganchada.

Pero, justo cuando me dispongo a seguir con mi análisis sociológico sobre la fauna nocturna, mi móvil vibra sobre el mostrador.

¿Quién me habla a la una de la mañana?

Echo un vistazo y frunzo el ceño.

Nuevo grupo de WhatsApp: **2º Bach 2014 - Reencuentro**

—¿Pero qué…? —murmuro mientras deslizo el dedo por la notificación.

Creador del grupo: *Marina - la del flequillo*.

Me dan ganas de reírme, ¡cuánto tiempo sin oír hablar de ella!

Curiosa, abro el chat y empiezo a leer los nombres de los participantes.

Ahí están Fabi y Brenda, mis mejores amigas desde aquellos años de hormonas descontroladas y exámenes sorpresa.

Javi, el eterno bromista que todavía usa memes de 2012 sin pizca de ironía.

Carmen, que en el insti decía que sería influencer y, contra todo pronóstico, lo ha conseguido. A ella sí la tengo en Instagram.

Raúl, el que suspendía siempre y ahora es dueño de una empresa de éxito que vende tablas de cortar madera personalizadas.

Esther, que en clase era pura inocencia y ahora sube fotos con más escote que Kim Kardashian.

David, el chico que pasó sin pena ni gloria por el instituto, pero que seguro que aparecerá en la reunión convertido en un dios griego, porque la vida es así de injusta y porque ya lo puedo intuir por su foto de perfil.

Todo esto lo sé porque lo están contando en el grupo… y porque algunos los tengo en redes.

Voy deslizando el dedo, hay algunos nombres más.

Y entonces lo veo.

Sergio Echevarría.

Siento que se me paraliza el corazón medio segundo.

Solo medio.

Porque no, no me afecta.

Para nada.

Es solo que… no me lo esperaba.

No esperaba ver su nombre ahí, compartiendo grupo conmigo, como si los últimos años no hubieran existido.

Como si él no hubiera destrozado mi corazón y yo no hubiera tenido que fingir que estoy perfectamente.

—Mierda —susurro, carraspeando.

El chat ya está explotando de mensajes a pesar de la hora. ¿Es que esta gente no duerme?

Claro, estarán por ahí.

Marina explica que tuvo la brillante idea de juntarnos a todos después de encontrarse con Carmen. Y claro, que por qué no, que Carmen ha alquilado una casa rural para un fin de semana de convivencia y nostalgia.

Nostalgia, mis narices.

Claro, como ella tendrá dinero a mansalva por toda la publicidad que le hace a las marcas…

Me sudan las manos.

¿Un fin de semana entero?

¿Con todos ellos?

¿Con él?

Me paso la mano por la cara, resoplando, siento la tentación de ir al almacén y coger… ¡yo qué sé, un bote entero de Valeriana o algo!

Has leído VALERIANA, no MARIHUANA.

Sé que lo más sensato sería rechazar la invitación.

Vale, fumarme un canutito de la felicidad quizá también sería sensato.

Decir que estoy ocupada.

Que tengo cosas mejores que hacer.

Ay, qué mala me estoy poniendo…

CANCELAR.

CANCELAR.

CANCELAR.

Pero entonces leo el mensaje de Fabi: *POR FAVOR, DIME QUE VAS A VENIR.*

Paula, no nos hagas esto. VAMOS A REVENTARLO, añade Brenda.

Y ahí está el dilema.

Por un lado, mi orgullo y mi instinto de autopreservación gritan NO.

Así, en mayúsculas y todo.

Pero por otro, mi vena competitiva y mi necesidad de demostrarle a Sergio que estoy perfectamente, gracias, susurran:

Demuéstrale lo que se ha perdido.

Cierro los ojos.

Joder.

¿Qué hago?

Porque volver a verle en persona no es una opción… pero seguir huyendo de nuestro pasado tampoco.

Necesito pasar página.

Ya me gasté en su momento demasiado dinerito en kleenex y psicólogos, ¿vale?

Además, ¿cómo reaccionará él si me ve?

No tengo ni idea.

¿Estás preparada?

Genial.

YO NO.

Pero esta es mi historia. Esta es una parte de mi vida que quiero compartir contigo.

¿Me acompañas?

¡GO!

Por cierto, me llamo Paula, y una vez estuve enamorada hasta las trancas de Sergio Echevarría.

1
Paula

📍 **Domingo por la tarde**

🕒 **Hora: 20:32**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la presión de tus amigas sin admitir que te mueres de ganas de saber si tu ex va a ir.

📌 **Dificultad:** Alta. Fingir desinterés mientras revisas el grupo de WhatsApp cada cinco minutos no es tan fácil como parece**.**

El bar está abarrotado, pero he conseguido hacerme con una mesa en la esquina izquierda.

Fabi y Brenda llegan siempre tarde, así que he aprovechado para pedirme una cerveza y revisar por décima vez el grupo de WhatsApp.

No sé qué espero encontrar.

Quizá un mensaje de Marina diciendo que se ha cancelado todo por falta de asistencia.

O mejor aún, una respuesta de Sergio, que ha decidido no ir. Pero no, ahí sigue su nombre, bien visible entre memes y mensajes absurdos que no dejan de enviarse.

Solo pone emojis de risa.

Imbécil.

Ni siquiera ha dicho si va a asistir o no.

¿A qué cojones espera?

Doy un trago a mi cerveza, la mano con la que sujeto el vaso me tiembla.

No sé qué me pasa, pero no estoy bien.

Pensar que podría volver a verlo de nuevo no me hace ninguna gracia, me suben las pulsaciones y uno de mis ojos baila *twerking* en la cuenca.

Muy mal.

—¡Hombre, si es la futura estrella de TikTok! —exclama Brenda dejándose caer en la silla frente a mí.

Me ha asustado, la muy tonta, y casi se me derrama la cerveza del vaso.

Su melena oscura, perfecta como siempre, brilla bajo las luces del bar. Va vestida con una camiseta beige y unos vaqueros de tiro alto que le quedan de escándalo. Es el tipo de persona que podría llevar una bolsa de basura y seguiría pareciendo sacada de una revista de moda. O peor, de un anuncio de perfumes carísimos en blanco y negro.

¿La odio por ello?

Sí, pero solo un poco porque es mi hermana de otra madre y la adoro.

—Qué fantasía lo de anoche —añade Fabi, quitándose la correa del bolso y acomodándose a mi lado. Ella es la más bajita de las tres, pero tiene una presencia imposible de ignorar. Su pelo rubio con mechas platino siempre está perfectamente peinado en un bob que le da un aire sofisticado, aunque su personalidad es puro caos. Sus uñas, pintadas de colores imposibles normalmente, hoy no son la excepción: azul eléctrico con brillantitos en el dedo anular.

—El momento test de embarazo a las cuatro de la mañana me tuvo en vilo. —Fabi dramatiza llevándose una mano al pecho—. Necesitaba una actualización minuto a minuto, por favor.

El camarero deja sobre la mesa un par de cervezas que han pedido mis amigas antes de llegar a la mesa.

—Os recuerdo que soy una profesional de la salud —respondo con fingida dignidad—, no una narradora de realities.

—Claro, claro —Brenda me arrebata el móvil y revisa el grupo—. Vale, hablemos del tema. Fin de semana en una casa rural perdida de la mano de Dios. Habitaciones compartidas. Juegos grupales. Mucho alcohol. —Alza la mirada—. Paula, tienes que ir.

—Estoy considerando seriamente una baja por enfermedad —murmuro, dándole un trago a mi cerveza.

—Ni de coña —Fabi me la quita y la deja fuera de mi alcance—. Vas a ir. Vas a demostrarle a ese capullo que eres una diosa griega que no se ha quedado lloriqueando por él.

Es que sí me quedé lloriqueando por él, pienso sintiéndome ridícula.

Pero de eso hace ya un año, me recuerda mi otra parte del cerebro, la más normal.

—¿Y si me da un ictus al verlo?

—Pues lo grabamos en TikTok y nos forramos —bromea Brenda, brindando con su cerveza.

—O mejor, nos aseguramos de que parezca que tienes una vida increíblemente mejor sin él —añade Fabi con una sonrisa maquiavélica—. Ya sabes, esas cosas que hacen los famosos cuando su ex los deja. Cambio de look, indirectas en redes sociales, subir fotos en yates...

—Claro, porque tengo un yate aparcado en la Gran Vía —resoplo.

—Te compramos un flotador en forma de cisne y lo inflamos en el salón. Foto con filtro y listo —dice Brenda con una sonrisa inocente —. Siempre podemos preguntarle a Carmen, ella debe saber mucho de eso.

Me cruzo de brazos y miro a mis amigas.

Fabi es abogada y tiene la boca más afilada que una navaja. No hay discusión que no pueda ganar ni argumento que no sepa desmontar.

En el instituto era la delegada de clase porque nadie osaba enfrentarse a ella, y hoy en día sigue siendo la reina de los alegatos.

Brenda, por otro lado, es diseñadora gráfica y tiene el don de hacer que todo parezca estéticamente perfecto sin esfuerzo. Es de esas personas que siempre tienen una cuenta de Pinterest repleta de inspiración y una taza de café con espumita y dibujito entre las manos.

Su lema en la vida es: "Si lo vas a hacer, que al menos quede bonito".

—A ver —empieza Fabi, apoyando los codos sobre la mesa—. Vamos a analizar la situación como mujeres racionales y maduras.

—Eso será un reto para ti —apunta Brenda, riéndose.

—Cállate. Paula, sigamos con los hechos: uno, Marina y Carmen han organizado esto con toda la ilusión del mundo y tú eres demasiado buena persona como para rechazarlo. Dos, vamos

nosotras, lo que significa que no estarás sola en ningún momento. Y tres… —Sonríe con malicia—. Sergio va a verte.

Suspiro.

—¿Y qué? No me importa. Estoy por encima de eso. Además, ¡es que ese es el problema! No lo quiero ver.

Brenda se ríe tan fuerte que casi tira su vaso.

—Tía, acabas de revisar el grupo por décima vez en media hora. No estás por encima de nada. Y eso de que no quieres ver a Sergio… Perdona, pero lo dudo.

Me echo hacia atrás en la silla y miro al techo, exasperada.

Odio que tengan razón.

—Vale, pero imaginemos lo peor. Imaginemos que termino llorando en el baño mientras él se pasea con su nueva novia perfecta. ¿Qué hacemos?

Fabi chasquea la lengua.

—Para empezar, no se permiten acompañantes, es una reunión de antiguos alumnos, quizá no tiene novia. Y si la tiene, ¿qué más te da a ti? Ese pavo es pasado pisado… Para seguir, no sabemos todavía si va a asistir y llevaremos vino, mucho vino. Y, por último, vamos a asegurarnos de que tú vas a ese fin de semana como la mejor versión de ti misma. Que cuando te vea, se arrepienta hasta de haber nacido.

—Vamos a hacerte brillar —añade Brenda, con una sonrisa cómplice—. Y nos vamos a divertir. ¿Hace cuánto que no nos pegamos un buen fin de semana de fiesta juntas?

Hago memoria, torciendo un poquito los labios.

La verdad es que demasiado tiempo.

Eso de haber empezado a trabajar de manera seria, tras terminar la carrera, independizarnos y demás, ha matado un poco la diversión de nuestros años locos.

Supongo que hacerse adulto es así: sentir que esa parte de nosotros, donde no había más responsabilidad que estudiar, ha muerto.

Suerte que compartimos piso desde que lo mío con Sergio murió y es una manera de vernos más.

Y de poder tener independencia, por supuesto, los alquileres en Madrid son una locura, no se pueden sostener.

—¿La última vez no fue aquella escapada a la sierra en 2019? —pregunto.

—Exacto, cuando nos dejaron salir después del COVID —Brenda da un sorbo a su vaso—. Y eso no puede ser.

Resoplo, derrotada, sé que ya no hay escapatoria.

Si ellas han decidido que voy a ese reencuentro, voy a ir. Porque así funcionan las verdaderas amistades: saben lo que necesitas incluso antes que tú misma.

—Está bien —digo al fin—. Vamos al dichoso fin de semana.

Fabi y Brenda gritan como si hubieran ganado la lotería.

Y así, con mi destino sellado y un nudo en el estómago, brindo con ellas.

Que sea lo que tenga que ser.

2
Paula

📍 **Domingo por la noche**

🕒 **Hora: 22:08**

📌 **Objetivo:** Decir que sí al fin de semana sin hiperventilar demasiado.

📌 **Dificultad:** Nivel "mi dignidad está en peligro inminente".

—¿A qué esperas? —me apremia Brenda—. Escribe, guarra, escribe que sí que vas. Llevamos casi dos horas con esto.

Bufo mientras cojo mi teléfono móvil.

Me aparto el cabello cobrizo de la cara, aprieto los labios hasta que me duelen y escribo en el grupo sin pensarlo demasiado.

En cuanto pulso enviar, el mensaje queda fijo en la pantalla como si hubiera firmado mi sentencia de muerte.

De muerte por carbonización de bragas si Sergio va, recuerda lo bueno que está, susurra una insufrible voz en mi cabeza que me hace tragar saliva.

Ese "contad conmigo", admito, me ha sacado un peso de encima que no sabía que llevaba sobre los hombros, pero también siento que me arrepiento en menos de un segundo.

No obstante, ya es tarde.

Marina ha visto el mensaje.

Fabi y Brenda también, pues sostienen sus teléfonos móviles entre las manos.

Veo en la pantalla del mío que Marina está escribiendo.

¡Así se habla, reina!, responde Marina con un *gif* de Beyoncé lanzando besos.

Fabi manda una avalancha de emojis de brindis. Brenda, siempre en su línea, envía un sticker de una señora con gafas de sol diciendo "DIVA".

Y entonces, justo cuando empiezo a relajarme, aparece él.

Nos vemos allí 😊, escribe Sergio.

Me quedo congelada, con el móvil entre las manos y prácticamente sin aliento.

No puede ser.

No puede ser.

No.

O sea, socorro.

¿Por qué ha tenido que contestar justo ahora? Llevaba desde que se había hecho el grupo sin decir si venía o no, pasando olímpicamente de todo el mundo, poniendo solo caritas de risa como un idiota y ahora, justo ahora, decide confirmar su asistencia con ese maldito mensaje casual y relajado.

Como si no pasara nada.

Como si mi corazón no estuviera al borde del colapso.

Trago saliva.

—Ahí va, mi madre… —murmura Brenda, después pone morritos.

—¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! —exclamo, llevándome las manos a la cara, tapando mis ojos.

—A ver, no pasa nada, Pauli, sabíamos que esto podía pasar —dice Fabi, y yo la miro entre un hueco que he dejado entre mis dedos, por donde cuelo mi ojito.

Parpadeo y mis pestañas acarician la piel de mis dedos.

—No voy a ir —digo enfurruñada.

—Sí vas a ir —dicen ambas a la vez.

Pongo los ojos en blanco, está claro que quien no tiene problemas se los busca.

Más tarde, cuando estoy en mi habitación sola, sin que estas dos locas me perturben más de lo que ya estoy, me atrevo a buscar su perfil en Instagram.

Admito que dejé ese vicio hace tiempo, pero hoy me dejo caer en la tentación de volver a buscarlo, porque lo dejé de seguir, lo bloqueé y le eché también unas cuantas maldiciones.

Es como una droguita, lo sé, pero entiéndeme, voy a volver a verlo después de un año sin saber nada de él.

@sergioechevarria.

Fotógrafo.
Luz y sombras.
Historias en imágenes.
Madrid/Barcelona.

Y fotos, muchas fotos.

Naturaleza.

Ciudades en blanco y negro.

Retratos intensos de desconocidos con miradas que parecen contar historias.

Y ahí está él, entre todo ese arte visual, en una imagen reciente.

Camisa blanca remangada, cámara en mano, piel bronceada, barba de tres días perfectamente medida y esos ojos pardos que siguen teniendo el poder de hacerme olvidar cómo se respira.

Trago saliva.

Esto va a ser un infierno.

Sigo deslizando.

Más fotos.

Un atardecer en la playa, una copa de vino sobre una mesa de madera rústica, una historia nueva.

La abro con el corazón en un puño.

Playa.

Sol.

Una cerveza en la mano.

Camisa abierta dejando ver su pecho bronceado y abdominales perfectamente definidos.

Y su sonrisa.

Esa sonrisa que una vez fue mi debilidad.

Me paso una mano por la cara y cierro Instagram de golpe.

Estoy jodida.

3
Paula

📍 **Cuatro días más tarde, jueves**

🕒 **Hora: 22:45**

📌 **Objetivo:** Planificar el reencuentro con la precisión de una misión de la CIA.

📌 **Dificultad:** Nivel "Kill Bill, pero con más brilli-brilli".

—Vamos a ver, cariño, lo tuyo no es una reunión de antiguos alumnos, es una misión de alto riesgo y nosotras somos tus estrategas —declara Fabi con solemnidad, cruzándose de brazos mientras me observa desde el sofá.

Es jueves por la noche y no tengo guardia en todo el fin de semana, gracias al cielo.

Aunque podría haber sido una excusa perfecta para no poder ir.

—Exacto. Y en este equipo hay una norma básica —añade Brenda, sacando su móvil y conectándolo al altavoz—: ni una sola balada triste, Paula. Ni una.

La música empieza a sonar y, como no podía ser de otra forma, lo primero que escucho es Shakira y su sesión con Bizarrap. Porque nada demuestra mejor eso de "superé a mi ex" como gritar *Las mujeres ya no lloran, las mujeres facturan* con una copa de vino en la mano.

Y si es un Marina Alta, mejor.

Las tres nos hemos trasladado a mi habitación, salimos mañana y soy la única que no tiene hecha la maleta.

—Os odio —murmuro.

—No, nos amas —me corrige Brenda, revisando mi armario con cara de crítica de moda de la revista *Vogue*—. Pero tranquila, estamos aquí para convertirte en un misil teledirigido de pura venganza y sensualidad.

—Vamos a ver, esto no es *Kill Bill* —resoplo—. No necesito venganza, solo sobrevivir al fin de semana sin morirme de la

vergüenza.

—Error. Sí que necesitas venganza. Pequeña, sutil, elegante, pero venganza al fin y al cabo —Fabi me lanza una mirada de "hazme caso, sé de lo que hablo"—. Y para ello, querida amiga, vamos a definir tres puntos clave para tu éxito en esta misión.

Se aclara la garganta y levanta un dedo.

—Uno: actitud de diosa. Nada de bajar la mirada, nada de poner cara de "te odio pero en realidad me muero por ti". Vas a entrar en esa casa rural como si fueras Beyoncé en la *Super Bowl.*

—Dos: *look* de impacto. Y, por suerte, aquí está tu hada madrina *fashionista* —Brenda se señala a sí misma y empieza a sacar prendas del armario—. Esta es tu oportunidad, esto es la guerra, nena. Y no hay mejor armadura que un vestido que diga: *mírame bien, campeón, porque esto es lo que perdiste.*

—Tres: banda sonora —añade Fabi—. Nada de música deprimente, nada de baladas de Adele, nada de mirar por la ventana del coche como si estuvieras en un videoclip triste. Solo temazos de empoderamiento.

Me masajeo las sienes.

—¿Sabéis que esto solo es un fin de semana, verdad? Que no voy a una alfombra roja ni a los *Juegos del Hambre.*

—Ahí discrepo —Fabi se sienta a mi lado y me da una palmadita en la pierna—. Porque si te toca compartir habitación con Sergio, ojalá que no, créeme que va a ser una auténtica batalla de supervivencia.

Abro la boca, pero me quedo sin palabras.

—No me lo recuerdes —gruño—. ¿Por qué narices tiene que venir? ¿No podía quedarse en su mundo perfecto de fotógrafo guay y dejarme en paz?

—¿Cómo? —Brenda gira la cabeza hacia mí como si fuera la muñeca de *El Juego del Calamar*. Casi puedo ver los rayos de láser en sus ojos.

—¿Qué? —pregunto encogiéndome de hombros.

—Tú has mirado su Instagram —afirma con voz chillona.

—¿Que yo qué? —pregunto súper indignada. Falsa soy.

—¿Esto es verdad? —pregunta Fabi, mirándome con el ceño levemente fruncido.

—No, no, no, no —digo con las palmas de las manos hacia ellas, como si realmente no hubiera hecho nada, como si realmente estuviera diciendo la verdad. Lo que digo: falsa soy. —Bueno, sí — admito haciendo una mueca.

Brenda pone los ojos en blanco y Fabi suspira.

—En fin, un momento de debilidad, no pasa nada. Pero —levanta su dedo índice de manicura perfecta—, no puede volver a pasarnos, ¿eh, Pauli?

—La vida es cruel y le encanta ponerte a prueba, pero tú, bien fuerte —Brenda suspira, sacando un vestido negro que me queda de infarto. Lo siento, no tengo abuelas—. Además, nosotras no vamos a dejar que la historia se repita. Esta vez, la que va a tener la última palabra eres tú.

Mi móvil vibra.

WhatsApp sigue en llamas.

Marina: *Oye, chavales, ¿recordáis aquel juego de los papelitos que hacíamos en bachillerato?*

Javi: *¿El de "Verdad o Prenda" que acabó con media clase en ropa interior?*

Carmen: *JAJAJA, ese mismo*.

David: *Confirmo que NO juego si vais a insistir en quitarme la camiseta. Sé que os gusta mi six-pack, pero por favor.*

Raúl: *A ver, a ver… pero si David en bachillerato tenía el cuerpo de un espagueti.*

David: *Y ahora soy un espagueti premium. Respeta.*

Me río y dejo el móvil sobre la cama.

—Están organizando juegos para el fin de semana —les informo —. Marina ha propuesto volver a jugar a "Verdad o Prenda".

—Fantástico —Fabi aplaude—. Más oportunidades para demostrarle a Sergio que estás divina, inalcanzable y viviendo tu

mejor vida.

Suspiro y me dejo caer en la cama, mirando al techo.

De repente, la imagen de Sergio riéndose aparece en mi mente.

Un recuerdo enterrado que, sin querer, vuelve a la superficie.

Segundo de bachillerato. Un pasillo lleno de alumnos. Voces altas, risas, pasos acelerados contra el suelo de mármol.

El bullicio clásico de un instituto a primera hora de la mañana.

Yo, con la cabeza metida en mi taquilla, rezando para encontrar mis auriculares antes de que el día escolar empezara oficialmente.

Solo quería evadirme: música alta, modo avión, ignorar el mundo; estábamos en el segundo trimestre y tenía el curso un poquito atragantado.

Pero entonces, él.

Sergio Echevarría, apoyado contra la pared de enfrente, con los brazos cruzados y esa maldita media sonrisa suya que parecía un desafío.

Llevaba puesta una camiseta de algodón negra, algo holgada, con las mangas remangadas sin esfuerzo aparente. Vaqueros desgastados, unas Converse viejas y esa esencia de "me da igual todo" que lo convertía en el chico al que no deberías mirar, pero del que era imposible apartar la vista.

El pendiente con la cruz negra brillaba levemente con la luz fluorescente del pasillo. Siempre había tenido ese aire un poco bohemio, un poco indomable. Despreocupado y caótico, pero con un magnetismo que jodía a cualquiera.

Era imposible que aquel chico que se había mudado desde Barcelona a Madrid dejara indiferente a nadie.

¿A qué olía Sergio? A madera, a café, a algo especiado que nunca supe identificar del todo. Como un perfume caro que no intentaba serlo. Como algo que se te quedaba pegado en la piel incluso después de haberte alejado.

—¿Buscando algo, Paula? —preguntó con su voz ronca, la voz de quien todavía no había despertado del todo.

Yo seguí revolviendo mi taquilla sin mirarlo.

—Sí. Mi paciencia.

Escuché su risa baja, grave. El tipo de risa que se te mete en la piel.

—Uy, parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—No. Me he levantado con sueño, estrés y una lista de cosas que hacer más larga que el libro de historia. —Finalmente encontré mis auriculares, los agarré con fuerza y cerré la taquilla de golpe.

Cuando levanté la vista, él ya estaba demasiado cerca.

No invadiendo mi espacio de manera obvia, pero lo suficiente como para que notara su presencia. Lo suficiente como para que mi pulso se acelerara un poquito.

—Entonces necesitas esto. —Sergio extendió la mano y, en ella, un vaso de café de la máquina de la cantina del instituto.

El peor café del mundo. Aguado, caliente de más, con un aroma que no prometía nada bueno.

Pero cuando mis dedos tocaron el cartón caliente, el mundo pareció un poquito menos gris.

Lo miré, sin entender del todo.

—¿Por qué?

—Porque me debes un favor. —Encogió los hombros, como si fuera lo más evidente del mundo.

—No te debo nada.

—Ahora sí —respondió con picardía, guiñándome un ojo antes de girarse y perderse entre los alumnos que seguían cruzando el pasillo.

Me quedé ahí, sosteniendo el café y con la sensación de que, sin darme cuenta, acababa de firmar un contrato con el mismísimo diablo.

Así es como Sergio y yo nos cruzamos el uno en el camino del otro.

Vuelvo al presente con un nudo en la garganta. ¿Por qué tengo que recordar justo esas cosas ahora?

Brenda y Fabi me miran fijamente.

—Nena, confía en nosotras —dice Brenda—. Este fin de semana, cariño, la reina de la casa rural vas a ser tú.

Y, por primera vez en toda la semana, empiezo a creer que tal vez tengan razón.

O quizá no.
#Angustia.

4
Paula

📍 **Viernes por la tarde**

🕒 **Hora: 18:12**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir al viaje sin que me dé un ataque de ansiedad antes de llegar.

📌 **Dificultad:** Media.

—Vale, ¿todo el mundo tiene su kit de emergencia? —pregunta Fabi mientras se ajusta el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto.

—¿Qué kit? —respondo desde el asiento trasero, sintiendo cómo la tensión me va subiendo por la espalda.

Lo que yo te diga, realmente no sé si voy a salir viva de esto.

Quizá me dé un soponcio de esos o una muerte súbita, y me quedo tiesa cual palo de polo.

—Hemos hecho una lista de supervivencia para este viaje —explica Brenda desde el volante, con una sonrisa de autosuficiencia —. Una *playlist* de temazos para subir la moral, *snacks* para evitar el bajón emocional y, por supuesto, una botella de vino. Bueno, dos. Bueno, no sé, yo ya le he hecho el bizum a Marina de la súper compra que han hecho para el finde.

—¿El mío también?

—El de las tres —contesta Brenda.

—A ver, no vamos a la guerra… —susurro, aunque en el fondo no estoy tan segura.

Brenda y Fabi se miran por el retrovisor y niegan con la cabeza.

—Cariño, vas a ver a tu ex por primera vez tras un año de vuestra ruptura. El tío que te rompió el corazón. Esto ES la guerra —sentencia Fabi.

Suspiro y me dejo caer contra el respaldo.

Tienen razón.

Lo que me espera en esa casa rural puede ser un desastre absoluto o una oportunidad para demostrarle a Sergio que he seguido adelante.

Que soy feliz, que no me afecta verlo.

Que no me muero por él.

JA.

Casi me da la risa solo de pensarlo.

Salimos de Madrid el viernes por la tarde, esquivando el tráfico con más paciencia de la que debería tener alguien que se está dirigiendo hacia un fin de semana emocionalmente catastrófico.

El destino es una casa rural en la sierra de Gredos, a unas dos horas de la capital.

Un lugar que en las fotos parecía sacado de una postal de ensueño, pero que bien podría convertirse en el escenario de mi colapso mental.

Brenda, que conduce, tamborilea los dedos sobre el volante mientras canturrea con la música.

Fabi, en el asiento del copiloto, está a cargo de repartir los *snacks* y asegurar que la *playlist* de "Ex que se jodan" suene sin interrupciones.

Yo, cual niña pequeña histérica, en el asiento trasero, intento no hiperventilar.

El coche avanza por la carretera mientras Brenda pone música.

Como era de esperar, Shakira, Karol G y Beyoncé dominan la lista de reproducción.

Intento concentrarme en el paisaje, pero mi cabeza está en otro lado.

En él.

Si alguien me hubiera dicho el día que conocí a Sergio Echevarría, con su aire de "me da igual todo" y su sonrisa de chico malo, que terminaría enamorándome de él, le habría pedido que me lo pusiera por escrito para reírme en su cara.

Pero allí estaba un día cualquiera, algunos meses más tarde, sintiendo el corazón en la garganta, sin saber que recordaría el momento que estaba a punto de suceder a continuación el resto de mi vida.

Desde aquel primer café de máquina en el pasillo del instituto, Sergio se convirtió en una constante en mi vida. Como una canción que no puedes dejar de escuchar, como un lugar al que siempre quieres volver.

Pasábamos los recreos juntos, me robaba las patatas fritas sin pedir permiso, nos picábamos con tonterías y, poco a poco, sin darme cuenta, entendí que mi día no empezaba bien si no lo veía a él primero.

Era inevitable.

Era la persona con la que quería compartir mis días, con la que podía hablar durante horas sin que el tiempo importara, con la que me sentía libre de ser yo misma. Sergio me hacía reír cuando más lo necesitaba, me hacía rabiar con sus bromas y me miraba de una forma que hacía que me olvidara de todo lo demás.

El curso había terminado, pero yo todavía no sabía que empezaba el mejor verano de mi vida.

Sentía la arena fría bajo mis pies y la brisa marina de Barcelona revolviéndome el pelo.

Habíamos ido a la ciudad catalana junto a algunos amigos a pasar el fin de semana; los padres de Sergio tenían un apartamento cerca de la playa.

—Cierra los ojos —me susurró Sergio al oído.

—¿Para qué? —pregunté, divertida, aunque lo obedecí.

—Confía en mí.

Noté cómo me cogió de la mano y me guió por la arena de aquella playa; siempre le había encantado Barcelona.

El sonido de las olas rompiendo cerca me tranquilizó, y aunque el viento me enredaba el pelo, no me importó.

Estaba con él, y eso lo hacía perfecto.

—Vale, ya puedes mirar.

Abrí los ojos y me encontré con una manta sobre la arena, rodeada de velas encendidas y con una caja de pizza en el centro.

Miré a Sergio con incredulidad.

—¿De verdad me has hecho cerrar los ojos por esto? —bromeé, aunque por dentro quise morirme de amor.

Porque Sergio siempre había sido así. Sin grandes declaraciones, sin ostentaciones innecesarias.

Con él, todo se trataba de los pequeños gestos, de las cosas simples, de los momentos que parecían insignificantes, pero que eran los que realmente importaban. Y eso era lo que me enamoraba de él, día tras día, aunque lo llevara por dentro, aunque no me hubiera atrevido a decirle nada.

Sergio se pasó una mano por el pelo, visiblemente nervioso. Algo que no era común en él.

—Es que… bueno, no es solo por la pizza. —Se aclaró la garganta y señaló la manta con la cabeza—. Siéntate.

Me senté frente a él, cruzando las piernas, y acepté el trozo de pizza que me tendió. Pero notaba cómo tamborileaba los dedos sobre su rodilla, cómo evitaba mirarme directamente a los ojos. Algo pasaba.

Sentados juntos en la manta, miramos las luces de la ciudad a lo lejos. Era nuestro último verano antes de empezar la universidad. El último verano antes de que todo cambiara.

—¿Nerviosa? —preguntó, dándole un mordisco a su trozo de pizza.

—¿Por la uni? —pregunté y él asintió con la cabeza. —Un poco —confesé—. Farmacia es lo que siempre he querido, pero me da vértigo empezar de cero. Gente nueva, profesores nuevos…

—Madrid sigue siendo nuestra ciudad. No es empezar de cero, es empezar distinto —razonó.

Me mordí el labio y lo miré.

—¿Y tú? ¿Artes audiovisuales? ¿Vas a ser el próximo director de cine famoso?

Sergio sonrió, pero no con la misma confianza de siempre. Desvió la mirada hacia el mar, exhalando despacio.

—Eso espero. O, por lo menos, quiero intentarlo.

Y entonces, de repente, cambió de postura y me miró con esa intensidad suya que siempre me dejaba sin aire.

—Paula, yo...

—¿Te pasa algo?

—Paula, te quiero. No quiero que este verano acabe sin que lo sepas. No quiero que llegue septiembre sin que sepas que, para mí, eres la única persona con la que quiero estar.

Mi corazón se aceleró.

¿Qué había dicho?

—¿Me estás pidiendo salir? —pregunté, con una sonrisa traviesa, intentando controlar la emoción que amenazaba con desbordarme.

Sergio soltó una carcajada, nervioso. Estaba realmente nervioso, como si de verdad temiera que yo dijera que no.

—Sí. Y si dices que no, te advierto que voy a escribir poesía triste y aprender a tocar la guitarra para hacer canciones dramáticas, aunque no tenga ni idea. Y nadie quiere ver eso, Paula. Nadie.

Solté una carcajada y me acerqué a él.

—Entonces sí —susurré.

No sé quién se lanzó primero, pero de repente sus labios estaban sobre los míos, sus manos en mi cintura y el sonido de las olas rompiendo contra la orilla fue lo único que nos acompañó.

Ahí empezó todo, esa historia de amor que, desde fuera, todo el mundo decía que parecía sacada de un cuento.

Hasta que terminó.

Hasta que se rompió.

Porque todo tiene un final, todo acaba.

O eso dicen.

De golpe, vuelvo a la realidad y miro por la ventanilla, intentando concentrarme en lo que pasa fuera del coche, lo que sea con tal de conseguir disociarme de lo que siento en el centro del pecho en estos momentos, pero el recuerdo se queda pegado a mis entrañas como si fuera un líquido viscoso.

—Paula, ¿estás bien? —pregunta Brenda, echándome un vistazo por el espejo retrovisor.

—Sí, claro —miento.

Pero Fabi no se lo traga y yo, la verdad, es que hablando en serio: NO SÉ QUÉ COÑO ESTOY HACIENDO.

—¿Estás teniendo una de esas crisis existenciales llamadas Sergio? Oh, Dios, qué *DejaVu* más tonto he tenido.

La fulmino con la mirada.

—No.

—Sí —corrige Brenda, sonriendo—. Pero para eso tenemos el vino.

—Tú no puedes beber, estás conduciendo.

—Pero tú eres la que está ahogada en un drama y no conduces, eso nos faltaba, quedarnos aplastaditas como pegatinas en medio de la carretera como si fueramos comadrejas atropelladas.

Brenda hace una mueca tras escuchar las palabras de Fabi, que ha sido la última en hablar.

—Por el amor de Dios… ¡es repugnante! —exclama.

Seguimos el viaje con el grupo de WhatsApp echando humo.

Marina ha mandado un vídeo de la casa rural. Es enorme, con una piscina y una terraza inmensa.

La conversación en el chat sigue acelerada. Y ahí, en un rincón del vídeo, veo una silueta conocida.

Sergio ya ha llegado.

Me sudan las manos.

—Chicas —digo, con voz tensa—. Creo que necesito el vino.

5
Sergio

📍 **Viernes por la tarde**

🕒 **Hora: 20:23**

📌 **Objetivo:** Fingir que no estoy al borde de un colapso mientras veo a mi ex por primera vez tras un año.

📌 **Dificultad:** Alta. No hay suficiente cerveza en el mundo que te prepare para este momento.

El aire huele a madera, tierra húmeda y a un leve rastro de cloro proveniente de la piscina.

A aire esa tranquilidad que se supone que debería calmarme.

Pero no lo hace.

Me apoyo en la barandilla de la terraza y exhalo un suspiro, sintiendo cómo la brisa de la tarde de la sierra de Gredos me golpea el rostro.

El frescor de mayo me despeja, pero no lo suficiente.

Estoy aquí, en una casa rural con personas a las que no veo desde hace años. Viejos amigos, historias pasadas, recuerdos de un tiempo que parece tan lejano que casi no me pertenece.

Y con Paula.

Ella también viene, aunque todavía no ha llegado.

Bebo un sorbo de cerveza. Está fría, justo en el punto exacto en el que una cerveza debería estar. No demasiado helada como para anestesiar el sabor, no demasiado tibia como para arruinar la experiencia.

Perfecta.

Cierro los ojos un segundo, disfrutándolo. Hay algo en las pequeñas cosas, en los detalles insignificantes, que hacen que la vida merezca la pena. Como esta brisa, el sonido de las risas en el salón, el tacto de la madera bajo mis dedos.

Pero también hay detalles que joden.

Como el nudo en mi estómago.

Como el hecho de que en cualquier momento va a llegar Paula.

Paso una mano por mi nuca, incómodo, inquieto.

¿Por qué acepté venir?

Podría haber puesto cualquier excusa: trabajo, un viaje, una boda inexistente… Pero no.

Aquí estoy, fingiendo que estoy de puta madre, cuando la realidad es otra un poco distinta.

La conversación en la sala de estar es un murmullo de risas, bromas y algún que otro grito de emoción cuando alguien recuerda una anécdota de bachillerato.

Ecos de un pasado que antes me hacía gracia, pero que ahora solo me pesa.

Javi está narrando una historia sobre cómo casi lo pillan copiando en un examen de matemáticas, mientras Marina se ríe a carcajadas, pero yo estoy en otro planeta.

Miro mi teléfono.

Nada de Paula en el grupo desde hace rato.

Sé que está en camino, porque Fabi ha mandado un mensaje diciendo que llegan en menos de una hora hace… una hora, exactamente.

Va a llegar de un momento a otro.

En cualquier instante voy a enfrentarme a la única persona capaz de hacer que mi pecho se contraiga de esa forma tan jodida y conocida.

El sabor de la cerveza ya no es el mismo.

Ya no sabe a calma.

Ya no sabe a nada cuando el recuerdo me atraviesa la sien izquierda.

—¿Seguro que esto no es ilegal? —preguntó Paula en un susurro, mientras la luz tenue del faro iluminaba su rostro.

Su expresión era una mezcla perfecta entre escepticismo y emoción contenida. Como si estuviera midiendo las probabilidades de que nos arrestaran en contra de lo mucho que parecía querer seguir adelante con aquello que teníamos entre manos.

Idea mía, por cierto.

Sonreí, porque la conocía. Porque sabía que, aunque protestara, en el fondo le encantaba la adrenalina de hacer algo que no debería.

—¿Lo de colarnos aquí? —me reí bajo—. *Nah*. Solo estamos… explorando.

Paula entrecerró los ojos, cruzándose de brazos.

—Explorando una propiedad privada, genial. Me encanta cómo justificas la delincuencia.

Me miró con fingida desaprobación, pero sus labios se curvaron en una sonrisa.

Esa sonrisa.

La que me jodía, la que hacía que mi pecho se apretara de aquella forma.

Me había atrevido, por fin, a pedirle que fuera mi novia.

La noche era cálida en Barcelona, la brisa salada nos envolvía y el sonido del mar rompiendo contra las rocas nos hacía sentir como si estuviéramos en otro mundo.

En nuestro mundo.

Solo ella y yo, después de aquella pizza en la orilla de la playa.

—Ven, te quiero enseñar algo —le dije, tirando suavemente de su mano.

Paula resopló, pero me siguió.

Siempre me seguía.

Hasta que se cansó de hacerlo, supongo.

Hasta que la cagué.

Subimos las escaleras del faro con cuidado, el crujido de la madera bajo nuestros pies acompañando nuestra respiración entrecortada. Cuando llegamos arriba, abrí la puerta y la dejé pasar primero.

Y entonces la vi.

No a la vista.

No a las luces titilando en la costa ni al reflejo de la luna sobre el agua.

La vi a ella.

Se quedó sin palabras.

Su boca entreabierta, sus ojos brillando con esa mezcla de sorpresa y asombro que siempre se permitía mostrar.

Las luces de la costa parecían flotar en el horizonte, la luna derramaba su luz sobre el océano como un manto de plata, y el viento nos envolvía en un abrazo fresco y salado.

Pero nada, lo juro, nada, era más jodidamente bonito que ella en ese momento.

—Dime que esto no es increíble —susurré con la voz más baja de lo que pretendía.

Pero Paula no respondió.

Solo se giró hacia mí.

Me miró con esa intensidad suya, la que siempre me desarmaba, la que me quitaba el aire antes de que pudiera prepararme.

Y entonces me besó.

Su boca contra la mía, cálida y segura, como si aquel beso siempre hubiera estado destinado a pasar.

Como si allí, en lo alto de un faro, con el viento enredándonos el pelo y el mundo allá abajo, finalmente nos perteneciéramos.

La sujeté de la cintura, la acerqué más.

Porque no había otra opción.

Porque Paula se había convertido en la única jodida persona en esta tierra que podía hacer que un beso me revolviera entero.

Y en ese instante, entre el sonido del mar, la brisa y el latido acelerado en mi pecho, supe que estaba perdido.

Que aquello no era un amor de verano.

Vuelvo al presente y mi mandíbula se tensa.

¿Por qué sigo recordando estas cosas?

No quiero.

No necesito esto.

Paula es pasado.

La misma Paula que, en cualquier momento, va a aparecer y mirarme con esos ojos que una vez me atraparon.

Y eso, amigos, es algo para lo que no estoy preparado.

Ahora lo sé.

Toda mi autoconfianza se está yendo a la mierda.

Escucho el motor de un coche estacionando en la entrada.

Me tenso.

Ya está aquí.

Desde la terraza, veo cómo Brenda, Fabi y Paula bajan del coche. Como si todo en mi cuerpo hubiera entrado en pausa, mis ojos se quedan clavados en ella.

Paula se queda quieta un momento, respirando hondo.

¿Está nerviosa? ¿O soy yo el único imbécil que se siente así?

El tiempo no la ha cambiado, pero a la vez sí. O quizá soy yo el que la mira diferente.

Sigue teniendo ese aire de confianza, de control absoluto. Pero hay algo más en su postura, en la forma en la que se cruza de brazos mientras Brenda dice algo que la hace reír. Ese tipo de risa que siempre me desarmaba.

Pero luego, mejor que la risa, viene su mirada.

Levanta la vista y nuestros ojos se cruzan.

Un segundo.

Dos.

Tal vez menos.

Pero el golpe va directo al estómago, como el impacto de un tren a toda velocidad.

No me había preparado para esto.

Me aclaro la garganta y dejo la cerveza en una mesa.

Hora de enfrentarme a mi pasado.

6
Paula

📍 **Viernes por la tarde**

🕒 **Hora: 20:35**

📌 **Objetivo:** Fingir normalidad cuando tu ex está más bueno que nunca y cruzar la puerta de la casa rural con dignidad.

📌 **Dificultad:** Alta. Como caminar con tacones en adoquines mojados.

El coche se detiene frente a la casa rural y me quedo un segundo en silencio, mirando por la ventanilla.

La fachada de piedra, la luz cálida que sale por las ventanas, las voces que resuenan desde el interior…

Podría ser el escenario perfecto para un fin de semana inolvidable.

O para una película de terror en la que mi autoestima es la primera en morir, eso también me vale.

—¿Lista? —pregunta Brenda desde el asiento del conductor.

—Ni de coña —respondo sin moverme.

Fabi suelta un bufido desde el copiloto.

—Paula, vamos a bajarnos de este coche con la cabeza bien alta. Vas a entrar ahí como si fueras la protagonista de tu propia película. Piensa en esto como el tráiler épico de tu *comeback*.

—Ya, claro. Porque seguro que todo el mundo está ahí dentro esperando ver cómo he vuelto hecha una diosa griega —ironizo, aunque en el fondo desearía que tuviera razón.

Brenda apaga el motor y se gira hacia mí.

—¿Sabes lo que va a pasar en cuanto entremos? —pregunta con voz dulce.

—¿Voy a vomitar del estrés?

—No. Vas a entrar con nosotras, te vas a reír, te vas a tomar una copa y te vas a dar cuenta de que el mundo no gira alrededor de un ex que no supo valorarte —dice, cruzando los brazos.

Resoplo, pero sé que tienen razón.

Me desabrocho el cinturón y abro la puerta. Hora de enfrentarme a esto.

Al salir del coche, el aire de la sierra me golpea de lleno.

Fresco, limpio, tranquilizador.

O al menos, lo sería si no supiera que tras esas puertas está Sergio.

Acaba de meterse al interior tras mirarme unos segundos, quizá menos.

Tengo el estómago revuelto, pero finjo que todo está en orden, a ver si empiezo a creérmelo yo misma también un poquito.

—Venga, valiente —dice Fabi, dándome un golpecito en la espalda.

Subimos los escalones de piedra y antes de que pueda mentalizarme más, la puerta se abre de golpe y Marina aparece con los brazos abiertos y una copa de vino en la mano.

—¡Mis niñas! —grita, abrazándonos con entusiasmo—. Estáis guapísimas. ¡Y a tiempo para la primera copa!

Entramos y de inmediato me siento abrumada. El lugar es enorme y lleno de caras conocidas. Algunos amigos con los que aún hablo de vez en cuando, otros a los que no veía desde que nos dieron la nota de selectividad.

Y, por supuesto, entre toda esa gente, él.

Sergio.

Si la venganza se sirve en plato frío, alguien debería decirle al karma que me lo caliente un poco, porque esto no es justo.

El cabrón está aún más guapo que cuando le perdí la pista.

Vaqueros gastados, camisa azul marino remangada hasta los codos y el jodido pendiente de cruz en la oreja izquierda.

¿Desde cuándo le quedan tan bien los pendientes?

¿Desde cuándo le queda tan bien… todo?

Su pelo oscuro ya no tiene esos rizos desordenados y a medio hacer que antes adoraba enredar entre mis dedos, pero ahora lo lleva un poco más largo, con ese punto de "no me he peinado, pero estoy perfecto igual".

Qué asco de genética.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que me está mirando.

Miro hacia otro lado rápidamente, como si no lo hubiera visto.

Como si mi corazón no acabara de dar un salto mortal sin red.

—¡Paula! —Marina me arrastra hacia la cocina—. Ven, hemos traído de todo para beber, pero necesito que escojas el primer cóctel de la noche. Venga, di un color.

—¿Rojo? —respondo sin pensar.

—¡Perfecto! Te voy a hacer un daiquiri de fresa que te va a borrar los problemas de la vida.

Ojalá fuera tan fácil.

Mientras Marina empieza a mezclar ingredientes, echo un vistazo rápido a la casa.

Los sofás están llenos de gente, la música suena lo suficientemente alto como para animar, pero no como para impedir hablar.

Todo parece fácil, normal.

Pero yo no puedo dejar de sentirme en una cuerda floja.

Tomo aire y me sirvo una copa de vino mientras intento centrarme en cualquier cosa que no sea Sergio.

Solo un fin de semana.

Solo tengo que sobrevivir a un fin de semana.

Lo que no sé es que la noche acaba de empezar y que el destino tiene planes muy distintos para mí.

7
Sergio

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 21:03**

📌 **Objetivo:** Mantener la calma y no mirar a Paula demasiado.

📌 **Dificultad:** Nivel *Misión Imposible,* pero con menos explosiones y más tensión sexual no resuelta.

Tengo la segunda cerveza en la mano y una estrategia clara: no mirarla.

Fácil, ¿no?

Pues no.

Desde el momento en que Paula ha cruzado la puerta de la casa rural, mi plan se ha ido a la mierda.

Es imposible no verla.

Se mueve con ese aire de seguridad fingida que siempre tenía cuando intentaba aparentar que nada la afectaba.

Sonríe a la gente, charla con Marina, se ríe con Brenda y Fabi, pero yo la conozco.

Sé que está incómoda.

Y lo peor es que yo también lo estoy.

—Tío, parece que te acabas de tragar una piedra. Relájate —dice Javi, dándome un codazo—. Es solo Paula.

Lo miro con cara de "¿me estás tomando el pelo?".

Es solo Paula.

Como si fuera tan sencillo.

Como si no fuera la misma persona que hace años me miraba como si yo fuera lo mejor que le había pasado en la vida.

Como si no fuera la misma persona a la que yo dejé ir porque fui un egoísta.

Como si no fuera la persona que todavía…

No.

Stop.

No voy a pensar en eso.

Bebo un trago y tuerzo el gesto.

La cerveza ya no está tan fría y me sabe a rayos.

Genial.

¿También se arruina la bebida cuando aparece una ex? ¿Es una especie de ley universal?

No seas estúpido, sabías perfectamente que ella venía. De hecho, has venido desde Barcelona porque ELLA venía, pienso como si fuera una tortura.

Intento concentrarme en cualquier otra cosa, pero Paula sigue moviéndose por la casa y, sin querer, mis ojos vuelven a ella.

Ese maldito vestido negro.

No le habría dado tanta importancia si no fuera porque tiene ese escote en la espalda que hace que me entren ganas de darme de cabezazos contra la pared.

Definitivamente, este fin de semana va a ser una tortura.

¿Quién me mandaría a mí?

Pienso en acercarme a hablar con ella, decirle algo casual, algo que rompa el hielo.

Un "hey, cuánto tiempo" o un "¿qué tal te va?", pero no quiero parecer un idiota.

Y tampoco quiero que me escupa en la cara, porque sinceramente, conociéndola, no lo descarto.

Respiro hondo y decido que lo mejor es dejar de pensarlo, así que voy a la cocina a por otra cerveza.

Error.

Porque en cuanto cruzo la puerta de la cocina, allí está Paula.

Está apoyada contra la encimera, con un daiquiri rojo en la mano, mientras Marina le cuenta algo con mucha emoción.

Me ve entrar, pero hace lo que mejor se le da hacer desde que llegó: ignorarme.

—¿Dónde está el ron? —pregunta Paula a Marina con total naturalidad, sin mirarme en absoluto.

—En la despensa, creo. ¿Quieres otro cóctel? —responde Marina.

—Sí. A ver si me lo haces más fuerte, que este sabe demasiado a zumo.

Bien.

No solo me ignora, sino que se pone a pedir alcohol como si le fuera la vida en ello.

Tomo aire.

Vale.

No me lo va a poner fácil.

No esperaba menos.

—Hola, Paula —me arriesgo a decir.

Silencio.

Casi puedo ver cómo su espalda se tensa por un segundo, pero no se digna a girarse. En su lugar, coge la coctelera y empieza a agitarla como si le estuviera pegando una paliza a la vida misma.

—¿Me pasas un vaso, Marina? —dice, con una sonrisa angelical.

¿De verdad?

Ni siquiera un "hola", ni un "qué tal".

Nada.

Marina me mira, luego la mira a ella y luego vuelve a mirarme.

Su cara es un poema.

Se muerde el labio como si estuviera presenciando un combate de boxeo en directo.

Yo podría hacerme el ofendido, o insistir, pero nunca he sido tan idiota como para ir de frente contra Paula cuando está en modo "hielo eterno". Así que solo asiento, abro la nevera y me sirvo otra cerveza.

Actuar como si me diera igual.

Esa es la clave, al menos de momento.

Pero antes de salir de la cocina, Paula decide rematarme.

—Marina, si esta noche hacemos juegos, avísame si hay que evitar a alguien para las parejas —dice, sin mirarme todavía.

Toma.

Directo al pecho.

La dejo atrás con la sensación de que esto va a ser más jodido de lo que pensaba.

8
Paula

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 21:20**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a un "Yo Nunca" sin morir de vergüenza.

📌 **Dificultad:** Misión suicida.

La casa rural parece sacada de una postal rústica de Pinterest. Techos altos con vigas de madera, sofás mullidos, una chimenea que en estos momentos está apagada y una cocina abierta donde el alcohol fluye más que el sentido común.

El escenario perfecto para una reunión de exalumnos que podría acabar en dos cosas: risas o como el rosario de la aurora.

Desde la entrada, hago un repaso rápido de quién ha venido.

Está Javi, con su eterno aire de niño bueno, aunque ahora lleva gafas de pasta que le dan un toque intelectual.

Marina, la organizadora de este circo, que ya se ha adueñado de la barra improvisada.

Raúl, el mismo de siempre, alto, atractivo y con esa sonrisa de "no me tomo nada en serio". Carmen, la influencer, y Laura, inseparables desde siempre, que cuchichean en un rincón.

Y luego está él.

Sergio.

Hablando con un par de ellos, cerveza en mano, con esa maldita camisa remangada que debería estar prohibida por el Código Penal de las ex relaciones. O por lo menos multada.

Pero en ese momento, Esther, que también ha venido y que al parecer ahora es sexóloga, se sube a la mesa de centro con una copa en la mano y suelta:

—Queridos míos, he dedicado los últimos años de mi vida a explorar las maravillas de la sexualidad humana, y os puedo

asegurar que he visto cosas que harían que vuestro profesor de biología dejara la docencia y se metiera a monje.

El grupo estalla en carcajadas y yo sonrío, agradeciendo internamente el desvío de atención.

—Venga, cuenta alguna batallita —dice Javi, divertido.

—A ver, ¿recordáis cuando en bachillerato hacíamos la broma de "a ver quién aguanta más sin pestañear"? Bueno, pues resulta que eso, llevado al ámbito sexual, es un fetiche. Lo llaman *edge play* y hay gente que literalmente paga para que le torturen con placer sin llegar nunca al final.

Silencio absoluto.

—Joder, Esther —murmura Raúl, alzando su copa—. Pensé que venía a una reunión de antiguos alumnos, no a un simposio del Kama Sutra.

—Pues haberte quedado en casa, cariño —responde ella con una sonrisa traviesa.

Las conversaciones fluyen y, poco a poco, todos se ponen al día.

Llega el momento de contar qué ha sido de nuestras vidas.

—Yo, como sabéis, me dedico a las redes sociales —dice Carmen.

—Yo soy comunity manager —añade Laura—. ¿Y tú, Javi?

—Yo sigo en Madrid, ahora soy profe de educación física —responde Javi.

David nos cuenta que se dedica a la compraventa de inmuebles y Marina evade cualquier pregunta relacionada con su trabajo, algo a lo que no doy demasiada importancia en este momento porque, cómo no, Sergio también tiene que hablar.

—Sigo con la fotografía —dice con esa voz tranquila que siempre ha tenido—. Trabajo entre Madrid y Barcelona, haciendo sesiones para revistas y marcas. Bastante bien, la verdad.

Pongo los ojos en blanco antes de poder controlarme.

Fabi, que está a mi lado, me aprieta la pierna disimuladamente.

No montes un espectáculo, Paula, pienso.

Pero entonces, la bomba.

—Espera, ¿vosotros dos no seguís juntos? —pregunta David, con el ceño fruncido, señalándonos a Sergio y a mí.

La sala se queda en silencio.

Trago saliva.

—¿Qué? —salto, antes de que nadie pueda reaccionar—. No. Ni de coña.

Sergio se pasa una mano por la nuca, incómodo.

—Eso fue hace mucho tiempo —dice, con una sonrisa que no le llega a los ojos.

David parpadea.

—Ah. Pues siempre pensé que acabaríais casados. Mi madre todavía pregunta por vosotros.

—¡Anda! Pues dile a tu madre que desde hace un año soy la persona más feliz del mundo —digo sin pensar.

Risas incómodas, la rojez de mi cara extendiéndose hasta el cuello.

Necesito una copa, un paracaídas o una puerta trasera por la que escapar.

—¡Venga, basta de dramas! —interrumpe Marina, salvándome la vida—. Vamos a jugar un "Yo Nunca".

Los ánimos se reavivan y, en pocos minutos, todos estamos sentados en círculo con chupitos listos.

Menos mal.

Al principio es divertido.

—Yo nunca he hecho un viaje solo —dice Laura.

Unos cuantos beben.

—Yo nunca me he liado con alguien en esta habitación —suelta Raúl, provocando un escándalo generalizado.

Me tiembla el vaso del cóctel en la mano.

¡Claro que me he liado con alguien de esta habitación, joder!

Bebo un traguito pequeño, Sergio hace lo mismo sin apartar la vista de mí.

Unos cuantos más beben también.

¿Cómo? ¿Quién se ha liado con quién aquí?

—Espera, espera, espera —interviene Marina, levantando una mano—. Necesito procesar esto. ¿David, tú has bebido?

David sonríe con cara de niño bueno. Demasiado bueno.

—Carmen y yo tuvimos un par de momentos en la uni —admite él.

—¿Un par de momentos? —Carmen arquea una ceja—. David, fueron tres años.

Se escuchan murmullos de sorpresa y alguna carcajada.

—¡Tú cállate! —dice Laura señalando a Javi—. Tú también has bebido.

Javi se encoge de hombros y suelta, sin inmutarse:

—Raúl.

Boom. Explosión en la sala.

Raúl se atraganta con la cerveza y empieza a toser como si estuviera inhalando gas lacrimógeno.

—¿QUÉ? —exclama entre toses.

Javi solo sonríe, misterioso.

—Eras muy flexible en bachillerato, Raúl.

Yo estoy a punto de implosionar.

Sergio, en cambio, parece estar disfrutando demasiado esto.

Pero entonces, la cosa cambia.

—Yo nunca he vuelto a hablar con un ex —dice Carmen.

Silencio.

Intento no mirar a Sergio.

Lo juro.

Lo intento con todas mis fuerzas.

Pero entonces, ambos bebemos, porque efectivamente, hemos vuelto a hablar.

Además, hace nada, en la cocina. Bueno, él ha hablado, yo me he limitado a pasar de su cara.

Y la sala explota en carcajadas y miradas significativas.

—Bueno, bueno —dice Javi, con una sonrisa de suficiencia—. ¿Y qué tal esas conversaciones con los ex, eh?

Quiero morirme.

Mal, Javi, querido, he hecho todo lo posible por ignorar su voz, pienso.

Brenda y Fabi intervienen para redirigir el tema, pero ya es tarde.

Estoy reviviendo cosas que no quiero recordar.

—Va, Paula, te toca. “Yo nunca”.

El salón del apartamento de Barcelona de los padres de Sergio estaba en penumbra, iluminado solo por las luces cálidas de la terraza y los restos de las velas que alguien había encendido al inicio de la noche.

El aire olía a salitre, a alcohol y a esa mezcla de perfumes que se quedaban flotando después de varias horas de fiesta.

Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y un vaso en la mano, rodeada de amigos que llevaban la misma cantidad de copas encima que yo. No demasiadas como para perder el control, pero suficientes para que las respuestas fueran más sinceras de lo normal.

Sergio estaba a mi lado, con el brazo apoyado sobre el respaldo del sofá, relajado, pero con esa mirada intensa que a veces me hacía olvidar lo que estaba diciendo.

Todavía no le habíamos contado a nadie lo que había pasado entre nosotros.

—Venga, Paula, no te hagas la misteriosa —insistió Marina desde el otro lado del círculo, con una sonrisa traviesa.

Me mordí el labio, fingiendo que lo pensaba, aunque la verdad era que ya sabía lo que quería preguntar.

—Vale —dije, girando el vaso en mi mano—. Yo nunca he dicho "te quiero" sin sentirlo de verdad.

El silencio cayó sobre la habitación de golpe.

Los murmullos se apagaron, las risas se desvanecieron. De fondo, la música seguía sonando desde un altavoz, pero se sentía distante, como si el tiempo se hubiera ralentizado por un instante.

Y entonces lo noté: su mirada.

Sergio y yo nos miramos.

Él ya no sonreía.

Yo tampoco.

Pero nuestros rostros estaban relajados, gestos seguros.

Algo en el ambiente cambió. No sabía si era el calor del alcohol o la electricidad de ese momento, pero todo se sentía más pesado, más real.

Levanté mi vaso y bebí.

Apenas un segundo después, él también lo hizo.

Mi pecho se contrajo.

Mierda.

¿Se me estaría notando?

Los demás reaccionaron con un murmullo de sorpresa, risas nerviosas, alguna broma en voz baja.

—¡Qué bonito! —exclamó Raúl, con una carcajada—. Oye, ¿y a quién le habéis dicho "te quiero" con tanta sinceridad?

No respondí.

Sergio tampoco.

Porque lo sabíamos.

Porque siempre había sido así.

De vuelta al presente, el pecho me pesa. Necesito aire.

Me levanto y salgo al jardín sin decir nada.

No quiero que me sigan, no quiero preguntas, no quiero nada.

Pero unos pasos detrás de mí me dicen que Sergio nunca ha sabido hacerme caso.

9
Sergio

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 21:35**

📌 **Objetivo:** No caer en la tentación.

📌 **Dificultad:** Media.

Lo intento. De verdad que lo intento.

Me quedo en el salón, rodeado de amigos que siguen riéndose del "Yo nunca" como si acabáramos de descubrir la pólvora.

Pero Paula, que ha pasado de las copas y está bebiendo vino, sale saliendo al jardín con el mismo aire de diva inalcanzable que siempre ha tenido cuando está cabreada y no quiere que nadie lo note.

Y, claro, mi cerebro hace cortocircuito y mis piernas deciden que quedarse quieto no es una opción.

Salgo tras ella sin pensar demasiado.

O pensándolo a conciencia, quizá.

No sé, el alcohol empieza a hacer su trabajo y ahora mismo soy más instinto que razón. Porque si me quedo dentro, viendo cómo sigue haciendo como si yo no existiera, me va a estallar la cabeza.

Paula está de espaldas, con los brazos apoyados en la barandilla del porche.

Su vestido negro resalta aún más con la luz tenue del jardín y su pelo brilla con reflejos cobrizos.

Maldita sea.

¿Por qué sigue siendo tan jodidamente guapa?

—¿Te has cansado del juego? —pregunto con una sonrisa cuando llego a su lado.

Se gira lentamente y me mira con esos ojos que llevan demasiado tiempo poniéndome en aprietos.

Me mira como si fuera un mosquito que le está molestando demasiado cerca de la oreja.

—¿Y a ti qué te importa? —responde, con la voz lo suficientemente seca como para deshidratarme en el acto.

Vale. Genial. Empezamos fuerte.

Apoya un codo en la barandilla y bebe un sorbo de su copa, como si yo fuera tan insignificante como una pelusa en su chaqueta.

Y me jode.

Porque yo sé que no soy insignificante para ella.

Lo sé.

—Solo me preocupa que no te diviertas —digo, inclinándome un poco hacia ella, como quien no quiere la cosa.

—¿Desde cuándo te preocupas por mi diversión? —arquea una ceja y *boom*, directo al hígado.

Podría responder cualquier tontería, pero en su lugar me quedo callado. Porque, joder, qué pregunta de mierda.

El silencio se instala entre nosotros.

Uno incómodo, cargado, denso como el vino en su copa.

Paula suspira y se aparta un poco, pero en el proceso su zapato tropieza con una baldosa suelta del porche.

Y antes de que pueda evitarlo, la sujeto.

Mis manos van directas a su cintura y la de ella se apoya instintivamente en mi pecho.

Y de repente, estamos demasiado cerca.

Mierda.

Huele a su perfume de siempre.

Paula levanta la mirada y su expresión cambia. Ya no es fría ni desafiante, sino algo que reconozco demasiado bien.

Mi respiración se entrecorta.

¿Qué estamos haciendo?

Sus manos siguen sobre mi pecho, pero en lugar de apartarse, parece que duda. Como si por un momento, solo por un segundo, se hubiera olvidado de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Y entonces, el hechizo se rompe.

Traga saliva y se separa bruscamente.

Como si mi contacto quemara.

Como si todo esto no le afectara en absoluto.

—No necesito que me salves, Sergio —dice, con una voz que pretende sonar firme pero que, si la conociera un poco menos, diría que está temblando.

—No te he salvado, Paula. Solo he evitado que te estampes contra el suelo en modo dramático. Otra vez.

Me mira con los ojos entrecerrados.

Se acuerda.

Claro que se acuerda.

Del paseo.

De la lluvia.

De cómo la recogí del suelo cuando sus pies resbalaron en el asfalto mojado.

Y entonces yo también lo recuerdo.

La noche en Barcelona había empezado con risas, con copas, con el maldito "Yo nunca" que había terminado de sellar lo que, en el fondo, los dos sabíamos desde hacía tiempo.

Que éramos un desastre inevitable.

Que estábamos jodidamente enamorados.

Aquel mismo día le había pedido salir a Paula y habíamos disfrutado de las vistas desde el faro.

Después del juego en el apartamento, decidimos salir a caminar.

El aire nocturno estaba cargado de humedad, la brisa marina se colaba entre las calles y las luces de los faroles reflejaban su brillo en el pavimento mojado.

Acababa de llover, y el asfalto tenía ese olor a tierra mojada que siempre me hacía sentir en casa.

No tardaría en volver a hacerlo, aquellos días había tormentas de verano, pero ¿a quién le importaba?

Éramos un grupo de jóvenes que acababan de terminar el instituto caminando sin rumbo por el Passeig Marítim, todavía con la adrenalina de la noche en la piel.

Brenda y Fabi gritaban alguna tontería más adelante, Marina intentaba sacarnos una foto en grupo, Raúl discutía con Javi sobre si debíamos seguir caminando o buscar otro sitio donde seguir la fiesta.

Pero yo solo tenía atención para ella.

Paula.

Llevaba su chaqueta colgada del brazo, porque con la humedad decía que le sobraba, y su vestido verde mar se le pegaba un poco al cuerpo por la brisa marina.

Su pelo estaba ligeramente alborotado, con algunos mechones rebeldes cayéndole sobre la cara.

La miré, y me jodió un poco lo guapa que estaba.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, con esa media sonrisa que siempre me desarmaba.

—¿Cómo? —fingí desinterés, pero la sonrisa se me escapó sola.

—Como si estuvieras pensando en hacer algo que va a meternos en problemas.

—Paulita, si voy a meternos en problemas, te aseguro que será algo mucho más interesante que mirarte.

Ella bufó y me dio un leve empujón en el brazo, pero no dejó de sonreír.

Joder, su sonrisa.

Seguimos caminando, esquivando charcos, hasta que Paula se adelantó un poco para seguir a Brenda y Fabi, que parecían haber encontrado algo interesante cerca de la playa.

Y entonces pasó.

Sus zapatillas deportivas resbalaron en el pavimento mojado y, en cuestión de segundos, su equilibrio desapareció.

—¡Joder, Paula, te lo dije! —exclamé, sujetándola con fuerza antes de que acabara estampada contra el suelo.

—¡No es mi culpa que este suelo esté resbaladizo! —protestó, aferrándose a mi camiseta con ambas manos.

—No, claro. Seguro que la ley de la gravedad te tiene manía —me reí mientras la ayudaba a recuperar el equilibrio.

Cuando la miré, estaba con las mejillas sonrojadas, empapada por la llovizna que empezaba a caer otra vez y con esa expresión de alguien que se está divirtiendo demasiado.

Y entonces lo hizo.

Sin aviso, sin pensarlo, me besó.

Su boca chocó contra la mía con la misma intensidad con la que había resbalado, con la misma falta de equilibrio. Pero joder, si así se sentía caer, que me empujara siempre.

Fue un beso torpe, apresurado, con el sonido de la lluvia de fondo y con sus manos todavía agarradas a mi camiseta.

Fue un beso de los que te dejan marcado.

Cuando se separó, nos miramos por un segundo, respirando rápido.

—Técnicamente, casi te matas sola —murmuré, sin poder evitar sonreír.

—Técnicamente, me has salvado —respondió, todavía con la respiración agitada.

—Y técnicamente, acabas de besarme en medio de una calle llena de gente. Y de nuestros amigos. ¿No se suponía que íbamos a contárselo en otro momento?

Paula se encogió de hombros.

—¿Y qué? No me arrepiento.

No sé si fue la manera en la que lo dijo, tan segura de sí misma, o el hecho de que ya no podía contenerme más, pero esta vez fui yo quien la besó.

La lluvia nos mojaba, nuestros amigos gritaban algo a lo lejos, y todo lo demás dejó de existir.

Solo estábamos ella y yo.

Y esa certeza, en ese instante, fue lo más jodidamente perfecto del mundo.

—¡PERO BUENO! —gritó Marina desde unos metros atrás—. ¿Me queréis explicar qué coño está pasando aquí?

Paula y yo nos separamos un poco, pero sin soltarnos.

Yo sonreí, Paula rodó los ojos y Brenda y Fabi aplaudieron como si hubieran ganado un premio.

—Nos ha jodido, si era más que obvio —comentó Raúl, dándole un codazo a Javi.

—Yo tenía mis sospechas —añadió Javi, con una sonrisa divertida —. Pero esto ya lo confirma.

Paula suspiró y, con toda la tranquilidad del mundo, se giró hacia el grupo y levantó la mano como si estuviera en una conferencia

importante.

—Vale, venga, lo digo en alto para que os quedéis tranquilos: Sergio y yo estamos juntos.

Marina gritó, Brenda y Fabi chillaron de emoción y Raúl, con su habitual falta de filtro, añadió:

—¡POR FIN! Pensaba que ibais a seguir con la tensión sexual hasta los cuarenta.

Yo me reí, Paula se llevó una mano a la cara y, aunque intentamos mantener la compostura, cuando nuestros ojos se cruzaron de nuevo, supe que todo lo que venía después iba a ser increíble.

Parpadeo y vuelvo al presente.

A la jodida realidad.

Paula sigue ahí, pero ya no me está mirando.

No quiere mirarme.

Lo noto en su postura, en cómo se cruza de brazos como si intentara crear un escudo entre nosotros, en cómo su mandíbula se tensa como si estuviera conteniendo palabras que no quiere dejar salir.

El aire entre los dos pesa más de lo que debería. Como si estuviera cargado de cosas que nunca dijimos, de todo lo que nos rompió y de lo que aún no hemos tenido el valor de enfrentar.

Finalmente, Paula suelta un suspiro; uno de esos que dicen más que cualquier palabra.

—¿Sabes qué? —Su voz suena firme, pero hay algo en ella que me dice que esto le está costando—. Esto es un error. Este fin de semana. Venir aquí. Pensar que podíamos compartir espacio sin que todo volviera a ser…

Se calla.

Pero yo sé cómo iba a terminar esa frase.

Sin que todo volviera a ser nosotros.

Siento un nudo en la garganta. No sé si por la forma en la que lo dice o porque no puedo llevarle la contraria.

Porque tiene razón.

Porque esto es una bomba de relojería y los dos lo sabemos.

—Paula… —empiezo a decir, pero no sé cómo acabarlo. Porque nada de lo que diga ahora servirá de algo.

Ella cierra los ojos un segundo, como si estuviera reafirmando su decisión, y cuando los abre, ya no queda ni rastro de la chica que me besó bajo la lluvia ni de la que se dormía abrazada a mí como si el mundo fuera a caerse a pedazos si nos separábamos.

Solo queda Paula, la que me mira como si no quedara nada más entre nosotros.

Y entonces, se da la vuelta y se marcha hacia la casa, dejándome ahí, con la sensación de que este fin de semana va a acabar peor de lo que pensaba.

O mejor.

Depende de cuánto me odie el destino.

10
Paula

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 21:57**

📌 **Objetivo:** Ignorar a Sergio como si fuera un demonio del folclore japonés.

📌 **Dificultad:** Media/Alta

Hay algo que el alcohol hace muy bien y es darme la falsa sensación de que todo está bajo control.

Es mentira, claro.

Decido que la mejor estrategia es entrar en la casa con dignidad, dejando a Sergio con la palabra en la boca.

Cabeza alta, paso firme, actitud de diva que no se inmuta. Como si no hubiera tenido un encontronazo con mi pasado más doloroso.

Pero en cuanto cruzo la puerta, el caos me recibe con los brazos abiertos.

Carmen, la influencer, está en la cocina, organizando la comida con una eficiencia que da miedo. Si alguna vez hay un apocalipsis zombie, quiero a esta mujer a cargo de los suministros.

En el centro de la acción, con su móvil en una mano y una cuchara de madera en la otra, narra todo para su historia de Instagram.

Pelo castaño y corto a la altura de las orejas, lifting de pestañas, labios con ácido hialurónico.

—¡Mis amores! Hoy os traigo una cena improvisada en la casa rural con mis *besties* de la adolescencia. ¡Todo muy rústico, muy *aesthetic,* muy yo! —dice, mientras Laura intenta, sin éxito, colocar un mantel sin que termine arrugado y Marina se pelea con una tabla de embutidos.

—¿Esto es chorizo ibérico o de supermercado? —pregunta Laura, inspeccionando un trozo con cara de detective de homicidios.

—Si lo grabamos desde el ángulo correcto, da igual —responde Carmen, metiendo el dedo en la salsa que está preparando y llevándoselo a la boca con gesto de experta.

En el salón, el resto se encarga de montar la mesa improvisada.

O intentarlo, al menos.

Javi está repartiendo copas sin ningún criterio, Raúl intenta abrir una botella de vino con una técnica cuestionable y David está acomodando cojines en las sillas como si estuviéramos en una boda.

—¿Alguien sabe hacer una tabla de quesos que no parezca un crimen gastronómico? —pregunta Javi, con una bandeja en la mano y cara de no tener ni idea.

—Pásamela —responde Raúl—. Si hay algo que aprendí en mis años de soltero es que el queso bien colocado impresiona más que un gimnasio.

—¿Hace falta tanta preparación? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

—Cariño, en esta casa rural se cena con glamour o no se cena —responde Laura con su mejor voz de telenovela.

Yo asiento con cara de "muy bien, seguid con lo vuestro" y me largo al único lugar seguro en este momento: el baño.

Porque si este fin de semana va como creo que va a ir, voy a pasar más tiempo aquí que en mi propia habitación.

—Voy un momento al baño —anuncio con toda la calma del mundo, aunque la realidad es que siento un terremoto en el centro del pecho.

Cierro la puerta con un suspiro y me miro en el espejo.

¿En qué momento pensé que era una buena idea venir?

No sé dónde se ha metido Sergio, y lo cierto es que me la trae al pairo.

Pero antes de que pueda sumirme en mi dramático monólogo interno, la puerta se abre de golpe y Fabi y Brenda entran como si fueran mis abogadas defensoras.

—Ni se te ocurra encerrarte a llorar —dice Fabi, acto seguido cierra la puerta del baño tras nosotras y corre el pestillo.

—¿Perdona? Yo no lloro, me hidra… ¡Me hidrato por los ojos! —respondo toda dramática, soltando un puchero que seguramente me

desfigure los labios durante un instante.

Siempre me pongo muy fea cuando lloro, de toda la vida del Señor.

Para nada se me pone la cara como a esas chicas de las novelas, que están preciosas incluso con los ojos tristes.

Mierda, esa frase me la decía Sergio cuando me veía llorar.

¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Brenda se sienta en la tapa del váter, con pose de analista emocional, cosa de lo que no tiene nada, claro.

Pero me sirve.

—Vale, suéltalo. ¿Cómo de jodida estás del uno al "Sergio Echevarría me chirría"?

—Estoy en "Sergio Echavarría es la peor maldición que me han echado en esta vida" —suelto dejándome caer hacia el suelo del cuarto de aseo, deslizándome por la pared.

Fabi asiente como si tomara notas mentales.

—Vale, el nivel de crisis es alto —dice mirándome con aire de conspiración.

La miro con el ceño fruncido.

—Chirría, Fabi. Mucho. Como una silla mal engrasada en una biblioteca en pleno silencio —confieso.

—Necesitamos medidas drásticas —añade Brenda.

—Lo suponía —dice Fabi.

—¿Tipo? —pregunto con escepticismo.

—¿Quieres desaparecer? ¿Quieres venganza? ¿Quieres tequila? —pregunta Brenda.

—Quiero que el universo me devuelva los años perdidos y que mi ex deje de estar tan jodidamente atractivo. ¿Se puede pedir eso?

—Mmm, lo del tequila es más factible —responde Fabi, con una sonrisa de "sé que duele, amiga".

Brenda suspira y me coge suavemente de los hombros, obligándome a que me levante del suelo.

—Una estrategia, eso necesitas. De momento, no lo mires. Como si fuera un espíritu maligno, no le des poder.

—¿Que no le dé poder? —pregunta Fabi con los ojos como platos —. Conozco a mi amiga, ¿vale? La conozco y sé que ahora mismo

ese tío —señala la puerta con su uña perfecta—, tiene completamente el poder de carbonizar su tanga. ¡Te lo digo yo!

—Eres tonta —le espeto.

—Perdón, no he podido filtrar.

Brenda suspira.

—Paula, respira. Lo has superado. Esto es solo un fin de semana. Cuando acabe, nos vamos, nos reímos de todo esto y volvemos a nuestra maravillosa vida sin este sujeto perturbador.

Fabi asiente con entusiasmo, como si así pudiera revertir el hecho de que yo he escuchado la burrada que ha soltado por su linda boquita.

—Exacto. Mujeres empoderadas no se derriten ante ex con camisa remangada y mirada peligrosa. Prohibido caer en la trampa.

—Pero ¿es que no habéis visto cómo le queda la maldita camisa? Es un insulto a mi proceso de sanación.

Las miro en silencio y suelto un suspiro dramático.

—Es que tú ya has sanado, nena, ya has sanado. Esto es solo la última terapia de choque —afirma Fabi.

—Si salgo viva de esto, os pago una cena con postre doble.

—Trato hecho —dice Brenda, aplaudiendo.

Me miro en el espejo, retoco mi pintalabios y respiro hondo.

Vale.

No voy a huir.

No voy a llorar.

Y, sobre todo, no voy a dejar que Sergio Echevarría me joda la noche.

Con las piernas temblando y mis amigas a cada lado como guardaespaldas de la moral, abro la puerta y vuelvo a la guerra.

11
Paula

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 22:25**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a una cena donde el menú principal es incomodidad y recuerdos no solicitados.

📌 **Dificultad:** Media/Alta.

Respiro hondo y salgo del baño con la determinación de una mujer que ha pasado por una sesión exprés de coaching en un cubículo de dos metros cuadrados.

Nada de dramas.

Nada de debilidad.

Nada de ex que parecen haber hecho un pacto con el diablo para estar más guapos que nunca.

Cuando entro en el salón, todo está manga por hombro.

Carmen, nuestra influencer estrella, sigue narrando la cena para sus seguidores como si estuviéramos en la final de MasterChef.

—Mis amores, esto es un evento único. Un reencuentro con mi gente, un festín espectacular y una vibra maravillosa. ¡Os leo en comentarios! —dice mientras hace un paneo con el móvil y yo me agacho como si me hubieran disparado.

No pienso salir en esa historia.

Lo que me faltaba, que mi cara de sufrimiento crónico quedara inmortalizada en Instagram.

Mientras tanto, en la cocina, Marina y Laura están enfrascadas en una discusión acalorada sobre el vino.

—Te digo que este es Rioja y el otro es Ribera —insiste Laura, agitando una botella.

—Por Dios, Marina, que tengo un máster en enología de Google. Esto es Ribera, se nota en el color —replica Marina.

Marina entorna los ojos.

—Lo has comprado en un súper de barrio, Laura. Esto no tiene ni denominación de origen.

—¡Bueno qué me da igual, si no voy a beber! —explota Laura.

—Ay, vale, vale… ¡Qué humos!

Raúl y Javi, por su parte, han iniciado una competencia absurda sobre quién corta mejor el queso.

—No, no, no. La clave está en el grosor —dice Javi, sosteniendo un cuchillo con la misma seguridad con la que un cirujano hace una operación a corazón abierto.

—Grosor, dice… Aquí lo que importa es el corte en diagonal —responde Raúl, con la mirada de un hombre que ha visto demasiado Pinterest.

Definitivamente, el circo está montado y yo estoy a punto de pedir palomitas.

Pero entonces, lo veo.

Sergio.

Sentado en la mesa, justo enfrente de mi sitio.

¿Casualidad? Ja. Ni en broma.

Esto es cosa del destino, de la mala suerte o de Marina, que es capaz de organizar una boda entre dos enemigos con tal de hacer la noche más entretenida.

Fabi y Brenda se sientan a ambos lados de mis costados, como si fueran mis guardaespaldas personales, y yo me concentro en actuar normal.

Cuchillo, tenedor, pan.

No mirar a Sergio.

Pero claro, las conversaciones empiezan a cruzarse y, en menos de cinco minutos, esto ya parece una escena eliminada de una *sitcom*.

—¿Os acordáis del viaje de fin de curso a la playa? —pregunta Laura con una risa malvada.

Miro mi copa con intensidad.

No, no, no, no…

—¡Sí! —exclama Marina—. Cuando Paula y Sergio desaparecieron de la discoteca y volvieron a las tantas…

La miro con el ceño fruncido.

¿La han programado para soltar comentarios innecesarios o lo hace por placer?

—Qué tiempos aquellos, ¿eh, Paula? —dice Sergio con media sonrisa.

Maldito, maldito, maldito.

Y ahí está.

Ese tono. El tono de "voy a tocarte las narices porque puedo".

Levanto la cabeza y le dedico mi mejor sonrisa de falsa cordialidad.

—Maravillosos. Tanto que los borré de mi memoria —respondo, volviendo a mi copa.

Fabi me aprieta la pierna por debajo de la mesa y Brenda me da un codazo suave.

Respira, Paula. No lo mates aquí.

Pero entonces, David la lía.

—Oye, hablando en serio… Siempre pensé que Paula y Sergio acabarían juntos. Eran la pareja perfecta.

¡PUM!

BOMBA EN LA MESA.

Me atraganto con el vino.

Sergio se queda quieto, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Fabi y Brenda entran en modo "apagafuegos".

—Bueno, pero la vida da muchas vueltas, ¿eh? —dice Fabi con una sonrisa falsa.

—Exacto. Y a veces te das cuenta de que los ex están mejor en el pasado —añade Brenda, dándome un apretón en la pierna.

Yo intento respirar con normalidad, pero la mesa se siente como un campo de minas.

Sergio coge su copa con calma, aunque noto que aprieta la mandíbula.

¿Le ha molestado el comentario?

¿Le ha molestado mi reacción?

¿Por qué me importa tanto?

Intento centrarme en otra cosa, pero ya no disfruto ni de la cena ni del espectáculo de queso que tienen montado Javi y Raúl.

Lo único que tengo claro es que necesito un nuevo plan de escape.

Porque esto acaba de volverse demasiado intenso para mi gusto.

12
Sergio

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 23:05**

📌 **Objetivo:** Conseguir una habitación sin que el destino te juegue una broma cruel.

📌 **Dificultad:** Nivel "Las fuerzas malignas juegan en mi contra".

No sé en qué puto momento esto se ha convertido en una especie de *reality show* con pruebas de supervivencia.

No paro de poner *checks* mentales en una lista de tareas de mierda con la que no contaba.

Reencuentro incómodo: hecho.

Cena caótica: completada.

Brindis para la incomodidad máxima: superado.

Ahora, el reparto de habitaciones.

Porque claro, no podían ser habitaciones idénticas, no. Algunas tienen baño privado, otras literas, y una, que seguramente sea una broma de mal gusto, tiene una cama matrimonial.

—Para que sea justo, lo haremos a sorteo —anuncia Marina con su energía de presentadora de concursos.

Todos asienten, algunos con más entusiasmo que otros. Yo simplemente me limito a beber de mi copa y a observar cómo el destino se ríe de mí.

Porque, creéme, se va a reír de mí muchísimo.

De lo contrario, esta novela romántica no existiría.

Uno a uno, los papelitos van siendo sacados de la caja y los nombres van emparejándose. La gente celebra cuando les toca con sus amigos y se lamenta cuando les cae la litera de la discordia.

—Habitación 2… —Marina saca los nombres—. Brenda y Fabi.

—¡Como debe ser! —exclama Brenda, chocando los cinco con Fabi.

—Habitación 4… Raúl y Javi.

—¿Otra vez juntos? —se queja Javi—. No me va a dejar dormir con sus ronquidos.

—Aprende a vivir con ello, colega —replica Raúl con una sonrisa.

—Habitación 5… David y Carmen.

—Espero que no sigas hablando en sueños —dice Carmen con dramatismo—. O peor aún, que hables dormido de inversiones o cosas aburridas.

—No prometo nada —se encoge de hombros David, divertido.

—Habitación 1… Laura y Esther.

—Bueno, al menos contigo sé que no me va a tocar dormir con un psicópata —bromea Esther.

—Eso es porque aún no me has visto de mal humor por las mañanas —responde Laura.

Y entonces pasa.

—Habitación 3… —Marina saca los nombres con una sonrisa pícara que ya me huele mal—. Paula y Sergio.

Silencio absoluto.

Se escucharía el vuelo de una mosca si no fuera porque en este momento todos están demasiado ocupados conteniendo la risa o fingiendo sorpresa.

Esto se pone interesante, a pesar de que no tengo ni puta idea de cómo reaccionar.

Miro a Paula, que parpadea un par de veces como si el universo la estuviera troleando en tiempo real. Puedo ver cómo su alma abandona el cuerpo.

—No. —Su reacción es inmediata, rápida y firme. Como si acabaran de decirle que tiene que pasar una semana sin café.

—Sí. —Mi respuesta es igual de rápida, pero mucho más divertida.

Estoy improvisando, lo admito, no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo, pero me encanta.

—No puedes estar hablando en serio —farfulla, mirando el papelito como si fuera un test de embarazo con un resultado

inesperado.

—¿Por qué no? Vamos, Paulita, no vas a ver nada que no hayas visto ya —suelto con una media sonrisa.

Paula se gira hacia Marina con el ceño fruncido, como si estuviera a punto de demandarla por daños y perjuicios emocionales.

—Esto está amañado.

—¿Me estás acusando de manipular un sorteo con papelitos escritos a mano? —pregunta Marina con falsa indignación, llevándose una mano al pecho, como si la hubieran insultado en lo más profundo de su ser.

Paula se cruza de brazos, sé que está en plena batalla interna. Lo noto en cómo muerde su labio y en cómo su pie empieza a moverse ligeramente, como cuando está intentando no perder la paciencia.

Yo, por mi parte, estoy disfrutando de esto demasiado.

—Paula, cielo —interviene Brenda, que claramente se está mordiendo el labio para no reírse—. Respira hondo. Es solo una habitación.

—¡Una habitación con él! —exclama señalándome como si fuera un virus letal.

Alzo las manos, inocente.

—Prometo que no ronco. Bueno, no demasiado.

—¡Sí lo haces! ¡Como un jabalí, además! ¿Ya te has mirado lo de la apnea del sueño?

—Dramática —murmuro entre dientes, fingiendo indignación.

Paula resopla y cierra los ojos un segundo. Sé que está haciendo cálculos mentales. Los mismos cálculos mentales que le indican que no tiene escapatoria.

Ya está hecho. La decisión está tomada.

—Bien. —Exhala, en un intento por recuperar la dignidad—. Pero si una almohada cruza la frontera de mi lado de la cama, no respondo de mis actos.

—¿Quién ha dicho que vamos a compartir cama? —pregunto, fingiendo sorpresa—. Tal vez tú duermes en el suelo. O en la bañera. Tiene baño privado.

—O tal vez tú acabes con un ojo apuñalado en la primera noche. —Me lanza una mirada de advertencia antes de darse la vuelta y

marcharse, probablemente a recargar paciencia.

Javi suelta una carcajada.

—Tío, si sobrevives a esto, te mereces una medalla.

Brenda asiente con aire solemne.

—Yo le daría un premio de supervivencia. O una cartilla de hospital, por si acaso.

—O una orden de alejamiento —añade Raúl, provocando carcajadas generales.

Pero yo solo sigo a Paula con la mirada mientras se aleja, sintiendo una mezcla de diversión y peligro inminente.

Me quedo ahí, con la satisfacción de quien acaba de ganar una batalla que ni siquiera ha empezado.

Esto promete. Y mucho.

13
Paula

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 23:14**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la primera noche compartiendo habitación con tu ex sin perder la dignidad.

📌 **Dificultad:** Alta.

Si alguna vez he dudado de la existencia del karma, este momento me lo confirma: el universo me odia con una intensidad desproporcionada.

Entro en la habitación con el mismo espíritu con el que un soldado pisa territorio enemigo.

Ojito avizor, estrategia en marcha y un profundo deseo de que me trague la tierra.

Porque sí, amigos, voy a compartir habitación con mi ex.

¿A que es súper guay? PUES NO.

Respiro hondo y analizo el panorama.

Vale, no está mal. La habitación es amplia, con paredes de madera, una ventana con vistas al jardín y un armario que parece haber salido de una casa rural del siglo XIX.

Bonito, acogedor y totalmente inservible para mi propósito de mantener la distancia.

¿Lo peor? La maldita cama.

Una. Sola. Cama.

Enorme, sí, pero UNA.

—Perfecto —murmuro con ironía—. Maravilloso. Ideal. Qué bonito todo. Me encanta esta experiencia.

Mi mente se lamenta en bucle.

¿Por qué no me fui a un retiro espiritual?

¿Por qué no alegué fiebre repentina?

¿Por qué no me atropelló un camión antes de llegar aquí?

Voy a la entrada a recoger mi maleta, que junto con las demás han estado esperando ahí tras el sorteo. Me la cargo al hombro como si fuera mi cruz personal (otra más, quiero decir, la primera es Sergio) y vuelvo a la habitación, dispuesta a delimitar mi territorio como un gato.

Pero entonces aparece él con su aura de "me importa todo un carajo" y la tranquilidad del que no está a punto de perder la cabeza.

Me tiene harta y eso que no llevamos ni veinticuatro horas bajo el mismo techo.

Llega con su maleta y la deja junto a la mía sin pedir permiso ni hacer preguntas, porque claro, el rey del descaro no conoce límites.

Se estira como si estuviera en su propia casa y empieza a desabrocharse los botones de la camisa.

Yo me quedo inmóvil.

Alerta roja.

Alerta roja.

ALERTA PUTO ROJA.

—¿Qué haces? —pregunto, alzando una ceja, intentando no mirar su maldita clavícula.

—Me pongo cómodo —responde, como si acabara de anunciar que se va a lavar los dientes y no que está a punto de desnudarme la dignidad.

Y también su torso, ese que tanto me gustaba acariciar cuando todo iba bien, donde apoyaba la cabeza para escuchar los latidos de su corazón.

Antes de que pueda reaccionar, la camisa desaparece y su maldito pecho bronceado y esculpido por los dioses del gimnasio aparece en escena.

Y mi cerebro, señoras y señores, se apaga en un cortocircuito monumental.

Oh. Madre. Mía.

—Paulita, relájate —dice con una media sonrisa mientras se sienta en el borde de la cama—. Que no te voy a devorar. A no ser que me lo pidas educadamente.

Se me atraganta el oxígeno.

Porque no solo es lo que dice, sino ese tono que utiliza.

Ese tono de voz bajo y socarrón que usa cuando sabe que me ha pillado desprevenida y lo está disfrutando.

No entiendo cómo puede ser capaz de bromear con eso, lo digo en serio.

Aprieto los labios y tomo aire como si fuera una actriz de método preparándose para una escena de alto riesgo.

—¿Eres tonto o qué te pasa? —le espeto, cruzándome de brazos.

—¿Por?

—No te hagas el idiota conmigo. —Me acerco a él y le señalo con el dedo—. No sé por qué narices has tenido que venir.

—¿Y tú? ¿Por qué has venido tú? —contraataca.

—Pues por… pues… ¡He preguntado yo primero!

—Menudo reencuentro, tía… —dice, pero no hay acritud en su voz—. No puedes ignorarme para siempre, ¿sabes?

—Hasta ahora se me ha dado de maravilla.

—Lo sé, me lo dejó muy claro el hecho de que no volvieras a dirigirme la palabra.

—Me alegro de que lo pillaras, chico.

—Paula…

—¿Qué?

—Basta, no puedes ignorarme también aquí, donde vamos a estar tres días y dos noches.

—Lo tienes muy controlado, ¿no? Oh, ya lo creo que puedo. Por supuesto que puedo. No eres el centro del mundo, hay más personas aquí dentro.

Sergio resopla.

—Mira, Echevarría, más te vale dormir quieto porque si noto un dedo fuera de tu lado, te despierto con un golpe de almohada en la cara. Y no estoy de humor para tener piedad.

—Oh, qué miedo me das —se burla, dejándose caer de espaldas sobre la cama con los brazos detrás de la cabeza.

Y ahí está él, tumbado, relajado, respirando tranquilidad absoluta mientras yo estoy a punto de empezar a hiperventilar.

—¡No te soporto! —exclamo llena de rabia.

Él pone los ojos en blanco, pero no parece inmutarse demasiado.

—¿Vas a dormir ya? —me pregunta entonces, levantándose de la cama para rebuscar en su maleta.

—¿Qué más te da?

Se encoge de hombros.

—Yo voy a disfrutar de lo que van a montar ahí fuera.

—Pues muy bien. Yo también. Haz como si no existiera, gracias —digo, después salgo de la habitación.

Si sobrevivo a esta noche sin perder la poca cordura que me queda, me doy un premio.

O quizá dos.

Siento que todo esto va a ser demasiado para mí.

14
Sergio

📍 **Viernes por la noche**

🕒 **Hora: 23:48**

📌 **Objetivo:** Fingir que todo está bien mientras la fiesta sigue descontrolándose.

📌 **Dificultad:** Nivel "Quiero que parezca que me da igual, pero en realidad estoy más jodido que un lunes a las 7 AM".

Si algo aprendí con esta gente cuando estudiábamos juntos es que no existe un "nos tomamos una copa y a dormir".

No.

Aquí cualquier excusa es buena para montar una fiesta improvisada. Y eso es justo lo que ha pasado después de la cena.

El salón ha pasado de ser un sitio acogedor y rústico a parecer el after de un concierto.

Música a todo volumen, luces tenues, copas en todas partes y un grupo de adultos comportándose como si tuvieran dieciocho años y ninguna responsabilidad en la vida.

Pues qué gusto, ¿no?

Marina, cómo no, ha sido la principal promotora de la locura.

—¡Que nadie se me haga el soso, esta es la noche de los excesos! —grita, alzando su copa—. ¡Y mañana más!

En menos de cinco minutos, las zapatillas han volado, la mesa de centro se ha movido para hacer sitio y todos han caído en la trampa del "¡una copa más y me voy a la cama!" que nunca es real.

Algunos se han cambiado de ropa.

Fabi y Brenda han optado por pijamas de satén como si estuvieran en una peli de los noventa, Marina sigue con su vestido porque claramente nació para la fiesta, y Paula, quien ya ha salido de la habitación donde dormiremos, ella…

Paula sigue llevando ese maldito vestido negro.

Me jode.

No porque no le quede bien, sino porque le queda demasiado bien. Porque llevo toda la noche intentando no mirarla y ahora mismo es imposible.

Intento disimular, centrándome en lo que hacen los demás.

Raúl está sirviendo chupitos como si fuera un bartender de Las Vegas, Javi y Laura están en pleno debate sobre qué canción poner en la *playlist*.

David y Esther están en un rincón echándose una partida al *beer pong* como si les fuera la vida en ello y Carmen está grabando contenido como si esto fuera una gala de premios.

—¡Mirad aquí, mirad aquí! —dice Carmen, enfocándonos con su móvil—. "Noche de locura en la casa rural". ¡Dadle a like, seguidme y no olvidéis activar la campanita!

—¿Nos va a cobrar por estar en su vídeo? —murmura Fabi a Brenda.

—Si sale bien, fijo que lo sube a TikTok y lo monetiza —responde Brenda, brindando con ella antes de beberse un chupito.

En el otro lado del salón, Marina está intentando convencer a Javi de que baile, sin mucho éxito.

—Venga, hombre, muévete un poco —insiste Marina, zarandeándolo del brazo.

—Paso. Bailo peor que un robot con las pilas gastadas.

—¡Pero si el ridículo es la esencia de la vida! ¡Mira a Raúl!

Todos giramos la cabeza en dirección a Raúl, que está en pleno espectáculo improvisado de *breakdance* y ha terminado en el suelo con una voltereta fallida.

—Tío, ¿estás bien? —pregunta Javi entre carcajadas.

—¡Estoy en mi mejor momento! —responde Raúl, levantando el vaso con dignidad desde el suelo.

Risas, brindis, anécdotas absurdas, canciones que todos corean.

Todo el mundo se está divirtiendo, pero mi mente está en otra parte.

Mi mente está en el puto desastre que me espera cuando esto termine y tenga que meterme en la cama con Paula.

Porque claro, ahora todo es fiesta, alcohol y carcajadas, pero en cuanto la música baje y nos vayamos a dormir, mi realidad será otra.

Voy a tumbarme en esa cama con la única mujer que me ha importado de verdad.

Y no voy a poder tocarla, ni abrazarla, ni decirle nada de lo que quiero decirle, porque lo que teníamos se rompió y fue por mi culpa.

Joder.

La primera vez que dormí con Paula no dormimos nada.

Era verano.

Barcelona, playa, el primer día de aquel fin de semana en el apartamento de mis padres.

El mismo día en que le pedí salir.

El mismo día en que todo cambió.

Hacía calor. De ese calor pegajoso que se cuela en la piel y hace imposible conciliar el sueño.

Pero nos importó una mierda.

Nos habíamos quedado en mi habitación después de que el resto se fuera a dormir, desperdigados por el apartamento.

La ventana estaba abierta, dejando entrar el sonido de las olas rompiendo contra la orilla y la brisa marina, cálida y cargada de salitre.

El cuarto olía a verano, a aire salado y a Paula.

Estábamos tumbados sobre las sábanas, porque con el calor nadie en su sano juicio dormía tapado.

Ella llevaba una camiseta fina y un pantalón corto, y su pierna estaba enredada con la mía como si fuera la cosa más natural del mundo.

No hablábamos mucho. No hacía falta.

Mi brazo rodeaba su cintura, su respiración rozaba mi cuello y su piel caliente se pegaba a la mía como si hubiéramos nacido para dormir así.

En algún momento de la madrugada, cuando el sueño empezaba a pesarle, Paula rompió el silencio.

—¿No te molesta que te abrace toda la noche? —preguntó, con la voz medio dormida y la nariz pegada a mi cuello.

Sonreí, besándole el pelo con suavidad.

—No me molesta —respondí—. Si me sueltas, ahí sí que me jodes.

Se rio bajito, con ese sonido que me hacía sentir que todo estaba en su sitio.

Y entonces se apretó más contra mí. Más cerca.

Y así nos quedamos.

Pegados.

Encajando.

Como si hubiéramos nacido para dormir así.

Vuelvo al presente con una sensación de mierda en el pecho y una copa medio vacía en la mano. Una copa que no me ha servido para ahogar nada, pero que al menos me da algo a lo que aferrarme.

¿En qué momento lo jodí todo tanto?

Porque esta noche la realidad será muy diferente a ese recuerdo. Esta noche ya no quedará nada de esas caricias bajo las sábanas, de su respiración latiendo en mi nuca, de sus manos rodeando mi cintura como si ese fuera su sitio.

Esta noche seremos dos extraños compartiendo una cama.

Paula se ríe de algo que ha dicho Fabi y, por un segundo, me permito admirarla sin que me vea.

Mierda.

Cuánto la echo de menos.

Pero en cuanto gira la cabeza en mi dirección, mi máscara vuelve a su sitio.

Nada de sentimentalismos.

Nada de dejar que se note.

Nada de admitir que he venido a esta convivencia absurda porque, en el fondo, la he tomado como la última bala.

Mi última oportunidad para intentar recuperarla, aunque sea como amigos.

Dudo que siga sintiendo nada por mí. Dudo incluso de que esté soltera.

Yo lo estoy. Y no porque no haya estado con otras chicas desde que la cagué, sino porque ninguna me ha llenado tanto como lo hizo

ella. Ninguna me ha hecho sentir como ella lo hacía. Como ella todavía lo hace sin saberlo.

Gilipollas.

Gilipollas.

Gilipollas.

—¿Qué, Echevarría? —dice de repente, alzando su copa en mi dirección con esa sonrisa retadora que me desarma y me jode a partes iguales—. ¿Te vienes al siguiente juego o necesitas una siesta?

Levanto la mirada y la encuentro esperándome, desafiante, con los ojos brillando por el alcohol y la adrenalina de la noche.

Como si lo nuestro nunca hubiera pasado. Como si yo no fuera más que un tipo del montón.

Fijo mi mejor expresión indiferente y finjo que me lo pienso, girando la copa vacía entre los dedos.

—Depende. Si el juego consiste en hacer sufrir a tu ex, creo que ya lo estás ganando.

Paula levanta una ceja.

Un microsegundo de duda en su mirada, como si no se hubiera esperado la respuesta.

Y entonces, suelta una carcajada y vuelve con sus amigas, dejándome con una copa vacía, una sonrisa torcida y la certeza de que dormir esta noche va a ser un puto infierno.

15
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 00:20**

📌 **Objetivo:** Evitar pensamientos tóxicos sobre cierto ex.

📌 **Dificultad:** Media.

La fiesta sigue en su apogeo y yo necesito un descanso. Me escabullo hasta la cocina para servirme un vaso de agua porque si sigo con el ritmo de las copas, voy a acabar declarándome al microondas.

Mientras bebo, mis ojos se desvían inevitablemente hacia Sergio. Está en el otro lado del salón, apoyado contra la pared con esa postura de "me importa todo una mierda" que, por desgracia, sigo encontrando jodidamente atractiva.

Ríe con Javi y Raúl, bebiendo de su vaso con tranquilidad, como si yo no estuviera aquí, como si no compartiéramos una habitación, como si no fuéramos una bomba de relojería a punto de estallar.

Me exaspera.

Me exaspera lo cómodo que parece en este caos cuando yo me estoy debatiendo entre huir o prender fuego a la casa.

—No pienses en él, Paula. No pienses en él —murmuro para mis adentros mientras doy un trago largo.

Y entonces, escucho las carcajadas de Brenda y Esther provenientes de la mesa del comedor.

Me giro con curiosidad y me encuentro con Brenda gesticulando como si estuviera explicando una teoría de vida crucial.

—O sea, no sé cómo explicarlo —dice Brenda, con un leve sonrojo en las mejillas—. A veces veo a una mujer y pienso: "joder, qué guapa es", pero no sé si es atracción o admiración. ¿Me entiendes?

Esther, la sexóloga, sonríe con paciencia de monja budista y apoya la barbilla en la mano.

—Por supuesto. Es un clásico. Muchas personas confunden la atracción con la admiración porque nos han criado con la idea de que la heterosexualidad es la norma. Pero, querida, si cada vez que ves a una mujer guapa se te acelera el pulso y te imaginas un escenita al estilo de las pelis francesas... pues igual hay algo más ahí.

Brenda abre los ojos como platos y me mira de reojo, como si necesitara apoyo moral. Yo solo me encojo de hombros y le doy otro sorbo a mi agua, disfrutando de la situación.

—No digo que quiera estar con una mujer —balbucea Brenda, rascándose la sien—. Pero es verdad que... no sé, nunca me lo había planteado tan seriamente. ¿Y si alguna vez lo he sentido y no lo he identificado?

Esther asiente con tranquilidad.

—Y si es así, ¿qué? No tienes que etiquetarte ni tomar decisiones ahora mismo. Solo tómatelo con calma.

Brenda tamborilea los dedos contra la mesa y suspira.

—Joder, me va a explotar la cabeza.

—Mejor eso que te explote otra cosa —bromeo, alzando mi vaso.

Brenda me lanza una servilleta mientras Esther se ríe a carcajadas.

—Paula, por favor, que estamos hablando de un tema serio.

—¡Lo sé! Pero es que tu cara ha sido un poema.

Brenda se lleva las manos a la cara, entre divertida y avergonzada.

—Deja que me plantee mi crisis en paz, ¿vale?

Esther le da una palmadita en el brazo.

—Tranquila, no estás sola en esto. Lo importante es que te escuches a ti misma sin presiones.

Brenda asiente, pero yo puedo ver la tormenta de pensamientos en su cabeza. Esto va a dar para muchas conversaciones más.

Y por primera vez en toda la noche, mi mente se distrae de cierto idiota llamado Sergio.

El salón sigue en plena fiesta y, aunque todos parecen estar pasándolo en grande, Brenda está en su propia burbuja de pensamientos.

Desde la conversación con Esther, ha empezado a notar cosas. Cosas raras. Cosas que antes no le parecían importantes, pero que ahora le están haciendo cortocircuito en el cerebro.

Por ejemplo, lo bonita que es la sonrisa de Esther.

O cómo se le ilumina la cara cuando habla apasionadamente de su trabajo.

O cómo la camiseta que lleva se ajusta perfectamente a su cuerpo.

Sé todo esto porque lo he visto y porque la conozco.

—Tía, te conozco —dice Fabi, que la ha estado observando con el radar de mejor amiga activado—. Estás teniendo pensamientos indebidos. Confiesa.

Brenda, que había estado mirando fijamente a Esther sin darse cuenta, se atraganta con su copa y empieza a toser.

—¡No, tía! —farfulla, recuperando el aire—. Solo estoy procesando datos. ¡Datos importantes!

Fabi entrecierra los ojos con escepticismo.

—Sí, claro, "datos". ¿Y esos "datos" incluyen cómo te muerdes el labio cada vez que Esther te habla?

—¡¿Qué?! —Brenda abre los ojos como platos—. Eso no ha pasado.

—Sí ha pasado —intervengo con una sonrisa burlona—. Varias veces.

Brenda se hunde en el sofá, queriendo desaparecer.

Y entonces, Esther, que claramente se ha dado cuenta de la situación, decide rematarla.

—Brenda, cuando quieras explorar, aquí estoy —dice con naturalidad, como si acabara de ofrecerle probar un cóctel nuevo en lugar de tirarle una bomba existencial en plena fiesta.

Brenda se queda sin palabras.

Fabi y yo nos mordemos los labios para no reírnos.

Y, de repente, Brenda se levanta de golpe.

—Necesito agua —anuncia con voz estrangulada, y sale disparada hacia la cocina como alma que lleva el diablo.

Nos quedamos en silencio por un segundo, y luego Fabi y yo estallamos en carcajadas.

—Esto va a ser divertido —murmura Fabi, dándome un codazo.

—Lo es ya —respondo, bebiendo de mi copa con una sonrisa maliciosa.

16
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 00:45**

📌 **Objetivo:** No tocar a Paula. No provocar a Paula. No besar a Paula.

📌 **Dificultad:** Nivel "Tu ex sigue oliendo a jodida tentación".

Brenda sale disparada de la sala con una expresión que solo puedo describir como "crisis existencial con toques de pánico absoluto".

No tengo ni idea de qué ha pasado, pero el nivel de cotilleo en este grupo es tan alto que seguro me entero en menos de cinco minutos.

Con una media sonrisa, me termino lo que queda de mi copa y decido ir a la cocina a por otra. Porque si quiero sobrevivir este fin de semana sin perder la poca dignidad que me queda, voy a necesitar más alcohol.

Cruzo el umbral y la encuentro allí.

Paula. Sola. De espaldas a mí.

Apoyada contra la encimera, con un vaso en la mano y la mirada perdida en algún punto del infinito.

Podría aprovechar para marcharme antes de que me vea, pero ni de coña.

Ella finge que no me ha notado, pero lo ha hecho. Lo sé porque su espalda se tensa ligeramente y porque su manera de sujetar el vaso cambia.

Me encanta que intente actuar como si no existo cuando sé que sí.

—¿Te has perdido o estás huyendo de algo? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

Paula suspira y, sin dignarse a mirarme, responde:

—De ti. Pero al parecer no he corrido lo suficientemente rápido.

Sonrío. No puedo evitarlo.

—Vamos, Paulita, no me digas que después de todo este tiempo sigues teniendo miedo de estar a solas conmigo.

Ahora sí se gira.

Me mira con esos ojos oscuros que me llevan directo al pasado, a noches en mi apartamento, a mañanas entrelazados en mi cama, a carcajadas sin filtro en el coche. Pero también a gritos, a despedidas y a un dolor que aún no ha desaparecido.

—Por favor —suelta con sorna—. No me hagas reír. Si tuviera que elegir entre estar contigo o lamer el suelo de esta cocina, elegiría lo segundo. Y con gusto.

—Sabía que te gustaban las decisiones extremas.

Paula resopla y da un trago a su vaso, pero su expresión se mantiene neutral.

Demasiado neutral.

Y eso me mosquea, porque Paula nunca ha sido buena escondiendo lo que siente.

Me acerco con calma, demasiado consciente de cada centímetro que acorta la distancia entre nosotros.

Ella lo nota.

Lo veo en la forma en que aprieta los labios, en cómo su respiración se vuelve un poco más irregular.

O en cómo se queda completamente inmóvil cuando estiro la mano para coger una copa justo al lado de la suya.

Y entonces, pasa.

Nuestros dedos se rozan.

Una fracción de segundo.

Un contacto casi imperceptible.

Pero es suficiente para que Paula contenga el aliento.

Para que yo sienta una descarga eléctrica recorriéndome el brazo.

Para que todo el jodido universo se quede en pausa durante un instante.

Ella es la primera en reaccionar, retira la mano rápidamente y chasquea la lengua.

—¿Podrías, por favor, no invadir mi espacio vital?

—Lo intento. Pero me gusta demasiado cómo hueles —respondo sin pensar.

Paula parpadea, sorprendida.

Por un segundo, parece que va a responder algo cortante, pero no lo hace.

El silencio que sigue es denso.

Pesado. Cargado de todo lo que no estamos diciendo.

—Dios mío, ¿estáis flirteando o a punto de asesinaros? Porque no sé qué energía estáis manejando aquí. —La voz de Marina interrumpe el momento y Paula da un salto literal hacia atrás.

Yo suelto un suspiro y me giro con una sonrisa irónica.

Marina nos mira con el ceño fruncido y la boca torcida, sosteniendo una botella vacía de ron.

—Tranquila, Marina. Solo estábamos poniéndonos al día —respondo con calma.

Paula se ríe sin gracia y se aparta de la encimera.

—Sí, claro. "Poniéndonos al día". Y ahora si me disculpáis, tengo mejores cosas que hacer.

Se marcha de la cocina sin mirarme, pero noto cómo su mano se cierra en un puño antes de salir.

Y yo me quedo ahí, con la copa en la mano, preguntándome cuánto más voy a poder aguantar sin ceder a la tentación de besarla.

17
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 00:53**

📌 **Objetivo:** No recordar. No sentir. No dejar que una canción del pasado arruine lo que queda de dignidad.

📌 **Dificultad:** Alta.

Salgo de la cocina con el pulso descontrolado y la respiración entrecortada.

Necesito aire.

Necesito espacio.

Necesito cualquier cosa que no sea el puto roce de sus dedos en los míos.

Avanzo por el pasillo con pasos rápidos, con la copa aún en la mano y una mezcla de rabia y algo que me niego a identificar ardiéndome en el pecho.

¿Qué ha sido eso?

¿Por qué demonios me ha mirado así?

¿Por qué ha dicho lo de que le gusta cómo huelo?

¿Desde cuándo nos dedicamos frases con subtexto?

Intento concentrarme en cualquier otra cosa, pero en cuanto llego al salón, la música me golpea como un puñetazo en el estómago.

Yellow de Coldplay.

Joder.

Joder, joder, joder.

El destino es un cabrón con sentido del humor, porque esa canción no es solo una canción.

Esa canción es un recuerdo.

Una excursión de final de curso.

Un autobús con los cristales empañados, risas y voces mezclándose en el aire.

Una Paula de dieciocho años, con la cabeza apoyada en el hombro de un Sergio que aún no era mío, pero que ya lo era todo.

—Dame un auricular. —Le pedí sin mirarlo. No me hacía falta. Sabía que sonreía.

—¿Y si mi *playlist* es una mierda? —bromeó él, ya tendiéndome uno.

—Entonces dejaré de hablarte para siempre.

Él se rio y lo puso en mi oído.

Y entonces empezó *Yellow*.

—¿En serio? —dije con una sonrisa, girándome hacia él.

—Sí. Es perfecta. Como tú.

El autobús se desdibujó.

La gente dejó de existir.

Solo estábamos él y yo, compartiendo un puto auricular, como en una película mala de adolescentes.

Y ahora, aquí estoy.

Años después.

Con esa misma canción llenando el aire, pero con un millón de cosas entre nosotros que antes no existían.

Cierro los ojos un segundo e intento respirar hondo y fingir que no siento nada.

Pero cuando los abro, mis ojos van a buscarlo sin que yo se lo ordene.

Y ahí está. Apoyado contra la pared, con una copa en la mano y la mirada fija en mí.

No sonríe. No se mueve. Solo me observa.

Y en su mirada, veo exactamente lo mismo que yo intento ocultar.

Recuerdos.

Dolor.

Y algo que nunca se ha apagado del todo.

Doy un paso atrás.

Necesito salir de aquí antes de que haga algo estúpido, antes de que me acerque a él.

Pero entonces, Brenda choca contra mí.

—¡Eh, tía! —exclama, sujetándome por los hombros—. ¿Por qué tienes cara de que te has dado un morreo con el destino y no te ha gustado?

Parpadeo, intentando recomponerme.

Mierda.

—Es el alcohol —miento. —Me está pegando más fuerte de lo que pensaba.

Brenda alza una ceja, claramente sin creerse nada, pero antes de que pueda replicar, alguien sube la música y la conversación cambia de rumbo.

Agradezco la distracción, no tener que enfrentar lo que acaba de pasar, porque si me quedo un segundo más aquí, voy a acabar recordando cómo se sentía aquel auricular en mi oído.

Y cómo, en aquel autobús, sentí por primera vez que Sergio Echevarría era el principio de algo de lo que nunca iba a poder escapar.

18
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 01:15**

📌 **Objetivo:** No caer en la trampa de las apariencias.

📌 **Dificultad:** Nivel "Tu ex es una ilusión óptica, todo esto es Matrix".

Todavía estoy intentando recomponerme después del golpe de realidad que me ha dado esa maldita canción cuando una voz familiar me saca de mis pensamientos.

—¿Quién ha puesto esta canción? —pregunto, intentando sonar indiferente mientras mi corazón sigue en modo montaña rusa emocional.

Carmen, que está sentada en el sofá con el teléfono en alto, haciéndose una selfie tras otra, apenas me mira.

—Yo qué sé, qué más da. —Desliza el dedo por la pantalla con una sonrisa satisfecha—. ¡Me están subiendo los seguidores!

La observo.

Lleva todo el rato pegada al móvil, retransmitiendo cada maldito segundo.

—¿En serio? —arqueo una ceja—. ¿Qué haces, una crónica en directo del evento?

Carmen ríe y me gira la pantalla de su móvil: está en pleno directo.

Comentarios subiendo a toda velocidad.

Corazones flotando por todas partes.

—Mira esto. A la peña le encanta ver mi vida. —Se encoge de hombros y sonríe de manera exagerada para la cámara antes de volver a enfocarse en mí—. "Noche loca en la casa rural con mis mejores amigos. #DiversiónMáxima #ViviendoMiMejorVida".

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Viviendo tu mejor vida? Si hace diez minutos estabas quejándote de que la cama es dura como una piedra y de que no hay buena iluminación para tus fotos.

Carmen me mira como si acabara de descubrir que el cielo es azul.

—Paula, cariño, la vida real y las redes son dos cosas muy distintas. ¿Desde cuándo lo que se ve en pantalla refleja la realidad?

Su comentario me deja pensando más de lo que me gustaría admitir.

Lo que se ve en pantalla no siempre refleja la realidad.

Miro de reojo hacia donde está Sergio, hablando con Javi y Raúl. Relajado, con esa media sonrisa que le sale sin esfuerzo. Desde fuera parece tranquilo, como si todo esto le diera igual. Como si no le importara que estemos en la misma casa, compartiendo la misma habitación, respirando el mismo aire.

Pero yo sé que es mentira.

Porque sé cómo se tensó cuando nuestros dedos se rozaron en la cocina.

Porque sé que me miró cuando sonó la canción.

Porque sé que yo también estoy fingiendo.

Carmen sigue a lo suyo, sonriendo para la cámara mientras recita frases motivacionales de influencer profesional.

—Lo importante es proyectar lo que quieres que vean de ti. Si das la imagen de que tienes una vida de ensueño, la gente se lo cree. Aunque estés en pijama comiendo galletas en la cama con un moño mal hecho y una mascarilla verde en la cara.

La miro y suelto una carcajada.

—Carmen, te has pasado todo el rato retransmitiendo nuestras vidas. ¿No te agobia estar todo el rato demostrando algo?

Ella suspira, baja un poco el móvil y me mira con un brillo inesperado en los ojos.

—A veces sí, pero es lo que hay. La gente solo quiere ver lo bonito, lo divertido, lo aspiracional. ¿Quién quiere ver la parte en la que tengo un ataque de ansiedad por los *haters*? ¿O cuando tengo un mal día y no quiero salir de la cama? Eso no interesa. —Me guiña

un ojo y vuelve a enfocar el móvil en su cara—. La clave es la ilusión, nena. Aparentar hasta que te lo crees.

El golpe de realidad me atraviesa como un rayo.

Aparentar hasta que te lo crees.

Suelto un suspiro y tomo un trago largo de mi copa, sintiendo el peso de esas palabras en el pecho. Porque, de repente, todo lo que está pasando con Sergio cobra sentido.

Desde fuera parecemos dos personas que han superado lo suyo, que pueden convivir sin problemas, que ya no sienten nada.

Pero es mentira.

Estamos haciendo lo mismo que Carmen.

Aparentar.

Fingir que todo está bien cuando en realidad no lo está.

—Bueno, me largo antes de salir en tus historias —digo, levantándome.

Carmen me sigue con la mirada y sonríe.

—Dale un buen filtro a tu vida, Paula. Siempre ayuda.

Me alejo, pero sus palabras se quedan pegadas a mi piel como una advertencia.

Yo no quiero filtros, yo quiero la realidad.

El problema es que no sé si estoy lista para enfrentarla.

19
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 01:30**

📌 **Objetivo:** Evitar que la reunión de exalumnos se convierta en un caso de homicidio involuntario.

📌 **Dificultad:** Nivel "Emergency Room, pero con idiotas".

—A ver, lo que ha dicho David ha sido una cagada, pero tampoco es para matarlo —dice Raúl, llevándose una cerveza a la boca.

—Tío, ha dicho delante de todo el mundo que Paula y yo éramos la pareja perfecta. —Me paso una mano por la cara, frustrado—. Como si no lleváramos un año sin hablarnos y esto no fuera ya bastante incómodo de por sí.

Javi mastica una galleta con pepitas de chocolate que ha traído Marina.

—Tienes razón, pero míralo por el lado positivo: al menos no ha dicho que todavía os queréis. —Me mira con una ceja arqueada y una sonrisita de cabrón—. Eso sí que habría sido divertido.

Le doy un codazo en las costillas y él se ríe, derramando unas pocas migas en el proceso.

—Os odio —mascullo, dando un trago a mi cerveza.

Raúl se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Tío, lo que no entiendo es por qué sigues con esta mierda de plan de "todo está bien".

—Porque todo está bien —digo, con el tono más convincente que tengo.

—Sí, claro —interviene Javi, cogiendo otra galleta. Se está poniendo fino, el tío—. Y yo soy el puto Messi.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero él se limita a seguir comiendo.

—Mira —continúa Raúl—, te conocemos. Y por mucho que vayas de que esto es solo un fin de semana más, todos hemos visto cómo te ha mirado Paula hace un rato.

—¿Cómo me ha mirado Paula? —pregunto, más interesado de lo que debería.

Raúl y Javi intercambian una mirada cómplice.

—Como si te quisiera arrancar la cabeza o arrancarte la ropa —dice Raúl encogiéndose de hombros—. O ambas cosas a la vez.

Javi asiente, llenándose la boca del chocolate de las pepitas que llevan las galletas. Casi me dan ganas de probar una a mí también, pero siento el estómago un poco cerrado.

—Tensión sexual no resuelta. Clarísimo. —Hace un gesto con los dedos—. O sea, se notaba a kilómetros.

Resoplo y doy otro trago a mi cerveza.

—Paula y yo estamos en otra etapa. Lo que pasó, pasó.

Javi se atraganta con su cerveza y suelta una carcajada.

Galletas y cerveza, una mezcla algo rara, si me preguntan, pero ¿qué más da?

—¡No me jodas! ¿Lo que pasó, pasó? ¿Qué eres, un remix de Daddy Yankee?

Raúl se ríe y yo ruedo los ojos.

—Venga, tío, en serio. ¿Cuánto tiempo vais a seguir haciendo como que no os importa?

—Indefinidamente —respondo sin dudar, dándole otro trago a la cerveza, porque sé perfectamente lo que hay entre Paula y yo desde hace un año: silencio.

Javi abre la boca para soltar otra de sus genialidades, pero de repente frunce el ceño y se remueve en su asiento.

Quizá también piense que estoy mezclando demasiado y que no es buena idea. Yo hace rato que no me quito ese pensamiento de la cabeza.

—Tío… —dice, carraspeando—. Qué raro.

—¿El qué? —pregunta Raúl, alzando una ceja.

—No sé… me pica la garganta.

Me giro hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué has comido?

Javi se queda pensativo y luego mira el plato de galletas.

—Oh, mierda. —Se lleva las manos al cuello—. Dime que eso no tiene trazas de frutos secos. O frutos secos directamente. Soy alérgico.

Se hace un silencio tenso.

Raúl y yo nos miramos.

—¿Va en serio? —pregunto, poniéndome en guardia.

—¡SÍ! —Javi se levanta de golpe, su cara empieza a enrojecer.

Raúl entra en modo pánico instantáneo.

—¡¿QUÉ HACEMOS?! ¡¿QUÉ HACEMOS?!

Yo me levanto tan rápido que casi tiro la mesa.

—¡AL JARDÍN! —grito—. Necesita aire fresco.

Raúl y yo lo agarramos entre los dos y lo llevamos a trompicones hacia el exterior.

Javi respira con dificultad, su cara empieza a hincharse como un pez globo y su voz suena cada vez más ahogada.

—¡Que alguien traiga su adrenalina! —grito, mirando a todos los que están en la casa.

La puerta trasera se abre de golpe y el resto del grupo sale en estampida.

Paula aparece con los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa?

—¡Javi se está muriendo! —grita Raúl, claramente en modo histeria.

—¡No me estoy muriendo! —protesta Javi con voz ahogada.— Pero sí, NECESITO LA ADRENALINA. Mi mochila —añade con dificultad señalando con el dedo hacia el lugar donde está su mochila para que Paula vaya a por el medicamento.

—¿Javi es alérgico? —pregunta Brenda, confundida.

Paula sale escopetada.

—¡Sí! A los frutos secos—jadea él.

—Joder, qué dramático todo —murmura Laura, llevándose una mano a la boca.

Carmen, con el móvil en la mano, observa la escena con fascinación.

—Uf, esto va a romper Internet.

—¡NO LO GRABES! —gritamos varios a la vez.

Paula sigue buscando de forma rápida en la mochila de Javi en busca de la adrenalina.

Y entonces aparece Fabi, de la nada, con cara de misión especial y un maldito inyector en la mano.

—¡Tranquilos, lo tengo, lo tengo! —anuncia, sacudiendo la adrenalina como si fuera un cóctel de fiesta—. Menos mal que traje mi farmacopea de los "por si acasos".

—No eres doctora —dice Raúl, con el ceño fruncido.

—¡Pero me saqué un curso de primeros auxilios en YouTube! —exclama ella, y antes de que podamos detenerla, le clava la inyección a Javi en… el sitio equivocado.

Silencio absoluto.

Luego, un grito desgarrador.

—¡¡¡FABI, ME HAS PINCHADO EN LOS HUEVOS!!!

Raúl se queda paralizado, yo me tapo la cara con la mano y Fabi parpadea varias veces, como si estuviera procesando lo que acaba de pasar.

—Hostia puta… —David se lleva una mano a la nuca, con los ojos desorbitados.

—Ups. —Fabi suelta una risa nerviosa—. Bueno… en mi defensa, leí que el muslo y esa zona están cerca.

—¡¡¡ESO NO ES EL MUSLO, ES MI DIGNIDAD!!!

El grupo entero reacciona al unísono.

—¿¡Pero qué hacéis!? —exclama Paula, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Fabi, tía!

—Uf, eso ha tenido que doler —susurra Esther, cruzada de brazos.

—Un segundo —interviene Marina—. ¿Tienes un curso de primeros auxilios de YouTube y LO APLICAS ASÍ?

—Técnicamente ha funcionado —se defiende Fabi—. No se ha muerto, ¿no?

—Pero ha perdido la capacidad de reproducirse —dice David, riéndose entre dientes.

—No seas exagerado —interviene Laura—. Seguro que todavía le funciona.

—¡NO QUIERO HABLAR DE ESO! —chilla Javi.

Todos estallan en carcajadas mientras Javi sigue tumbado en el césped, hiperventilando, pero claramente más indignado que moribundo.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura Carmen, grabando.

—No, no, no —dice Javi, jadeando—. Si subes esto, te denuncio.

—¿¡Quién me va a denunciar!? —se burla Carmen—. ¿¡El sin huevos!?

—¿Qué es lo que ha comido? —pregunta Paula.

—Creemos que ha sido por las galletas —me atrevo a responderle yo.

—¿Las galletas llevan algo que le da alergia? —pregunta Esther.

—Ay —Marina aprieta los labios y luego pone morritos—. Esas galletas las he traído yo, son caseras y la harina es de almendra.

Todos la miramos, acusándola un poco con la mirada, aunque, ¿qué iba a saber ella?

—¡No me miréis así! ¡Es una receta de mi madre!

El caos es total.

Javi sigue hiperventilando, aunque ya menos, y Raúl y yo intentamos ayudarlo a incorporarse mientras Fabi y Marina se debaten entre sentirse culpable o morirse de risa.

Una, por dejarlo sin huevos y la otra por intento de asesinato sin alevosía.

Paula suspira y se frota las sienes.

—¿Sabéis qué? Me rindo. Voy a por más alcohol.

—Tráeme uno, por favor —gime Javi desde el suelo—. Lo necesito.

20
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 01:40**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir. Literalmente.

📌 **Dificultad:** Titanic pero versión casa rural.

Si alguien me hubiera dicho que esta noche iba a presenciar un shock anafiláctico, una inyección mal administrada y el renacimiento de Javi como mártir del drama, habría bebido más antes de que todo ocurriera.

Añadimos a eso el reencuentro con MI EX, con quien tendré que compartir habitación cuando todos nos vayamos a dormir.

¿Alguien da más?

Yo quiero cicuta, gracias.

Pero aquí estamos.

Javi sigue tumbado en el césped como si estuviera a punto de dictar su última voluntad, con una mano en el pecho y la otra en la frente, dramatizando a niveles dignos de un Oscar, aunque parece estar bastante mejor gracias al medicamento.

—No me lo puedo creer… —gimotea—. Traicionado por mi propia gente.

Raúl le da un golpecito en el hombro con la punta del pie.

—No hemos sido nosotros, han sido las galletas de Marina. —Se gira hacia la chica del flequillo, que sigue con la boca abierta—. Tía, ¿QUÉ LE ECHASTE A ESO?

Marina parpadea, claramente en shock.

—Era una receta de mi madre, ya lo he dicho —murmura—. No sabía que tenía almendra en la base.

—¡PUES YA LO SABES! —exclama Javi, volviendo a su pose trágica—. Casi me matas, Marina. Voy a recordarlo cada vez que vea

un postre en mi vida.

—¿Puedes no dramatizar? —interviene Laura, cruzada de brazos —. O sea, literalmente sigues vivo.

—Pero tocado —dice Javi con voz quebrada—. Tocado y hundido.

—¡Anda, como Melendi! —exclama David.

Yo pongo los ojos en blanco.

Carmen, por supuesto, tiene el móvil en la mano y está en plena grabación.

—Amigos, hoy os traigo un testimonio exclusivo —dice en tono de presentadora de telediario—. Aquí, en directo, El hombre que sobrevivió a unas galletas caseras asesinas.

Fabi, que todavía sostiene el maldito inyector de adrenalina con cara de circunstancias, chasquea la lengua.

—¡Ay, venga ya! ¡Tienes suerte de que te haya salvado la vida!

—¡Me has matado los huevos, que no es lo mismo! —se queja Javi, incorporándose con esfuerzo—. No sé si podré tener hijos después de esto.

—Bueno, considerando tu historial amoroso, tampoco es que estuvieras en peligro de eso —bromea Raúl, ganándose un empujón.

Las carcajadas van en aumento, y yo estoy disfrutando demasiado de ver a Javi en este estado. Hasta que, de repente, me apunta con un dedo acusador.

—Y TÚ. —Me mira con ojos entrecerrados—. Tú eres farmacéutica. ¿Por qué no me salvaste?

Le sostengo la mirada, en completo silencio, con la expresión más plana que puedo poner.

—Javi —digo, pausadamente—. Te has envenenado solo. Además, ¡no me ha dado tiempo!

La explosión de risas es inmediata.

Javi se lleva una mano al corazón, como si mis palabras hubieran sido una puñalada letal.

—Esto es traición, Paula. Pensé que estábamos juntos en esto.

—En esto no, cariño. Yo no metí la cara en un postre sin preguntar qué llevaba. Te sacrificaste solo.

—¿Sabes qué? —Resopla y se levanta como puede—. Lo mínimo que podrías hacer es compensarme.

Levanto una ceja.

—¿Compensarte por qué? ¿Por ser un desastre ambulante?

—¡Exacto! —Levanta los brazos—. Fabi me ha jodido, Marina casi me mata y Carmen quiere sacar cacho de todo esto en sus redes sociales… Alguien tiene que servirme copas toda la noche.

—Ah, sí, claro. —Me cruzo de brazos—. ¿Y si mejor te regalo un babero para que no te ahogues con el siguiente postre?

Carmen sigue grabando, encantada con el material.

—Uf, esto está siendo una joya —dice mientras desliza en su pantalla—. Voy a poner de título: Sobreviví a la traición de mis amigos y ahora exijo mis derechos.

—¡No he autorizado esto! —protesta Javi.

—Bueno, técnicamente, si está en Internet, ya no es tuyo —dice Carmen con tono inocente.

—¡Voy a demandarte! —brama Javi, pero con tan poca convicción que ni él mismo se lo cree.

Carmen bufa y pone los ojos en blanco.

—¡Exijo venganza! —brama Javi entre risas, todos sabemos que el susto ya ha pasado y que está bromeando.

Hasta que dice algo que me quita la risa de golpe.

—Propongo que Carmen, Marina, Fabi y Paula sean lanzadas a la piscina como castigo.

Hay muchas cosas en la vida que una persona debería temer: los impuestos, las resacas y los ex novios con cara de pocos amigos.

Pero mi mayor miedo, mi auténtico pavor, es el agua.

Y parece que Raúl y David han decidido que hoy es el día perfecto para arrastrarme directamente a mi peor pesadilla.

—¡NO, NO, NO, NO! —grito, pataleando como un gremlin mojado mientras los dos energúmenos me agarran por los brazos y las piernas.

—¡Al agua vaaaaas! —canta Raúl, riéndose como si fuera el mejor plan del mundo.

En serio, ¿dónde está la gracia?

Porque yo todavía no estoy en el agua y ya puedo sentir que me ahogo.

—¡Dejadme, joder! ¡Que os mato! —intento zafarme, pero estos dos cabrones son fuertes y claramente están disfrutando demasiado.

Desde el otro lado del jardín, Sergio se incorpora de golpe, lo veo por el rabillo del ojo porque, por mucho que me joda admitirlo, he desviado la mirada en busca de la suya, reclamando su ayuda en un grito silencioso.

Estaba apoyado contra la barandilla, con un cigarrillo en los labios, observando la escena con una media sonrisa… hasta que he notado cómo su postura cambiaba al instante.

Sus ojos se clavan en mí y su expresión ya no es de diversión, sino de alerta.

—¡Tíos, parad! —grita, tirando el cigarro y caminando hacia nosotros con pasos rápidos.

Pero David y Raúl están en su propio mundo de gilipolleces y no le hacen ni puto caso.

—Venga, Paula, que en estas fechas esto es refrescante —dice David con sorna.

—¡Y tú eres imbécil todo el año! —le espeto.

Mi corazón late con tanta fuerza que siento que va a salírseme por la boca.

Tengo los pulmones encogidos, las manos temblorosas y el miedo reptando por mi piel.

Y entonces mi voz sale con un tono que no había usado hasta ahora.

—¡QUE ME SOLTÉIS! —grito con desesperación.

El tono de pánico en mi voz hace que ambos se detengan en seco.

Pero Sergio ya está ahí.

—Soltadla —ordena, con un tono tan serio que hasta a mí me dan ganas de obedecerlo.

Raúl y David me miran y, por primera vez, se dan cuenta de que esto no es una broma para mí.

—Tío… ¿va en serio? —pregunta Raúl, soltándome poco a poco.

—¿Parece que me estoy descojonando? —Su voz no tiembla, pero la mía sí, y ahora que siento los pies en el suelo, noto que todo mi cuerpo también.

David me suelta y yo me alejo dos pasos de ellos, con el pulso acelerado y la respiración agitada.

Pero entonces, en un maldito segundo de torpeza absoluta, mi pie tropieza con el bordillo de la piscina.

El mundo parece ir en cámara lenta mientras mi cuerpo pierde el equilibrio y caigo de espaldas al agua.

El terror me paraliza antes incluso de sentir el impacto.

El agua me engulle y el miedo es absoluto.

Mi respiración se corta, mis brazos se agitan, mi cerebro entra en pánico.

No pienso, solo lucho.

Lucho contra el agua, contra la sensación de ahogo, contra el miedo irracional que me ha acompañado toda la vida.

Y entonces, de repente, unas manos me agarran con fuerza.

Me sacan a la superficie en un segundo y me aferran con firmeza.

Sergio.

Su brazo se cierra alrededor de mi cintura y me mantiene a flote mientras yo jadeo, el corazón desbocado y el pánico aún aferrado a mi piel.

—Tranquila, te tengo. —Su voz es grave, baja, calmada. Como si fuera capaz de controlar hasta el mar si fuera necesario.

Me aferro a él con todas mis fuerzas, sin importarme lo que parezca, sin pensar en el orgullo, sin pensar en nada más que en no soltarlo.

Siento su respiración contra mi oído.

Siento su mano firme en mi espalda, manteniéndome segura.

Y por primera vez en mucho tiempo, dejo de pelear.

Me dejo llevar.

Porque, por mucho que me duela admitirlo, si hay alguien en el mundo que podría salvarme, siempre ha sido él.

21
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 01:50**

📌 **Objetivo:** Mantener la calma.

📌 **Dificultad:** La Sirenita versión trauma.

Recuerdo otra piscina, otra noche, otro susto.

O quizá no, porque esa vez yo estuve ahí desde el principio.

Era verano.

Barcelona.

Aquella escapada juntos, justo después de volver a casa del Passeig Marítim al empezar a llover.

El apartamento de mis padres estaba casi en silencio, los demás se estaban cambiando de ropa, nosotros ya lo habíamos hecho.

El mar a lo lejos y el sonido del agua moviéndose con el viento, aunque el agua de la piscina no estaba turbia. La luz de la terraza la iluminaba con un tono dorado y cálido.

Había dejado de llover y Paula estaba sentada en el borde, con los pies sumergidos en el agua, dibujando círculos con los dedos de los pies y sonriendo con esa calma que solo tiene cuando cree que nadie la está mirando.

—¿Por qué no entras? —le pregunté, tras tirarme de cabeza y emerger justo frente a ella, sacudiendo el pelo como un idiota.

Ella se rio y negó con la cabeza.

—Porque no me gusta. —Se abrazó las piernas, apoyando la barbilla en las rodillas—. No sé… nunca me ha gustado el agua profunda.

—No te va a pasar nada, estoy aquí —dije, sin pensar demasiado en lo que significaba.

Paula me miró.

—¿Y si me ahogo?

Sonreí y extendí la mano.

—Si te ahogas, te salvo. Lo prometo.

Sus labios temblaron, pero no por miedo.

Por duda.

Por confiar en mí o no.

Y entonces, muy despacio, me dio la mano y se dejó caer en el agua.

No importaba que estuviéramos vestidos con ropa ligera.

Me agarró del cuello casi al instante, con las piernas enredadas en mi cintura y el corazón latiendo contra mi pecho. Me aferró como si el agua pudiera tragársela en cualquier momento.

—Te tengo —le susurré, acercando la frente a la suya.

Ella respiró hondo, intentando calmarse.

Yo esperé.

Esperé a que dejara de temblar.

Esperé a que confiara en que, conmigo, nunca iba a hundirse.

Y en ese momento, con su cuerpo pegado al mío, con sus manos aferradas a mi piel y sus labios a solo un suspiro de distancia, supe que estaba jodido.

Porque nunca había querido tanto a nadie en mi vida.

El sonido del agua de la piscina todavía agitada en la que acaba de caer Paula me saca de golpe del recuerdo.

He conseguido sentarla en el bordillo de piedra de la piscina, empapada, temblando, con la respiración entrecortada.

Yo estoy a su lado, sin soltarla, con el corazón latiéndome en la garganta.

No sé cuántos segundos han pasado desde que la he sacado, pero parecen una eternidad.

El resto del grupo nos rodea en cuestión de segundos.

—¡Joder, Paula! —exclama Laura, tirándose de rodillas a su lado —. ¡Podrías haber avisado de que eras alérgica al agua!

—¡No soy alérgica, gilipollas! —responde ella, aún sin aliento.

Esther se quita la chaqueta vaquera que lleva puesta y se la pone por encima.

David y Raúl están más pálidos que un folio.

—Tía, lo sentimos muchísimo —balbucea Raúl—. No teníamos ni idea de que…

—No ha tenido ni puta gracia —intervengo, con la voz más fría de lo que esperaba. Miro a ambos, clavándoles la mirada—. Paula tiene talasofobia, joder. Esto no era una broma, ha sido una putada.

David agacha la cabeza y Raúl se pasa la mano por el pelo, incómodo.

—No queríamos que se asustara así… Pensábamos que sería divertido —murmura Raúl.

—Sí, bueno, seguro que ella se lo ha pasado de puta madre —espeto, con ironía.

Paula, que hasta ahora no me había mirado, levanta la cabeza y resopla.

—Basta, Sergio. No necesito que me defiendas. Estoy bien.

Yo aprieto los dientes, tragándome lo que realmente quiero decir.

Porque no, no está bien.

Su cara sigue pálida y su respiración no ha vuelto del todo a la normalidad.

David suspira y mira a Paula con sinceridad.

—De verdad, Paula. Nos hemos pasado. Perdónanos.

—Sí, en serio —añade Raúl—. No volverá a pasar.

—No, porque si pasa, los ahogo yo a ellos —interviene Brenda, cruzada de brazos.

—Apoyo la moción —añade Fabi—. Se lo tienen ganado.

David y Raúl levantan las manos en señal de rendición.

Carmen, que hasta ahora ha estado callada (cosa rara), levanta la mano con su móvil en el aire.

—¿Alguien se opone a que haga un TikTok de "el reencuentro de Paula y su fobia"? —pregunta con una sonrisita.

—¡CARMEN, LÉETE UNA SALMODIA! —grita Javi desde el césped.

Paula se cubre la cara con las manos y suelta un suspiro largo.

Se está calmando.

Pero yo no.

Porque su respiración sigue siendo inestable, porque su piel sigue fría, porque el vestido se le ha pegado al cuerpo y aún siento sus manos aferrándose a mí como si no quisiera soltarme.

Como aquella noche en Barcelona.

Mierda.

Cuando finalmente se destapa el rostro, su mirada choca con la mía.

Es un segundo. Un maldito segundo.

Pero es suficiente.

—Gracias —murmura, con voz ronca.

Nadie más lo escucha.

Solo yo.

Me paso la lengua por los labios y asiento.

—De nada.

Ella parpadea, aparta la mirada y se pone en pie con la ayuda de Brenda y Fabi.

Y aunque debería sentirme aliviado porque ya está bien, porque todo ha pasado… lo único que siento es que algo acaba de cambiar entre nosotros.

22
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 01:55**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir al momento incómodo post-rescate sin derretirse como una idiota.

📌 **Dificultad:** ¿Por qué sigue oliendo tan bien este cabrón?

—No le puedes dar ese gusto a David y Raúl —insiste Brenda, cruzada de brazos como si fuera mi madre en plena reprimenda.

Les acabo de decir a mis amigas que me quiero quedar un rato a solas en la habitación en cuanto me quite el vestido empapado.

—Totalmente —añade Fabi—. Si te vas a la habitación a encerrarte, es como ponerles una medalla a esos dos idiotas.

Estoy agotada, empapada y con una sensación de vulnerabilidad que odio con toda mi alma.

Mi cuerpo todavía está tenso, y no sé si es por el frío o por la mirada de Sergio cuando me sacó del agua.

—Tías, no es por ellos. Es por mí. Necesito cambiarme y… respirar un poco —digo finalmente, sintiendo el peso de la noche sobre los hombros.

Ambas se miran, como si tuvieran un lenguaje secreto que llevan perfeccionando desde el instituto, y luego asienten con resignación.

—Vale, pero que sea solo un rato —dice Brenda, señalándome con el dedo—. Luego vuelves y seguimos bebiendo, que después de todo esto te hace falta.

Fabi me guiña un ojo.

—Y si ves que Sergio se ofrece a calentarte después del chapuzón, ni te molestes en negarte. Te conocemos.

Les lanzo una mirada de advertencia y ellas se ríen antes de dejarme marchar.

Cuando llego a la habitación, cierro la puerta y me apoyo contra ella, exhalando un largo suspiro.

Me quito la ropa mojada con movimientos torpes, sintiendo la piel erizada y, tras secarme con una toalla limpia que he encontrado en uno de los armarios, me pongo un pantalón corto de algodón y una camiseta ancha, y me froto los brazos, intentando recuperar el calor.

Pero no es solo frío, es todo.

Solamente me quedan dos cosas mojados: el cabello y el corazón.

El susto, la sensación de estar fuera de control, el puto Sergio sacándome del agua como si aún fuera su problema.

Escucho el sonido de la puerta del baño y me quedo quieta.

Él.

Joder, ¿cuándo ha venido?

Está claro que lo ha hecho antes que yo y, por una vez, me felicito por no haber estado pendiente de sus movimientos.

También se ha cambiado.

Va con un pantalón de chándal fino y una camiseta negra que aún tiene restos de humedad en los hombros.

Su pelo está revuelto, más rizado por el agua, y ese maldito pendiente en su oreja sigue ahí, como una reliquia del pasado que me persigue.

Sin decir nada, se acerca y se sienta a mi lado en la cama.

No pregunta si puede.

Simplemente lo hace.

El silencio es tan denso que casi puedo oír el latido en mis sienes.

No me atrevo a mirarlo, pero siento su presencia demasiado cerca, demasiado real.

Y entonces, su voz rompe el silencio.

—Sabes que sigo sin dejar que te ahogues, ¿no?

Un escalofrío me recorre la espalda.

Giro la cabeza hacia él, sin saber si quiero matarlo o besarlo.

Besarlo.

¿He dicho besarlo?

¡Dios! ¡Sacadme de aquí!

—No necesito que me salves, Sergio. No es la primera vez que te lo digo hoy —murmuro, con la voz más firme de lo que realmente me siento.

—No lo he hecho porque me necesitaras. Lo he hecho porque no puedo evitarlo. —Me mira con esa intensidad suya que siempre me ha desarmado.

Carraspeo y aparto la mirada.

Demasiado.

Es demasiado.

—Bueno, pues ya está. Estoy viva. Gracias por los servicios prestados —respondo con ironía.

—De nada, Paulita —dice con esa media sonrisa que me hace querer lanzarle un cojín a la cara.

Un mechón húmedo cae sobre mi frente y antes de que pueda apartarlo, Sergio levanta la mano y lo hace por mí.

El roce de sus dedos en mi piel me congela en el sitio.

Es un gesto tan simple pero tan íntimo al mismo tiempo, que mi estómago da un vuelco.

Levanto la vista y ahí está él, observándome de cerca, como si intentara descifrar algo que yo misma no sé.

El aire se vuelve espeso, pesado.

Mi mano, sin pensar, roza la suya cuando baja de nuevo.

Nos quedamos así, en un limbo.

Demasiado cerca.

Demasiado pasado.

—¿Paula? —su voz es baja, ronca.

Parpadeo, despertando de ese instante, y me aparto un poco.

—No hagas esto —susurro.

Él frunce el ceño.

—¿Hacer qué?

—Esto. Mirarme así. Tocar mi pelo. Hacer que parezca que esto sigue siendo lo que era.

Sergio aprieta la mandíbula y deja escapar un suspiro largo.

—Pau…

—No. —Me levanto antes de que pueda seguir—. No eres mi salvavidas. Ya no.

Me doy la vuelta, sintiendo su mirada quemándome la espalda. Y sé que hemos cruzado una línea invisible de la que no hay vuelta atrás.

—Quiero secarme el pelo y dormir, ¿puedes irte y venir cuando ya lo haya hecho? —le pregunto.

—¿Estás de coña? Yo tampoco quiero salir ahí fuera. No creo que los demás tarden en irse a sus habitaciones, ha sido suficiente por hoy.

—Entonces, ¿qué propones? —le pregunto cruzándome de brazos.

—¿Dormir? —pregunta él como si fuera lo más obvio del mundo.

Bufo.

—Está bien, pero antes vamos a dejar claras un par de cosas —le advierto con el dedo índice en alto.

23
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 02:10**

📌 **Objetivo:** Dormir sin matarnos, sin tocarnos y, sobre todo, sin recordar por qué todo se jodió.

📌 **Dificultad:** "Esta cama es demasiado pequeña para todo lo que no estamos diciendo".

Si alguien me hubiera dicho que mi noche iba a terminar así, empapado, agotado y encerrado en una habitación con Paula, le habría dicho que se metiera la predicción por donde amargan los pepinos.

No obstante, aquí estamos.

Después del numerito de la piscina, de las miradas del grupo y de un millón de pensamientos enredados en mi cabeza, lo único que quiero es tumbarme en la cama y olvidar que todo esto ha pasado.

Pero claro, olvidarlo es imposible cuando Paula está justo enfrente de mí, cruzada de brazos y con cara de estar a punto de hacerme un interrogatorio del FBI.

—Quiero secarme el pelo y dormir, ¿puedes irte y venir cuando ya lo haya hecho? —dice con tono serio.

La miro con incredulidad.

—¿Estás de coña? Yo tampoco quiero salir ahí fuera. No creo que los demás tarden en irse a sus habitaciones, ha sido suficiente por hoy.

Paula suspira, tiene los labios fruncidos.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunta con tono de derrota.

Levanto una ceja.

—¿Dormir? —respondo, como si fuera lo más obvio del mundo.

Ella bufa, frotándose la sien como si necesitara paciencia divina.

—Está bien, pero antes vamos a dejar claras un par de cosas —dice, alzando un dedo como si estuviera poniendo normas de convivencia con un desconocido y no con el tipo con el que compartió años de su vida.

Espero.

—Primero: cada uno en su lado de la cama. Si te pasas de tu zona, te despierto con una patada.

—¿Tan pronto hemos pasado de las palabras a la violencia? —bromeo, pero su mirada me deja claro que no está para chistes.

—Segundo: sin conversaciones innecesarias.

—Define "innecesarias".

—Todo lo que no sea "buenas noches" y "buenos días".

—Qué emoción de convivencia, oye.

Paula ignora mi comentario y sigue con su lista de normas como si estuviera firmando un contrato.

—Tercero: sin contacto físico.

—Puedes estar tranquila. —Me estiro en la cama con las manos tras la cabeza y una sonrisa burlona—. A no ser que me lo pidas educadamente.

Me lanza una almohada sin previo aviso.

—¡No digas tonterías!

—Vale, vale —me río, atrapando la almohada en el aire—. ¿Algo más, jefa?

—Sí. —Se gira hacia la cama, apagando la lámpara de su lado—. Duerme y no respires demasiado fuerte.

—¿Quieres que deje de respirar? —me burlo.

—Si puedes, sí. —Se da la vuelta y se queda de espaldas a mí.

Apenas tarda en secarse el cabello con el secador en el cuarto de aseo y luego apaga la luz.

Sonrío en la oscuridad.

Sigue siendo la misma.

Y por alguna razón, eso me jode más de lo que debería.

Un rato más tarde, el silencio en la habitación es denso, cargado de pensamientos que no se dicen en voz alta.

No sé qué hora es.

Solo el sonido de nuestras respiraciones se mezcla con el leve crujido de la madera bajo el colchón cuando alguno de los dos se mueve.

Pero ninguno se mueve demasiado.

Sé que ella sigue despierta, porque su respiración no es pausada ni tranquila, sino contenida.

Como si estuviera forzándose a ignorarme.

Pero yo no puedo ignorarla.

—¿Sigues despierta? —pregunto cuando ya no puedo más.

—No, estoy sonámbula. —Su voz suena apagada, pero con su sarcasmo intacto.

Sonrío levemente, pero no dura mucho.

—Bien, porque tengo una pregunta.

Paula no responde.

El silencio se alarga, cargado de algo que ni ella ni yo queremos enfrentar.

—¿Qué hemos dicho acerca de no tener conversaciones innecesarias? —pregunta ella.

Todavía no se ha girado hacia mí, pero yo me pierdo en la penumbra de la curva de su espalda.

—Por favor —ruego.

Ella suspira.

—Soy yo la que tiene preguntas.

—Hazlo entonces. Pregúntame.

—¿Por qué te largaste de repente? —suelta, y yo siento la tensión en el aire aumentar de golpe.

Siento cómo se tensa cuando no respondo de inmediato.

Lo noto en la manera en que su respiración se altera, en el ligero movimiento de la sábana cuando su cuerpo se endurece.

—Paula, yo…

Ella chasquea la lengua.

—¿En serio quieres hablar de esto ahora? —dice con un tono cortante.

—Me has preguntado.

—Pues sí, ya que estamos en una sesión de terapia nocturna. —Me muevo un poco, intentando verla en la oscuridad—. Podríamos

haber seguido con las normas y ya está, pero tú has hablado primero.

La escucho exhalar un suspiro, como si necesitara paciencia para no lanzarme una almohada a la cara.

—Sí, porque necesito que hablemos. No lo hemos hecho desde…

—No me vengas con mierdas, Sergio. —Se mueve en la cama, incómoda—. Yo no fui la que desapareció y me enteré por redes sociales de que estabas con otra chica.

Ahí está.

El puñal directo al pecho.

Siento un golpe seco en el estómago, como si alguien me hubiera quitado el aire de un puñetazo.

—No fue así… —digo en voz baja, pero ni yo me lo creo.

Paula se incorpora un poco, apoyándose en el codo, y aunque la oscuridad oculta su rostro, puedo imaginar perfectamente la dureza en sus ojos.

—Fue exactamente así. —Su voz es un susurro afilado, lleno de una rabia que ha estado enterrada durante meses—. Lo vi en una foto, Sergio. Una puta foto con una chica que no era yo. Y ahí entendí todo.

Cierro los ojos un segundo, odiando esa versión de mí mismo.

Odiando lo mucho que la cagué.

—Nunca quise que te enteraras así.

—Pero te dio igual. —Su tono es seco, definitivo.

Podría decirle que no, que no fue así, que nunca fue mi intención hacerle daño.

Pero la verdad es que no tengo una respuesta que lo arregle.

—Paula… —intento, pero ella ya ha girado el cuerpo de nuevo, dándome la espalda, cerrando la conversación antes de que siquiera tenga la oportunidad de decir algo con sentido.

El silencio se hace aún más pesado.

Noto cómo su respiración vuelve a agitarse, pero esta vez no por rabia, sino porque esta conversación nos ha llevado a un lugar donde ninguno de los dos quiere estar.

Me paso una mano por la cara, frustrado.

—Olvídalo. Fue hace mucho —murmura ella al cabo de unos segundos, pero su voz suena cansada. Como si no lo hubiera olvidado en absoluto.

Sí.

Fue hace mucho.

Pero de alguna forma, no se siente como algo del pasado.

Nos quedamos así, sin hablar, sin movernos, pero con la certeza, al menos yo, de que hemos estado a punto de decirnos algo que llevamos meses callando.

Y joder, lo que daría por volver atrás y hacerlo todo de otra manera.

Paula acaba saliendo de la habitación, supongo que no soporta la situación.

Bien, ya somos dos.

24
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 02:48**

📌 **Objetivo:** Olvidar por un rato que mi ex me desestabiliza con una mirada.

📌 **Dificultad:** Media.

Salgo de la habitación con el pecho oprimido y el estómago en un puño.

No puedo respirar bien. No porque me falte el aire, sino porque siento demasiadas cosas a la vez y ninguna tiene sentido.

Cada vez que intento poner distancia, Sergio la acorta con una frase, con una mirada, con una maldita pausa en la conversación que pesa más que un puñetazo en el pecho.

Este fin de semana se suponía que iba a ser una convivencia nostálgica y divertida, una oportunidad para recordar viejos tiempos con amigos. Pero aquí estoy, con la piel erizada por un simple roce suyo y con la certeza de que si me quedaba un segundo más en esa habitación, iba a decirle algo de lo que me arrepentiría.

Así que salgo.

El pasillo está en penumbra, iluminado solo por la luz tenue que viene del salón.

Escucho risas y voces animadas.

Me aferro a eso.

A la normalidad.

A la gente que no me hace sentir que el tiempo ha retrocedido y que tengo dieciocho años otra vez y me acabo de enamorar.

Respiro hondo y entro en el salón.

—¡Pauli! —exclama Fabi agitando una de sus manos en el aire, contenta de verme—. ¡Has venido!

—¡Pues claro que sí, cariño! ¡Pero hay que saber hacerlo bien! —exclama Esther con su copa en alto.

Parpadeo, tratando de entender lo que está pasando.

Brenda está doblada de la risa, con una mano sobre el estómago. Fabi le da golpes en la espalda porque parece que se está atragantando con su propia carcajada.

David, apoyado en el sofá con cara de "por favor, tierra, trágame", está tapándose la cara con las manos.

Carmen, la influencer, tiene el móvil en la mano y graba sin disimulo mientras sorbe de su copa con una sonrisita.

—Pero entonces… ¿qué haces con la lengua exactamente? —pregunta Brenda, con lágrimas en los ojos de tanto reír.

—¡Eso mismo me pregunto yo! —añade Fabi, dándole un codazo a David, que parece estar a punto de morir de incomodidad.

—¡Venga, que os lo explico con detalle! —anuncia Esther, poniendo su copa sobre la mesa y levantándose como si fuera a dar una TED Talk sobre sexo anal.

Oh, no.

—Vamos a ver, cariño. La clave de un buen cunilingus anal está en la técnica y en la actitud. —Se coloca estratégicamente delante del grupo, con una seriedad digna de una catedrática—. No se trata solo de meter la lengua y ya. ¡Eso lo hace cualquiera! —exclama, levantando un dedo.

David emite un sonido entre un quejido y un rezo en voz baja.

—¿Qué hacéis? —pregunto, todavía intentando asimilar la escena.

—¡Clases magistrales! —chilla Brenda, sin poder parar de reír.

—Cultura general, cariño. —Esther me guiña un ojo—. Deberías escuchar.

Me llevo una mano a la cara, sin saber si reír o echarme un cubo de agua helada para bajar la temperatura de la vergüenza ajena.

—Bueno, entonces… —Esther retoma su explicación con total naturalidad—. La clave está en el movimiento. No es un "lametazo de perro", queridas. Es un arte. Un arte con ritmo.

Fabi se atraganta con su copa.

David emite un quejido que es mitad risa, mitad desesperación.

—¿Pero qué tipo de ritmo? ¿Lambada o reguetón? —pregunta Carmen con total seriedad, sin dejar de grabar.

—¡Reguetón, por supuesto! —exclama Esther—. Pero no Daddy Yankee, sino algo más sensual… un "Felices los 4" de Maluma, por ejemplo.

Brenda cae de espaldas al sofá, llorando de la risa.

—¡Para ya, tía, que me voy a mear encima! —jadea entre carcajadas.

—Y ojo, porque no es solo la lengua. ¡No olvidemos las manos! —continúa Esther, subiendo la apuesta—. Las manos son clave. No estamos desactivando una bomba, pero tampoco es cuestión de estar ahí sin hacer nada.

Fabi suelta un bufido y se tapa la cara con las manos.

—Dios mío, no puedo con esto. ¡Me voy a hacer pis!

—¿Y la respiración? —pregunta Brenda, con la cara roja de tanto reír—. ¿Es importante?

—¡Obvio, cariño! —Esther pone los ojos en blanco—. No es una inmersión de buceo, hay que respirar y hacerlo con intención. Que se note que estás ahí por gusto, no por obligación.

—¿Alguien me hace un resumen? —pregunto, divertida.

—A ver, para un buen cunilingus anal o, mejor dicho, Los Juegos del Culomar, como yo lo llamo, el primer paso es que todo esté limpito. Que te encuentras que no sabes si lo está, o bien te retiras o bien le das a la persona el beneficio de la ducha, tampoco es plan de que te vayas a encontrar con un *topping* de chocolate. Paso número dos: hay que dar mordisquitos.

—¿En el ojete? —pregunta Fabi.

—¡No, mujer, en las nalgas!

—¡Ah!

—Pero mordisquitos, no un bocado, porque a mí me das un bocado y te meto una coz que te jodo… Luego hay que ir haciendo circulitos… luego pequeños lametones, despacito y luego aumentar intensidad y ritmo… Es decir, que hay que terminar como un cerdo buscando trufas.

—Fascinante… —dice Brenda—. Y tú querías perderte esto, Paula.

David se gira bruscamente hacia Carmen.

—Por favor, dime que no estás grabando esto.

Carmen le sonríe sin dejar de sostener el móvil.

—Lo estoy documentando para la historia.

David se tapa la cara.

Yo me cruzo de brazos, sin poder evitar reírme también.

Esto es absurdo.

Es surrealista.

Pero, joder, lo necesitaba.

Después de la tensión con Sergio, después de todo lo que se ha removido en mi cabeza y en mi pecho, esto es justo lo que me hace falta.

—Así que ya sabéis, queridos alumnos —Esther alza su copa como si estuviera brindando por la educación sexual del mundo—. Si queréis dar placer… que sea con ritmo.

—Aplausos para la maestra, por favor —dice Fabi, golpeando la mesa.

Y, por supuesto, el salón entero rompe en carcajadas.

25
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 02:53**

📌 **Objetivo:** No pensar en Paula.

📌 **Dificultad:** "Pon música triste y arruínate la vida".

El silencio en la habitación es abrumador.

Me quedo tumbado, con un brazo apoyado en la frente, escuchando el eco de la conversación que acabamos de tener.

Joder. Qué cerca hemos estado.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentando disipar la sensación de vacío que me ha dejado cuando ha salido de aquí sin mirar atrás.

Pero es imposible.

Siempre es imposible cuando se trata de Paula.

Cojo el móvil sin pensar demasiado y abro Spotify, deslizando el dedo por la pantalla hasta que, sin darme cuenta, elijo una canción que lleva su nombre escrito en cada nota.

Duele de Álvaro de Luna empieza a sonar en el altavoz del móvil.

Y en cuanto la primera estrofa inunda la habitación, siento cómo una punzada se clava directo en el pecho.

Duele dentro de la habitación, busco tu perfume en el colchón.
Se me para en seco el corazón, suena lejos tu respiración.
Sueño con un mundo de los dos, miro en el espejo y no soy yo.

Me paso una mano por la cara, frustrado.

Porque es verdad.

Porque han pasado los meses, porque hemos intentado alejarnos, porque todo debería estar enterrado en el pasado… pero

no lo está.

Y lo peor es que lo sé yo.

Y lo sabe ella.

Nos lo hemos visto en los ojos esta noche.

Cierro los ojos y, sin quererlo, un recuerdo me golpea.

Verano.

Un coche.

Ella en el asiento del copiloto, con las piernas cruzadas y los pies descalzos sobre el salpicadero, cantando esta misma canción sin saber que me estaba jodiendo la vida con cada nota.

Soy víctima de mis errores, soy prisionero de tu piel.
Solo te pido que perdones lo que en ti no supe ver.
Que estás en todas mis canciones y en los recuerdos del ayer.
Serás el amor de mi vida, aunque mañana ya no estés.
Porque nunca te olvidaré.

—¿Te has dado cuenta de que todas las canciones bonitas son tristes? —me dijo de repente, con la mirada perdida en el paisaje que se movía tras la ventanilla.

Yo sonreí, girando el volante con una mano y apoyando la otra en su pierna.

—Será porque el amor, al final, siempre acaba jodiéndonos vivos.

Ella bufó, dándome un golpecito en la mano.

—Dios, qué dramático eres. Pareces un personaje de Nicholas Sparks.

Reímos.

Y ahora, aquí estoy, convirtiéndome en ese jodido personaje.

Porque si te vas, lo dejo todo.
Te saldré a buscar, no importa el modo.

Abro los ojos de golpe.

¿Y si lo hago?

Haría el ridículo.

Quizá ella no quiere saber nada de mí nunca más.

Quizá he sido un imbécil pensando que al venir aquí, al reencontrarnos, yo… ella…

Quizá está con alguien.

Intento recordar si alguien ha mencionado algo.

Si está con alguien.

Si alguien la está abrazando por las noches, besándola, sintiéndola suya.

El simple pensamiento hace que la mandíbula se me tense.

Me río sin humor.

Porque sí, joder, eso es lo que llevo sintiendo desde el momento en que la vi aparecer en la puerta esta noche.

Tensión.

Ganas de escapar.

De arrancar los meses que han pasado entre nosotros estando separados y volver a ser los que éramos antes de que lo jodiera todo.

Pero no se puede.

Porque Paula no es la misma.

Y yo tampoco.

Y, aún así, no hay una sola parte de mí que no la quiera igual.

La canción termina y la habitación vuelve a quedar en silencio.

Y yo, tumbado en la cama, me quedo mirando al techo, sabiendo que dormir esta noche va a ser imposible.

Abro Instagram y veo una historia que ha subido Carmen en la que ella está etiquetada.

Dudo durante un instante, pero finalmente me meto en su perfil.

Me sorprendo al comprobar que me deja hacerlo, eso quiere decir que me ha desbloqueado.

Sin pensarlo demasiado, le doy a seguir.

Necesito un cigarro.

Pero no voy a fumar aquí, así que salgo de la habitación.

26
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 02:55**

📌 **Objetivo:** No pensar en Sergio.

📌 **Dificultad:** Como Britney en *Toxic*, pero versión crisis emocional.

El aire fresco de la noche me golpea en la cara en cuanto salgo al jardín.

Lo necesito.

Necesito respirar, alejarme de las risas, de la charla absurda de Esther y, sobre todo, de los pensamientos que me están volviendo loca.

Sergio.

Siempre Sergio.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, sintiendo el leve escalofrío de la brisa nocturna, debería haber cogido alguna chaquetita.

Levanto la cabeza para mirar las estrellas; no me siento mejor.

¿Por qué, después de tantos meses, sigo sintiéndome así con él?

Como si cualquier palabra, cualquier roce, fuera suficiente para despertarlo todo otra vez.

Como si en vez de cerrarse, esa herida hubiera estado ahí, latente, esperando a que la jodida convivencia la hiciera sangrar de nuevo.

—Vaya, vaya. —David aparece a mi lado, con una copa en la mano y su sonrisa torcida de siempre—. La fugitiva ha sido encontrada.

Suelto un suspiro y apoyo las manos en la barandilla de madera.

—No estaba huyendo.

—Ajá. ¿Y eso se supone que tengo que creérmelo?

Me giro hacia él con una ceja arqueada. David nunca ha sido de los que hablan en serio.

Siempre bromista, siempre echando leña al fuego. Y, sin embargo, ahí está, mirándome con una seriedad que me descoloca.

Y, joder, cómo ha cambiado.

En el instituto era el típico chico que pasaba desapercibido, ni el más guapo, ni el más popular. Pero ahora… ahora parece sacado de una maldita portada de revista masculina.

Más alto, con los hombros anchos y el cabello claro rapado de esa forma que grita "no me esfuerzo, pero luzco increíble".

La camisa que lleva le queda demasiado bien y el ligero brillo de su piel bajo la luz de la luna no ayuda a que mi cerebro funcione con claridad.

—A ver, tía, sé que este fin de semana está siendo una puta montaña rusa para ti, pero… ¿qué pasa con Sergio?

Pestañeo. No esperaba esa pregunta.

—¿Qué quieres decir? —murmuro, esquivando su mirada.

David resopla, como si la respuesta le pareciera obvia.

—Venga, Paula. Ni tú eres tan buena actriz ni yo tan gilipollas. Lo he visto. Lo hemos visto todos. —Da un sorbo a su copa antes de continuar—. Os miráis como si en cualquier momento fuera a sonar *Toxic* de Britney Spears de fondo. Y no me vengas con que es casualidad.

Aprieto los labios. No sé qué responder.

Porque sí, claro que lo he notado. Claro que Sergio y yo estamos caminando sobre una cuerda floja, haciendo equilibrios entre el pasado y el presente.

Pero, ¿qué significa eso?

David suspira y se pasa una mano por el pelo, como si lo que fuera a decir a continuación le costara más de la cuenta.

—Por cierto… tengo que disculparme. Otra vez.

Lo miro, sorprendida. David, ¿disculpándose?

—Por lo de antes —continúa—. Lo de decir que pensaba que tú y Sergio seguíais juntos. No pretendía incomodarte, de verdad. Es solo que… no sé, antes erais como… ya sabes, "Paula y Sergio". No imaginaba que las cosas estuvieran tan jodidas.

Me muerdo el interior de la mejilla.

Sí, bueno, ¡sorpresa!

—Y también… —David chasquea la lengua y me mira de reojo—. Por lo de la piscina. Lo que hemos hecho Raúl y yo ha sido una gilipollez. No sabía lo de tu miedo al agua y no debí haber seguido con la broma.

Lo observo en silencio unos segundos. David no es de los que piden perdón así porque sí.

—Gracias —digo finalmente, y suelta un resoplido, aliviado.

—Bueno, pues eso. Ahora que ya soy oficialmente menos gilipollas, podemos volver al tema importante. —Vuelve a mirarme con intensidad—. Si aún lo quieres, haz algo. Y si no, cierra esa puerta de una vez.

Trago saliva.

Fácil decirlo.

Jodido de hacer.

Porque no tengo ni idea de lo que quiero.

Porque hay una parte de mí que sigue anclada en aquel día en que Sergio decidió que su futuro estaba en otro sitio y yo no formaba parte de él.

Porque hay otra parte que sigue recordando cómo se sentía estar entre sus brazos, cómo cada beso suyo era hogar.

Y porque, en el fondo, me aterra descubrir que esa puerta, por mucho que intente cerrarla, nunca ha estado del todo bloqueada.

David me observa en silencio y, tras un momento, suspira.

—Haz lo que te dé la gana, pero una cosa te digo: nadie se muere por tragarse el orgullo.

Sonríe de medio lado.

Joder.

27
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 03:03**

📌 **Objetivo:** Fumar un cigarro sin complicaciones.

📌 **Dificultad:** Alta, porque siempre es Paula.

Salgo al jardín por la puerta de la habitación, cigarro en mano, sin pasar por el salón. Desde luego, nos ha tocado la mejor habitación. Lo pienso sin orgullo, sin rastro de satisfacción, simplemente como una constatación de hechos.

No tengo ninguna intención de interrumpir, solo quiero fumar.

La brisa nocturna es fresca y el silencio de la casa rural contrasta con el bullicio de la sala donde siguen riendo y bebiendo. Pero en cuanto veo a David inclinarse un poco más cerca de Paula, mi mandíbula se tensa automáticamente, aunque no tengo ni el más mínimo derecho a sentirme así.

No escucho lo que dicen, pero sus cuerpos hablan por sí solos.

Ella está relajada.

Sonríe.

Una sonrisa genuina, sin forzar, de esas que le iluminan la cara. Y eso es todo lo que necesito para que el cigarro me sepa a mierda.

¿Desde cuándo Paula y David son tan amigos?

Apoyo un codo en la barandilla, haciéndome el indiferente, fingiendo que no me importa.

Pero me importa.

Me importa demasiado.

Sin darme cuenta, me acerco más de lo necesario, como si el cigarro tuviera voluntad propia y me estuviera arrastrando hacia ellos.

Paula y David lo notan al instante.

David levanta la vista, Paula también.

—¿Molesto? —pregunto con toda la ironía del mundo.

Paula rueda los ojos, pero David sonríe con burla.

—Tranquilo, Echevarría. No estaba ligando con tu chica.

Suelto el humo lentamente, sin apartar la vista de Paula, que baja la mirada como si estuviera concentrada en los patrones del suelo de madera.

—No es mi chica —digo con voz neutra.

David levanta las cejas y me mira de arriba abajo con una expresión demasiado cabrona para mi gusto.

—Por eso lo digo —responde, con esa sonrisita de suficiencia, dándome una palmada en el hombro. Detesto el gesto al instante.

Se hace el silencio.

Paula y yo nos miramos.

El aire pesa de una forma diferente. No es solo la tensión, es el puto pasado colándose entre los dos, recordándonos todo lo que no queremos recordar.

Nos quedamos así, sin movernos, sin decir nada, pero sintiéndolo todo.

David se aclara la garganta desde la puerta del salón, interrumpiendo el momento.

—Nos vemos dentro —dice, alejándose al interior de la casa.

Paula baja la vista, pasa las manos por los bolsillos de su pantalón como si estuviera buscando algo que la salve de esta situación.

Pero no hay nada que la salve.

Ni a ella, ni a mí.

—Voy dentro —me dice—. Ha refrescado.

Yo asiento, dando una de las últimas caladas a mi cigarro y ella comienza a andar delante de mí.

28
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 03:08**

📌 **Objetivo:** Fingir normalidad y evadir interrogatorios.

📌 **Dificultad:** Imposible.

Entro al salón con la mejor cara de póker que puedo poner.

Como si nada hubiera pasado.

Como si no hubiera estado a punto de enzarzarme en una guerra silenciosa de miradas con Sergio.

Como si no acabara de sentir ese jodido nudo en el estómago cuando lo he visto otra vez con el cigarro en la boca, observándome desde la distancia con una expresión que no he sabido, o no he querido descifrar.

Respiro hondo y camino hacia la mesa con toda la intención de servirme algo de beber y no hacer contacto visual con nadie.

Pero, por supuesto, no lo consigo.

—A ver, ¿qué ha pasado ahí fuera? —pregunta Fabi nada más interceptarme.

Cierro los ojos un segundo, intentando disimular mi absoluta falta de paciencia.

—Nada. Estaba tomando aire —respondo con total naturalidad, abriendo la botella de vino y sirviéndome una copa.

Quizá no sea buena idea a estas alturas de la madrugada y con todo lo que ha sucedido en el día de hoy, pero qué más da.

Brenda me mira como si tuviera rayos X en los ojos.

—Tía, te conocemos. Has salido con cara de drama y has vuelto con cara de "acabo de ver a mi ex con celos". —Levanta una ceja, triunfal.

Mierda.

—¿Qué? No. No ha pasado nada. —Intento sonar convincente, pero el problema es que ellas saben leerme mejor que yo misma.

—Mmm… ya. Claro. —Fabi me observa fijamente, llevándose una aceituna a la boca. ¿Aceitunas por la noche?—. ¿Y qué tal David? Porque, desde aquí, ha parecido un capítulo de *Los Bridgerton*, solo que sin corsés ni música de violines.

—¡Exacto! —Brenda choca su copa con la de Fabi—. Se han quedado hablando a solas y, de repente, ha aparecido Sergio con cara de "ese cabrón está demasiado cerca de mi ex".

—Estáis exagerando. —Me bebo medio vino de un trago.

—¿Seguro? Porque el ambiente estaba más tenso que el final de una novela turca. —Fabi me señala con la copa—. Y la última vez que te vi así de nerviosa fue cuando pillamos a tu madre leyendo tus conversaciones con Sergio en el instituto.

Antes de que pueda defenderme, Carmen aparece en escena.

—¿Drama? ¿He oído drama? —Se sienta junto a nosotras con el móvil en la mano—. Vamos, Paula, canta. ¿Qué ha pasado ahí fuera? Necesito contenido.

Brenda y Fabi asienten con emoción. Yo, en cambio, quiero evaporarme.

—Nada —repito con más desesperación.

—No me vengas con mierdas —Carmen me apunta con una aceituna en el tenedor—. Vi a Sergio salir a fumar con cara de cabreo existencial. ¿Casualidad? No lo creo.

Exhalo y dejo la copa sobre la mesa.

Me rindo.

—Vale, sí, hemos coincidido en el jardín. David estaba ahí y… Sergio ha aparecido de la nada, como si fuera el villano de la historia o algo así.

—¡LO SABÍA! —exclama Brenda, dando un solo aplauso con emoción.

—¿Y ha dicho algo? ¿Se ha puesto en plan "Paula, vuelve conmigo, me equivoqué, sigamos juntos" o ha sido más sutil? —pregunta Fabi, completamente metida en la historia.

—No ha dicho nada de eso —resoplo, negando con la cabeza—. Solo ha soltado un comentario sarcástico, David ha hecho su numerito y se ha ido.

—¿Y tú? —interviene Carmen—. ¿Cómo te has quedado?

Silencio.

¿Cómo me he quedado?

Con el pecho apretado.

Con la sensación de que había algo en el aire que no se dijo, pero que se sintió.

Con un nudo en la garganta que todavía no ha desaparecido.

Pero no voy a decir eso.

—Me da igual —miento, sirviéndome más vino.

Las tres me miran con cara de "a otra con ese cuento".

Y lo peor es que yo tampoco me lo creo.

Justo en ese momento, la puerta del salón se abre y Sergio entra.

Se detiene un segundo en el umbral, como si estuviera analizando la escena.

Su mirada se cruza fugazmente con la mía, pero yo desvío la vista hacia mi copa, como si el vino fuera lo más interesante del mundo.

Fabi me da un codazo disimulado.

Brenda sonríe con malicia.

Sergio avanza hasta la cocina, abre la nevera y saca una cerveza con total calma, como si no acabara de haber un terremoto emocional en el jardín.

—¿Nos has echado de menos? —pregunta Brenda con diversión.

Sergio la ignora y se apoya contra la encimera, dando un largo trago a su cerveza. Pero puedo notar cómo sus ojos se posan en mí de reojo.

—¿Qué? ¿De repente estamos todos callados? —inquiere Carmen, mirándonos con expectación.

Yo respiro hondo.

No pienso caer en su juego.

Pero cuando Sergio sonríe, ladeando la cabeza con esa jodida expresión de suficiencia… me hierve la sangre.

29
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 03:15**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir al resto de la noche sin caer en provocaciones.

📌 **Dificultad:** Alta.

Voy a fingir normalidad.

Voy a actuar como si nada estuviera pasando. Como si no tuviera la piel ardiendo todavía por el puto roce de Sergio en la habitación.

Como si no acabara de vivir el momento más incómodo del día con él en el jardín.

Como si no sintiera que cada vez que está cerca el aire se vuelve más denso y me cuesta respirar.

Tomo un sorbo largo de mi copa y me obligo a concentrarme en la conversación de Fabi y Brenda, que en este momento, gracias a Dios, están riéndose de algo que Carmen les está enseñando en su móvil. Lo que sea para no pensar.

Pero entonces, lo siento.

Sergio viene al salón.

Y algo en su mirada es diferente.

Me niego a mirarlo directamente, pero lo noto. Noto su presencia como si tuviera un jodido imán en la piel.

Se sienta en el brazo del sofá, justo enfrente de mí.

Genial.

Como si mi vida no fuera ya lo suficientemente difícil.

—¡Vale, vale! —interrumpe Esther, levantando su copa—. Se me ha ocurrido otro juego.

—¿Otro? —resopla David—. Tía, a este ritmo nos van a tener que hacer un lavado de estómago mañana.

—Cállate, que esto es oro. —Esther ignora su comentario y se sube a una de las sillas como si fuera una maestra de ceremonias—. Vamos a jugar a "¿Quién es más probable que…?"

—Oh, esto va a ser una carnicería —murmura Brenda, frotándose las manos con emoción.

—Las reglas son simples —continúa Esther—. Yo lanzo una pregunta, y todos señalamos a la persona que más encaje con la descripción. Si sales señalado, bebes. Si no, disfrutas del espectáculo. Fácil, rápido y humillante.

—O sea, lo que mejor se nos da —añade Fabi, brindando con Carmen.

—¡Venga, empiezo yo! —Esther aclara la garganta con dramatismo—. ¿Quién es más probable que acabe arrestado por comportamiento indecente?

—¡Tú! —La respuesta es unánime.

Esther levanta las manos, ofendida.

—¡Por favor, qué poca fe tenéis en mí!

—Tía, toda tú eres un cuadro, no nos jodas —interviene Carmen, partiéndose de risa.

Esther gruñe y bebe de su copa mientras todos aplaudimos su aceptación de la derrota.

El juego continúa y las preguntas van subiendo de nivel.

—¿Quién es más probable que se emborrache y termine confesando un secreto? —Esther mira a Brenda.

Y ella termina bebiendo.

—¿Quién es más probable que acabe en la cama con alguien esta noche? —David le lanza una mirada a Esther, que se encoge de hombros con una sonrisita.

Las risas aumentan.

La gente se relaja.

Y entonces llega la pregunta trampa.

—¿Quién es más probable que vuelva con su ex? —suelta Esther con una sonrisita malvada.

Silencio absoluto.

Todos, absolutamente todos, giran la cabeza hacia mí y hacia Sergio.

Yo finjo una risa, pero estoy a punto de explotar.

—Venga, chicos, originalidad cero. —Levanto mi copa con una sonrisa tensa—. Bebed todos, por previsibles.

—¿Qué pasa? —Carmen sonríe con malicia—. ¿Acaso no es verdad que aquí hay cositas sin resolver?

—Oh, sí, muchísimas cositas —ironizo—. Como que deberíais dejar de beber antes de que se os olvide cómo andar.

Brenda y Fabi intercambian una mirada. Carmen saca el móvil, disfrutando de cada segundo del drama.

—Bueno, ¿y tú qué dices, Sergio? —pregunta David, con una ceja levantada.

Yo contengo la respiración.

Sergio da un sorbo a su cerveza con calma, se pasa la lengua por los dientes y suelta, con su mejor cara de cabrón:

—Digo que si seguimos con este juego, más de uno va a acabar confesando cosas que no debería.

¡Boom!

Silencio absoluto.

Y yo, en este momento, sé que necesito otro trago.

O una huida estratégica.

Porque esto se está poniendo demasiado intenso.

Opto por la segunda opción, dejo mi copa en la mesa, me despido con una reverencia y añado que me voy a la cama.

Gracias al universo, Sergio no me sigue esta vez y, cuando llego a la habitación, consigo dormirme rápido a pesar de las emociones de todo el día.

30
Paula

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 05:00**

📌 **Objetivo:** Conseguir un simple vaso de agua.

📌 **Dificultad:** Alta.

Me fui a la habitación antes de que todo se pusiera peor. Antes de que mi boca soltara lo que mi cerebro estaba esforzándose por contener.

Me metí en la cama, cerré los ojos y fingí que dormir sería fácil.

Spoiler: no lo fue.

Después de dar mil vueltas, de intentar no pensar en la mirada de Sergio, en su puto comentario cargado de segundas intenciones, finalmente el cansancio me venció.

Hasta ahora.

Porque mi cuerpo, en su infinita sabiduría, ha decidido despertarse en mitad de la noche con una sed de esas que parecen castigo divino.

Joder, karma, dame un respiro.

Abro los ojos con pereza y miro de reojo la otra mitad de la cama.

Sergio duerme plácidamente, lo sé porque lo escucho.

Son esos ronquidos de jabalí que en su día me desquiciaban.

Algún defecto tenía que tener.

Ah, eso y que es un rastrero, jeje.

Intento no hacer ruido al levantarme.

Busco mis zapatillas a tientas, salgo de la habitación y camino por el pasillo en dirección a la cocina.

Solo necesito un vaso de agua y, con suerte, lograré volver a dormir sin pensar demasiado.

Pero en cuanto llego al salón, me quedo congelada.

No esperaba encontrarme esto.

Brenda y Esther.

Besándose.

Y no un beso casual, un "uy, nos hemos rozado por accidente".

No.

Están sobre la alfombra del salón, totalmente sumergidas la una en la otra. Esther tiene la mano en la nuca de Brenda, guiándola, y Brenda tiene los dedos aferrados al borde de su camiseta, como si quisiera llevársela puesta.

¿Estoy soñando?

Parpadeo, mi boca entreabierta en un intento de procesar lo que estoy viendo.

¿Cuándo ha pasado esto?

¿En qué momento de la noche he perdido el control de la realidad?

Brenda, mi Brenda, la que nunca ha mostrado interés por ninguna mujer de forma seria, la que se la pasa negando cualquier tipo de conexión emocional con los hombres porque alega que todos son unos capullos, ahora mismo está besando a Esther como si el mundo se fuera a acabar.

No sé qué hacer.

No sé si toser, hacer ruido, cagarme…

Darme la vuelta y fingir que nunca he visto nada.

Sí.

Eso es lo mejor.

Pero entonces, Brenda abre los ojos y me ve.

Se queda petrificada.

Yo también.

Esther, sin notar aún mi presencia, sigue besándola, deslizando los labios por su mandíbula con una sonrisa en la boca.

Y ahí es cuando todo explota.

—¡JODER! —Brenda se aparta de golpe, tan rápido que casi tumba a Esther de espaldas.

Esther parpadea, desorientada, y luego me ve ahí, de pie, como una estatua de sal en mitad del salón.

Silencio sepulcral.

Brenda se pone de pie como si Antonio Recio le hubiera dado con el taser.

—No has visto nada —dice rápidamente, con la respiración agitada y el pelo revuelto.

Yo abro la boca.

La cierro.

La abro otra vez.

—Creo que he visto… demasiado. —Levanto una ceja, sin saber qué más hacer.

—No, no, no. No es nada. —Brenda se toca el pelo, claramente en crisis.

—Oh, claro, sí. Absolutamente normal ver a tu mejor amiga dándose el lote con la sexóloga en mitad del salón en plena madrugada.

—Mierda. Mierda. —Brenda empieza a caminar en círculos—. ¿Por qué me has visto? ¿Por qué no te has quedado en la habitación como una persona normal?

—Perdona por tener sed y no prever que iba a presenciar esto. —Hago un gesto amplio con las manos.

Esther, por su parte, sigue en el suelo, recostada sobre los codos, observando la escena con absoluta diversión.

—Tienes buen *timing*, Paula. —Sonríe con picardía—. Aunque si nos hubieras dado cinco minutos más, habrías visto algo todavía mejor.

Brenda emite un sonido que parece una mezcla entre un grito y un sollozo.

—¡Cállate, Esther!

Esther se encoge de hombros, como si todo esto le hiciera la misma gracia que a mí me hace querer arrancarme los ojos.

Yo resoplo y me llevo una mano a la frente.

—Vale, no quiero detalles. Solo quiero mi vaso de agua e irme de aquí como si esto nunca hubiera pasado.

Brenda me mira, con el pánico absoluto reflejado en la cara.

—¿Se lo vas a contar a Fabi?

Levanto una ceja, disfrutando del momento.

—¿Por qué? ¿Quieres que lo mantenga en secreto?

Brenda abre y cierra la boca, pero no dice nada.

Esther, sin embargo, se levanta del suelo con total calma y suelta:

—Bueno, si lo va a contar, al menos que también diga que Brenda besa de puta madre.

Y ahí, amigas y amigos, Brenda colapsa.

—Esto no está pasando —murmura, pasándose las manos por la cara—. Es un error del universo. Una anomalía en la Matrix.

Esther, en cambio, parece estar pasándoselo en grande.

—¿Error del universo? Bueno, nena, si besas así por error, imagínate si lo hicieras con intención.

Brenda se atraganta con su propia saliva.

O con la de Esther.

Yo ya no sé.

—¿Me estás diciendo que… que…? —Balbucea, pero su cerebro parece incapaz de terminar la frase.

—Que me ha encantado, cariño —le guiña un ojo Esther, con una sonrisa de lo más traviesa.

Y Brenda entra en cortocircuito.

Está a punto de explotar cuando, de repente, se escucha un ruido en el pasillo.

Nos quedamos congeladas.

Segundos después, aparece Fabi, con el pelo revuelto, los ojos entrecerrados y su camiseta de pijama arrugada.

—¿Qué hacéis despiertas a estas horas? —bosteza, frotándose un ojo—. Y… espera… ¿por qué Brenda está roja como un tomate?

Brenda entra en pánico absoluto, solo le falta arañarse la cara.

—¡Nada! ¡No es nada! ¡Nada ha pasado! ¡Solo estábamos aquí, tranquilamente, sin hacer nada sospechoso ni relevante ni importante ni nada de nada!

Fabi la mira con los ojos entrecerrados.

—Eso ha sonado terriblemente sospechoso.

—¡No lo es! —Brenda mueve las manos en el aire, gesticulando como una loca—. En serio, Fabi, confía en mí, todo está en orden, normal, perfecto, como siempre.

—Ajá. —Fabi frunce el ceño, analizando la escena con mirada experta—. ¿Por qué siento que me estoy perdiendo algo? ¿Y por qué Esther está sonriendo como si acabara de ganar un premio?

—Oh, cariño, porque acabo de recibir el mejor beso de la noche.

Brenda deja de respirar.

Yo también.

Bebo un traguito de agua mientras en mi cerebro suena ese sonidito de alguien sorbiendo líquido por una pajita.

Fabi parpadea.

Mira a Brenda.

Luego a Esther.

Luego a mí, buscando respuestas.

Y, finalmente, su cerebro hace clic.

—No. —Abre los ojos de golpe—. No.

Brenda se tapa la cara con las manos.

—Sí.

—¡No puede ser! —Fabi se lleva las manos a la cabeza—. ¿En qué momento ha pasado esto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no me habéis avisado?

—Fabi, por favor —gime Brenda, con la voz más suplicante del mundo.

—Tía, es que es muy fuerte. Es como si me estuvieran contando que los Reyes Magos no existen.

—Mira, me encantaría seguir aquí viendo a Brenda fundirse en crisis, pero me muero de sueño. —Bostezo y doy un paso atrás—. Así que, como nadie va a resolver esta situación a estas horas, vamos a dormir y mañana será otro día.

Brenda asiente frenéticamente.

—Sí. Eso. Dormir. Como si nada hubiera pasado. Exacto.

Fabi, en cambio, no parece tan dispuesta a dejarlo pasar.

—Pero tía, es que es muy fuerte. ¡Brenda! ¡Tú! ¡Con Esther! —Se agarra la cabeza como si estuviera intentando evitar un colapso nervioso.

—¡Por favor, dame un respiro! —Brenda prácticamente huye del salón, pasando de largo y corriendo por el pasillo como si le fuera la vida en ello.

Fabi sigue allí, de pie, intentando procesar.

Yo, por mi parte, me cruzo de brazos y resoplo.

—Bueno, creo que ahora sí que puedo irme a la cama tranquila.

Fabi me mira.

—Paula.

—¿Qué?

—¿La vida de Brenda es un desastre o la tuya está compitiendo fuerte?

Miro el techo un momento antes de responder.

—Creo que estamos empatadas.

Y con eso, me giro y me voy a dormir, preguntándome por qué mi vida es un circo.

31
Sergio

📍 **Sábado de madrugada**

🕒 **Hora: 05:15**

📌 **Objetivo:** Volver a dormir sin dramas.

📌 **Dificultad:** Media.

El ruido de la puerta me despierta. O tal vez nunca llegué a dormirme del todo.

Parpadeo en la oscuridad y distingo la silueta de Paula, que entra con un vaso de agua en la mano, más tensa que una cuerda de guitarra.

Enciendo la luz de la lamparita de noche que hay en la mesita.

Apoyo los brazos detrás de la cabeza y la observo en silencio mientras se acerca a su lado de la cama.

—¿Todo bien? —pregunto con voz ronca, aún adormilado.

Ella pega un pequeño brinco y aprieta los labios.

Definitivamente, algo le pasa.

—Sí. Claro. —Bebe un trago demasiado largo. Sospechoso.

Levanto una ceja, divertido.

—No pareces muy relajada para ser alguien que se ha levantado solo a por agua.

La veo endurecer la mandíbula mientras deja el vaso en la mesita de noche.

—Y tú no pareces muy dormido para alguien que se supone que no debería estar espiándome —responde con una pizca de irritación.

Sonrío de lado.

—No te espiaba. Simplemente me ha llamado la atención que has entrado en la habitación como si hubieras visto un fantasma.

—No he visto un fantasma. —Evita mi mirada mientras se mete bajo las sábanas.

—Entonces, ¿qué has visto? —insisto, observando cómo se agita en la cama.

—Nada de tu incumbencia. —Cruza los brazos y se gira dándome la espalda.

Bueno, bueno… esto se pone interesante.

—Vaya… si supiera que ibas a ponerte tan a la defensiva, no habría preguntado.

—Pues no lo hagas. —Su voz suena cortante, pero sé que no es enfado lo que hay detrás. Es algo más—. Apaga la luz.

Apago la lamparita de noche y ella se queda en silencio. O eso creo, porque de pronto, su voz rompe la oscuridad.

—He visto a Brenda y a Esther besándose. —Su tono es neutral, pero la conozco lo suficiente como para saber que no ha procesado lo que acaba de confesarme.

Me giro un poco hacia ella, sorprendido.

—¿Qué? —arqueo una ceja.

—Eso. —Suspira y se pasa una mano por la cara—. Me he levantado para beber agua y me las he encontrado en plena sesión de… bueno, en plena sesión sobre la alfombra del salón.

Abro la boca, pero no me sale nada.

Enciendo de nuevo la lamparita de noche.

Luego sonrío.

—Vaya, sí que me he perdido cosas en este año. No sabía que Brenda… —Mi tono es ligero, pero Paula no responde a la broma.

—Me ha recordado a cuando tú y yo no nos guardábamos secretos. —Su voz suena apagada, casi como si hablara más para sí misma que para mí.

Y ahí está: ese golpe en el pecho.

No sé qué responder, porque tiene razón.

Cuando estábamos juntos hablábamos de todo. Antes me habría contado esto sin dudar, sin sentir que era algo fuera de lugar.

Aguardo unos segundos, midiendo el ambiente, y entonces disparo sin piedad:

—¿Qué hubieras hecho si en vez de Brenda y Esther, me hubieras encontrado a mí con otra?

La habitación se vuelve más pequeña.

Paula se queda completamente inmóvil. Casi puedo escuchar su cerebro procesando la pregunta.

—Eres un idiota —murmura, con una voz que suena más como un susurro.

—Eso ya lo sabías. —Mi tono es ligero, pero mis palabras van cargadas de algo que no quiero analizar demasiado.

Paula me mira, tiene el ceño fruncido y los labios apretados, debatiéndose entre insultarme o ignorarme.

—¿Y tú? —dispara de vuelta. Su voz suena firme, pero hay una pizca de duda escondida entre sus palabras.

Frunzo el ceño, fingiendo no entender.

—¿Yo qué?

—Si me encontraras a mí con otra persona cuando vas a por agua. —Su tono es un desafío.

Me paso la lengua por los dientes y dejo caer la cabeza sobre la almohada.

No respondo al instante.

Dejo que el silencio pese un poco más de lo necesario.

—Me daría igual si fuera tanto una mujer como un hombre —digo finalmente.— Me moriría de celos, supongo. Paula parpadea, sorprendida por la sinceridad. —Ahora vuelve a dormir —añado con voz baja, dándome la vuelta en la cama y apagando, espero que por última vez, la luz de la lamparita de noche.

—Ahora sí que voy a dormir —añade, dándome la espalda y acomodándose bajo las sábanas.

Yo me quedo en silencio, sabiendo que esa última frase ha dejado más huella de la que ambos queremos admitir.

32
Paula

📍 **Sábado por la mañana**

🕒 **Hora: 09:00**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la resaca colectiva sin darle demasiada importancia a Sergio.

📌 **Dificultad:** Alta**.** Porque Sergio sigue siendo Sergio… y eso lo complica todo.

Abro los ojos con la cabeza embotada, como si me hubieran golpeado con una sartén en mitad de la noche.

Tardo unos segundos en recordar dónde estoy.

La habitación.

La casa rural.

Sergio.

Giro la cabeza con un extraño nudo en el estómago, pero el otro lado de la cama está vacío.

Parpadeo un par de veces y frunzo el ceño.

¿Se ha ido?

No sé por qué, pero el estúpido vacío en la cama me molesta más de lo que quiero admitir.

Resoplo, me estiro un poco y me levanto. Necesito una ducha urgente.

Mi cuerpo sigue oliendo a cloro de la piscina y a la locura de la noche anterior.

Perfecto para empezar el día con una dignidad cuestionable.

Me meto en el baño de la habitación y me doy una ducha rápida, dejando que el agua tibia se lleve al menos un poco del caos interno que siento.

Me visto con lo primero que saco de la maleta: un pantalón corto de algodón negro y una camiseta blanca de manga larga,

ligeramente holgada.

Me ato el pelo en un moño alto y salgo de la habitación, aún secándome la cara con una toalla.

Lo primero que hago es buscar a Sergio.

No porque lo necesite, claro que no, sino porque quiero saber dónde está.

Camino por el pasillo, siguiendo el aroma familiar de café recién hecho, y cuando llego a la cocina lo encuentro apoyado en la encimera, con una taza en la mano, descalzo, como siempre.

Y eso me jode más de lo que debería.

Siempre ha tenido la maldita costumbre de andar descalzo.

Incluso en invierno.

En su casa, en la mía, en la nuestra… cualquier sitio donde se sintiera cómodo.

Y verlo así, tan natural, tan él, me desestabiliza.

—¿Desayunas o solo existes para molestar? —pregunto con sarcasmo, cruzándome de brazos.

Sergio levanta la vista de la cafetera y esboza una sonrisa ladeada.

Odio esa sonrisa.

—Hoy me siento generoso, te haré café. Pero no te acostumbres. —Se gira y coge otra taza.

Lo miro con desconfianza.

—¿Me vas a envenenar?

—No soy tan cruel. —Me pasa la taza con un gesto relajado.

Resoplo, pero lo acepto.

Porque soy idiota.

Y porque el café que hace siempre ha sido ridículamente bueno.

Doy un sorbo y, por un instante, casi olvido que debería estar evitando este tipo de momentos con él.

Pero, por supuesto, la paz dura poco, porque en este momento aparecen los demás, y lo que veo me hace soltar una carcajada.

Javi camina como si hubiera sido atropellado por un autobús en plena autovía.

—Tío, no sé qué me duele más, la cabeza o mi dignidad —murmura, con los ojos hinchados.

Brenda evita mirar a Esther, y Fabi está en modo sabueso.

David se tira en el sofá con las gafas de sol puestas.

—Si alguien hace ruido, juro que lo mato.

Carmen, por otro lado, parece fresca como una lechuga.

—No sé qué os pasa, chicos, yo me siento genial. —Dice mientras graba una storie para Instagram, enfocándose a sí misma con el móvil y poniendo su mejor sonrisa. —Buenos días, mis amores, aquí una que sabe beber con clase. Los demás están muertos, pero yo, como siempre, divina. ¡Besis! —finaliza con un guiño antes de bajar el teléfono. —Sonríe con autosuficiencia.

Raúl entra refunfuñando y con el pelo revuelto.

—¿Quién me dejó beber tanto? Exijo respuestas.

Laura aparece tras él, muy callada, con cara de estar en otro planeta. Se sienta en una esquina de la mesa, con la mirada perdida, removiendo su café sin siquiera probarlo.

—¿Tú estás bien? —pregunta Fabi con el ceño fruncido.

Laura alza la vista con un sobresalto.

—¿Eh? Sí, claro. Solo tengo sueño.

Pero hay algo en su expresión, en su forma de responder, que no cuadra.

Algo parece tenerla nerviosa, pero nadie dice nada.

Y entonces, Marina entra en escena con cara de resaca mortal y las gafas de sol puestas dentro de la casa.

—Si alguien me habla antes de que me tome el café, juro que le prendo fuego a esta casa.

Sergio levanta la taza.

—Pues buenos días a ti también.

Después bebe un sorbo de café caliente y se relame los labios.

Y yo, en medio de todo esto, solo puedo pensar en que el día acaba de empezar y ya necesito otra ducha.

33
Sergio

📍 **Sábado por la mañana**

🕒 **Hora: 09:30**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la caminata matutina sin que el universo me siga lanzando a Paula en cada maldito paso.

📌 **Dificultad:** Nivel infierno**.** Porque ni la resaca ni el calor me afectan tanto como ella.

No sé cuánto tiempo llevaba sin verla así. Recién levantada, con los labios hinchados, las mejillas sonrojadas y el pelo enredado en un moño caótico.

Joder.

Meses.

Meses sin despertarme a su lado, sin verla salir de la habitación arrastrando los pies, sin que su primera interacción del día sea una pulla lanzada con voz ronca de sueño.

La primera vez que desperté con Paula a mi lado, supe que estaba jodido.

Pero de amor.

El sol se filtraba por la ventana del apartamento de mis padres en Barcelona, tiñendo la habitación de un tono dorado que hacía que todo pareciera sacado de una maldita película romántica.

La brisa marina entraba por la ventana entreabierta, moviendo levemente las cortinas y fundiéndose con el aroma de su piel, una mezcla de crema de coco y algo dulce que nunca supe identificar del todo.

Su respiración era tranquila contra mi cuello, su pecho subía y bajaba en un ritmo lento y constante, y por un momento, casi olvidé dónde estábamos.

Lo único que existía era ella.

Su pierna estaba enredada con la mía, como si nunca hubiera pertenecido a otro sitio.

Su cuerpo encajaba contra el mío de una forma casi insultantemente perfecta, como si hubiéramos nacido para dormir así, juntos, piel con piel, sin barreras, sin distancia.

Moví un poco la cabeza y entonces la vi bien. Dios.

El pelo revuelto, los labios hinchados por el sueño, las mejillas sonrojadas por el calor.

Tenía una de sus manos apoyadas en mi pecho, con los dedos ligeramente cerrados sobre mi piel. Ni siquiera en sueños me soltaba.

Y cuando abrió los ojos, con ese aturdimiento adorable de quien acaba de despertar, me miró y sonrió.

Joder, esa sonrisa.

Me golpeó en el pecho con la misma intensidad que un tren a toda velocidad.

Pequeña, perezosa, sincera.

Sin filtros, sin esfuerzo.

Solo para mí.

—Buenos días… —murmuró con la voz ronca, pegándose más a mí con un suspiro.

No respondí al instante.

No podía.

Estaba demasiado ocupado convenciéndome de que eso era real y no alguna fantasía absurda de mi cabeza.

Le aparté un mechón de cabello de la cara y lo enredé en mis dedos, acariciando su mejilla con el dorso de la mano.

—Buenos días, Paulita.

Ella entrecerró los ojos, analizándome.

—Tienes cara de estar teniendo una crisis existencial —se burló en un susurro—. Pero estás guapo.

Y tenía razón, porque en ese momento supe que me había enamorado de ella como un idiota.

Y ahora, aquí estamos, intercambiando puñaladas verbales en la cocina mientras le sirvo café como si esto fuera lo más normal del

mundo y los demás van apareciendo como si fueran zombies de *The Walking Dead.*

Pero no lo es. Nada de esto lo es.

Paula toma un sorbo de café sin mirarme y, por un instante, me permito disfrutar la imagen.

De tenerla ahí, con el ceño fruncido, como si el simple hecho de aceptar un café de mis manos fuera una ofensa personal.

Pero, antes de que pueda seguir analizándola como un completo imbécil, Marina irrumpe en la cocina de nuevo con la energía de quien no tiene ni resaca ni alma.

¿Esta chica no estaba medio muerta por la resaca?

—¡Excursión matutina, chicos! —anuncia, golpeando las palmas como si fuera la monitora de un campamento de verano.

Javi la mira con odio desde el sofá.

—Marina, te lo digo desde el respeto que aún te tengo: vete a la mierda.

—Ay, Javi, deja de llorar. Un poco de aire fresco te vendrá bien. —Marina ignora su queja y se gira hacia todos con una sonrisa demasiado entusiasta para estas horas—. He mirado Google y hay un mirador a unos cuarenta minutos caminando. ¡Tiene unas vistas increíbles!

—Y cero cobertura —añade Carmen, revisando su móvil con el ceño fruncido—. Pero bueno, al menos me servirá para hacer fotos dignas de post.

—¿Por qué alguien en su sano juicio querría caminar bajo el sol con resaca? —gruñe Raúl, hundiéndose más en el sofá.

David asiente con gesto solemne.

—Tal cual —añade.

—Tíos, sois unos flojos. —Javi se incorpora con esfuerzo—. Yo me apunto. Necesito demostrarle a mi cuerpo que sigo siendo un hombre después de lo de anoche.

—¿Lo de anoche? —se burla Carmen—. ¿Te refieres a cuando Fabi casi te deja sin descendencia con una inyección de adrenalina mal puesta?

—¡Lo hice lo mejor que pude! —protesta Fabi, indignada.

—Sí, y mis huevos están eternamente agradecidos —masculla Javi, ajustándose el pantalón.

—Yo paso —interviene Laura, con un suspiro cansado—. Estoy agotada, prefiero quedarme aquí y disfrutar del silencio.

Su tono es neutro, pero hay algo en su expresión que no cuadra.

—Yo también me quedo —dice Raúl, sin moverse del sofá—. ¿Caminar sin motivo y bajo el sol? No, gracias.

—Eres un vago —le recrimina Marina.

—Soy eficiente con mi energía, que es diferente —replica con suficiencia.

—Bueno, pues yo sí voy —anuncia Esther, sonriendo—. Siempre es interesante ver cómo la gente se queja de cosas que hacen por voluntad propia.

Yo observo la escena con una media sonrisa, hasta que veo a Paula levantarse y unirse al grupo.

No sé por qué me sorprende.

Claro que va a ir.

Porque es Paula.

Porque cuando algo la incomoda, su reacción es buscar distracción.

Y eso, me temo, me incluye a mí.

Ella y sus amigas se preparan para la caminata, y yo hago lo mismo.

No voy a quedarme aquí viendo a David y Raúl agonizar en el sofá.

Minutos después, estamos caminando por un sendero de tierra, rodeados de árboles y bajo un sol que empieza a pegar fuerte.

Paula sigue esquivándome.

Va unos pasos más adelante, hablando con Fabi y Brenda, fingiendo que yo no existo.

Genial.

Pero claro, no hay sendero lo suficientemente ancho para evitar los roces.

Y cuando nuestros brazos chocan por primera vez, siento cómo se le eriza la piel.

—¿Puedes no invadir mi espacio personal? —masculla, sin girarse.

—¿Tu espacio personal? Estamos caminando en fila india, Paulita. —Sonrío de lado—. Si quieres, me salgo del camino y me tiro por el barranco.

—Por mí, encantada. —No me mira, pero su tono es de lo más encantadoramente hostil.

—Bueno, al menos ya me hablas. Eso es un avance.

—No te emociones.

—¿Emocionarme? ¿Por qué? ¿Porque te cuesta más ignorarme de lo que pensabas?

Paula se detiene medio segundo.

Es sutil, apenas perceptible, pero lo noto.

Y antes de que pueda responderme con otra de sus frases afiladas, Brenda interrumpe la tensión con un susurro angustiado:

—¿Cuánto más falta para llegar?

Todos giramos la cabeza y la vemos, con cara de conflicto interno mientras mira de reojo a Esther.

Fabi sonríe con malicia.

—¿Cansada ya, Brenda? —pregunta con inocencia fingida—. ¿O pasa algo más?

Brenda aprieta los labios.

—Nada. Todo bien. Solo… calor.

Paula frunce el ceño.

—Brenda, ¿estás bien? Estás como… roja.

Brenda abre la boca para dar una negativa, pero Esther, que va a su lado, decide añadir leña al fuego.

—Quizá es el esfuerzo. O quizá es que todavía está procesando lo de anoche. —Su sonrisa traviesa lo dice todo.

Brenda se atraganta con su propia saliva.

Yo disfruto el espectáculo, pero Paula me lanza una mirada de advertencia como si me prohibiera meterme en la conversación.

Y es que, por mucho que trate de evitarme, hay algo que aún no puede cambiar: siempre ha sido la que más me ha conocido.

Y yo, aunque me haga el idiota, también sigo conociéndola demasiado bien.

34
Paula

📍 **Sábado por la mañana**

🕒 **Hora: 10:30**

📌 **Objetivo:** Continuar con la caminata sin que Brenda colapse emocionalmente.

📌 **Dificultad:** Alta. Porque las crisis existenciales son más duras que la resaca.

Si hay algo que no cambia con los años, es que en toda reunión de amigas siempre llega el momento de analizar el drama de la noche anterior.

Y hoy le ha tocado a Brenda estar en el punto de mira.

Mejor, que me dejen a mí un poquito que bastante tengo yo con aguantar a mi odioso ex.

Nos hemos rezagado un poco del grupo mientras seguimos caminando hacia el mirador.

El sol está fuerte, el calor empieza a apretar y Brenda parece más nerviosa que un testigo en un juicio.

—Vale, suéltalo de una vez —dice Fabi, lanzándole una mirada inquisitiva—. Tienes cara de persona que acaba de descubrir un nuevo lado de sí misma y no sabe si acojonarse o emocionarse.

Brenda resopla y se abanica con la mano, como si el aire caliente de la sierra fuera a ayudarle en su crisis existencial.

—No sé ni por dónde empezar…

—Empieza por la parte en la que anoche te estabas comiendo la boca con Esther en la alfombra del salón —suelto, con una sonrisita.

Brenda me fulmina con la mirada, pero Fabi aplaude entusiasmada.

—Eso, por favor, detalles. Imágenes. Material descriptivo. Que una está soltera y necesita vivir del contenido de otras. Además, ninguna me avisó, perras del infierno.

—¡No es un *reality show*, joder! ¡Perdona por no decirte: Fabi, querida, voy a morrerarme con una mujer porque… mira, me apetecen emociones nuevas en mi vida! —Brenda nos mira, desesperada—. A ver… la cosa es que… creo que me gustó demasiado.

Fabi y yo intercambiamos una mirada.

—¿Demasiado…? —repito con tono insinuante.

—¿Demasiado para qué? ¿Para ser una tontería? ¿Para olvidarlo? ¿Para volver a repetirlo? —añade Fabi, con una ceja levantada.

Brenda se lleva las manos a la cara.

—¡No lo sé! ¡Eso es lo peor! Yo creía que esto no era algo que me pasaría a mí. Pero… tías, cuando me besó sentí un cosquilleo. Como cuando te bajas rápido de una montaña rusa y el estómago te da vueltas.

Fabi sonríe.

—Ay, amiga… eso se llama mariposas en el estómago. Y suele pasar cuando alguien te gusta.

—No, no, no. No puede ser eso. Yo solo… no sé, estaba curiosa. O igual fue el alcohol. O el ambiente. O la alineación de los planetas. Algo. ¡Pero no puede significar nada! —Brenda empieza a caminar más rápido, como si intentara huir de la conversación, pero Fabi y yo la seguimos de cerca.

—Claro, claro… —dice Fabi, con tono condescendiente—. Seguro que también te entraron mariposas la vez que besaste a ese chico que te gustaba que se cambió de instituto a mitad de curso en segundo de bachillerato jugando a la botella borracha. Ah, espera, que no. Lo llamaste un 'error de cálculo'.

Brenda pone los ojos en blanco.

—¿Podéis dejar de analizarme como si fuera un experimento?

—Cariño, es lo mínimo que podemos hacer después del espectáculo que diste —digo, divertida—. Además, ¿qué problema hay? Si te gustó, te gustó. No hace falta que ahora te tatúes la bandera del arcoíris, pero igual deberías plantearte que quizá… Esther te gusta un poquito. Lo justo para pensarlo dos veces.

Brenda frunce los labios y mira al frente, pensativa.

—No sé, tías. Es que no lo había pensado nunca… ¿Y si solo me estoy montando una película? ¿Y si solo fue el momento?

Fabi suspira y le pasa un brazo por los hombros.

—Mira, Bren, lo único que importa aquí es cómo te sientes tú. Si te apetece explorar, adelante. Y si no, pues tampoco pasa nada. Pero no te agobies por ponerle una etiqueta a algo que simplemente te ha hecho sentir bien.

Brenda asiente lentamente, como si estuviera procesando la información.

—Joder, qué intenso todo. Yo solo quería venir a esta escapada a beber y criticar a Laura, que siempre va de que tiene una vida perfecta.

—Bueno, pues ahora además tienes crisis existencial y una potencial novia sexóloga —me burlo.

—¡No digas novia! —Brenda me empuja suavemente—. Que todavía no he decidido nada.

Fabi ríe y le da un beso en la mejilla.

—Tómate tu tiempo, Bren. Pero, por lo que valga, anoche te veías más feliz que nunca.

Brenda suspira y, por primera vez en toda la conversación, sonríe un poco.

—¿Y si al final resulta que me gusta? —pregunta en voz baja.

Fabi y yo nos miramos y, al unísono, respondemos:

—Pues bienvenido sea, amiga.

Y seguimos caminando, dejando que Brenda termine de procesar todo mientras el mirador se acerca en el horizonte.

35
Sergio

📍 **Sábado por la mañana**

🕒 **Hora: 11:07**

📌 **Objetivo:** Caminar de vuelta a la casa rural sin complicaciones.

📌 **Dificultad:** Misión suicida**.** Paula y yo no sabemos existir sin tensión.

No sé cómo demonios hemos acabado en esta situación, pero aquí estamos: Paula y yo, caminando a solas, rezagados del grupo, con una tensión en el aire tan densa que casi podría cortarse con un machete.

Podría decir que fue casualidad, pero yo no creo en esas mierdas.

Todo comenzó cuando Marina y Carmen se pusieron en modo fotógrafas profesionales, buscando el ángulo perfecto en el mirador, y nos hicieron a todos posar como si estuviéramos en la portada de una revista de senderismo.

Entre cambios de poses ridículas y la búsqueda del "filtro ideal", el grupo se fue dispersando.

Cuando finalmente emprendimos el camino de regreso, Paula y yo nos quedamos atrás.

No porque lo hubiéramos elegido, sino porque mientras los demás seguían a paso ligero, yo me tomé mi tiempo encendiendo un cigarro y Paula se distrajo ayudando a Brenda, que parecía haber entrado en otra crisis existencial tras hablar con Esther.

Cuando nos dimos cuenta, el resto ya estaba varios metros adelante, y nosotros solos en un tramo estrecho del sendero.

—No tienes que caminar a mi lado, puedes irte con los demás —suelta de repente, con esa incomodidad disfrazada de frialdad.

Sonrío, porque esto es tan típico de ella que me dan ganas de reírme en su cara.

—¿Y perderme la oportunidad de fastidiarte? Ni de coña.

Paula resopla y acelera el paso, pero el sendero es angosto, y a menos que eche a correr, no tiene escapatoria.

—Eres insoportable, de verdad.

—Te encanta —le guiño un ojo.

—Lo detesto.

—Lo mismo da —me encojo de hombros—. Aquí estás, después de un año sin hablarme, sin responder mis mensajes, sin siquiera verme la cara. Y ahora, mira tú por dónde, caminamos juntos. Curioso, ¿no crees?

Paula frunce el ceño y se cruza de brazos, como si eso le diera más autoridad.

—No te flipes, Echevarría. Esto es simple estadística. Hemos acabado juntos por pura casualidad.

—Claro. Igual que también es casualidad que te cueste más ignorarme de lo que pensabas, ¿eh?

Paula se detiene en seco.

Yo también.

Sus ojos me perforan con una mezcla de rabia, incredulidad y algo más que no sé si quiero analizar en este momento.

—¿Perdona? —pregunta en tono afilado.

—Nada —me encojo de hombros con una sonrisa de suficiencia —. Solo digo que todo este numerito de "Sergio no existe" se te está cayendo a pedazos. Y cada vez más rápido.

Paula abre la boca para responder, probablemente para soltarme alguna de sus frases cortantes, pero en su prisa por largarse de mi lado, tropieza con una raíz sobresaliente.

Y de repente, todo pasa en cámara lenta.

Ella pierde el equilibrio.

Yo reacciono sin pensar.

Mis manos la atrapan por la cintura justo antes de que toque el suelo y la acerco hacia mí por inercia.

Y entonces, el mundo entero se reduce a esto.

A su aliento cálido chocando contra mi cuello.

A su cuerpo pegado al mío, con los dedos aferrándose instintivamente a mi camiseta.

A la puta necesidad de besarla, de decirle lo que llevo un año queriendo decirle, de volver a sentir lo que una vez tuvimos.

A la certeza de que, aunque lo niegue, ella también lo siente.

Porque sus labios se entreabren y su respiración es entrecortada.

Porque su piel está erizada.

Porque no se aparta.

Porque me mira con esa intensidad de antes, la de cuando me quería, la de cuando era mía.

Dios.

Esto no debería estar pasando.

No aquí.

No ahora.

Mi entrepierna se abulta en el interior de los calzoncillos.

Y entonces…

—¡EH! ¿DÓNDE ESTÁIS? ¡VOLVAMOS A LA CASA! —grita Javi desde la distancia.

Y la burbuja explota.

Paula se separa de golpe.

Como si yo quemara.

Como si este momento no hubiera pasado.

Como si no acabáramos de estar a un puto segundo de cruzar la peligrosa línea de besarnos.

Carraspea y se sacude la ropa, como si se estuviera librando de algo más que el polvo del sendero.

—Genial. Perfecto. Volvamos —dice, sin mirarme.

Y entonces se adelanta con pasos rápidos y firmes.

Yo me quedo ahí, con el corazón aún martilleando en el pecho, con las manos hormigueando por haberla tocado otra vez, con el deseo atascado en la garganta.

Y cuando regreso con los demás, finjo que no ha pasado nada.

Porque Paula lo finge primero.

36
Paula

📍 **Sábado al mediodía**

🕒 **Hora: 12:09**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la resaca y ayudar con la comida.

📌 **Dificultad:** Puede parecer que no, pero… ALTA.

Todavía tengo el corazón en la garganta.

El camino de vuelta a la casa lo he hecho en piloto automático, fingiendo que nada ha pasado, que Sergio no ha estado a escasos centímetros de besarme, que su cuerpo pegado al mío no ha despertado cosas que llevo un año tratando de enterrar.

Pero la realidad es otra.

Su aliento contra mi piel, el calor de sus manos en mi cintura, el modo en que sus ojos han bajado a mis labios… todo eso sigue en mi cabeza, dándome vueltas como un maldito disco rayado.

Apenas pongo un pie dentro de la casa y ya me siento sofocada.

Necesito distraerme.

—¡Manos a la obra, gente! —grita Marina desde la cocina—. Hay que hacer comida o moriremos todos de resaca.

Entre quejas, resoplidos y promesas vacías, todos se distribuyen por la cocina y el comedor.

Y por alguna broma cruel del destino, acabo compartiendo encimera con Sergio.

—¿Vas a poner tanta sal en la comida como le pusiste a nuestra última conversación? —suelta de repente, con esa media sonrisa que me pone de los nervios.

Lo fulmino con la mirada mientras revuelvo la ensalada con un poco más de fuerza de la necesaria.

—¿Vas a ser tan insoportable aquí como lo eres en cualquier otra parte?

—No puedo evitarlo —se encoge de hombros—. Me sale natural.

Resoplo y aparto la tabla de cortar con más fuerza de la necesaria.

Al otro lado de la cocina, Brenda parece haber desarrollado una habilidad ninja para evitar a Esther. Cada vez que la sexóloga se mueve en su dirección, Brenda encuentra una excusa para cambiar de sitio.

Fabi, por supuesto, no está dispuesta a dejar que eso pase.

—Brenda, ¿puedes pasarme la sal? —pregunta con fingida inocencia.

—Claro. —Brenda agarra el salero y lo lanza hacia ella sin siquiera girarse.

Fabi lo atrapa al vuelo y sonríe con malicia.

—Vaya reflejos. Apuesto a que podrías atrapar algo más si Esther te lo lanzara…

Brenda se atraganta con su propia saliva. Esther, que claramente ha oído el comentario, arquea una ceja y sonríe con diversión.

—Mmm… ¿una indirecta? —pregunta, apoyándose en la encimera con toda la confianza del mundo.

Brenda se gira a toda velocidad y finge estar interesadísima en cortar pan.

Yo me estoy mordiendo la lengua para no soltar una carcajada.

Mientras tanto, Carmen sigue en su mundo, retransmitiendo cada detalle en Instagram.

—Bienvenidos a "Sobreviviendo a la resaca con estilo" —dice a la cámara, moviendo el móvil con un ángulo estratégico—. Como veis, tenemos a un grupo de cocineros con más ganas de discutir que de trabajar, pero aquí estamos, luchando por la supervivencia. ¿Quién ganará? ¿La comida o la tensión sexual no resuelta? ¡Hagan sus apuestas!

—Carmen, como subas eso, te meto la cabeza en el horno —la amenazo sin ningún éxito.

—Uy, qué agresividad. —Se ríe, ignorándome mientras graba a Raúl, que está en el otro extremo de la cocina con una expresión de detective frustrado.

Raúl sigue con su cruzada personal para averiguar qué le pasa a Laura.

Está más rara de lo normal. Apenas ha hablado, ha evitado el alcohol y cada vez que alguien le pregunta qué le pasa, da respuestas vagas y evasivas.

Todo esto lo sé porque Marina, que es una cotorra, nos lo ha contado porque David, que es la cotorra número dos se lo ha contado a ella.

—Vale, Laura, en serio —dice Raúl, cruzándose de brazos—. ¿Te pasa algo o nos lo vas a seguir ocultando como si estuviéramos en un programa de prensa rosa?

Laura se pone rígida y carraspea.

—Estoy bien, Raúl.

—Sí, claro, y yo soy campeón olímpico de natación. —Levanta las cejas—. Venga, suéltalo. ¿Es por alguien? ¿Por algo?

—¡Que tengo un retraso, joder! —explota ella.

El cuchillo con el que estaba picando verduras se me resbala de la mano y golpea la tabla de cortar con un sonido sordo.

Todos se quedan congelados.

Laura aprieta los labios, evita todas las miradas y, sin decir nada, se marcha directa al baño.

El sonido de la puerta cerrándose de golpe hace que la casa entera retumbe.

—Hostia puta —susurra David, con los ojos como platos.

Sergio y yo nos miramos.

No hace falta decir nada.

Se acaba de desatar otro puto caos.

37
Paula

📍 **Sábado al medio día**

🕒 **Hora: 12:42**

📌 **Objetivo:** Manejar la crisis sin que esto se convierta en un episodio de *La Rosa de Guadalupe.*

📌 **Dificultad:** Máxima.

El sonido de la puerta cerrándose con un golpe seco deja la casa en un silencio tenso.

Laura acaba de encerrarse en el baño.

Raúl, que hasta hace dos segundos tenía pinta de detective privado, ahora está pálido como el papel.

Yo, de verdad, no entiendo nada.

—No me jodas, no me jodas, no me jodas… —murmura para sí mismo, como si al repetirlo suficientes veces pudiera cambiar la realidad.

—Raúl, relájate, tío, la embarazada es ella —le dice Javi.

—Cállate —le espeta Raúl de malos modos.

Sergio y yo nos miramos.

¿Tú has entendido algo, Vicenta?

Porque yo no.

Marina, con una mano en la cadera y cara de estar ya harta de tanto drama, es la primera en reaccionar.

—Vale, ¿quién va a hablar con ella? Porque si entramos en pánico, esto parece una película de terror. Y yo no quiero ser la rubia que muere primero.

Fabi se pone en pie, con determinación en la mirada.

—Voy yo. Siempre se me ha dado bien lidiar con crisis ajenas.

Pero antes de que pueda moverse, Carmen la frena, levantando una mano como si estuviera en pleno rodaje de un *reality show*.

—Déjame a mí. —Se recoloca el pelo y se sube las mangas del jersey—. Tengo experiencia con dramas dignos de telenovela.

—¿Porque los solucionas o porque los causas? —pregunta Raúl, que sigue con las manos en la cabeza.

—Un poco de ambos. Además, no queremos otra actuación sanitaria mal efectuada. —Carmen le guiña un ojo antes de marcharse con paso seguro hacia el baño.

El grupo se queda en una espera incómoda, donde nadie sabe qué hacer.

Intento distraerme, pero en cuanto giro la cabeza, me encuentro con los ojos de Sergio sobre mí.

Joder.

Está ahí, apoyado contra la encimera con esa mirada intensa, como si intentara descifrarme.

Como si aún sintiera mi respiración contra su piel.

Como si el jodido momento de antes en el sendero no lo hubiera dejado tan tocado como a mí.

Aparto la vista antes de que mis pensamientos me jueguen una mala pasada y me concentro en la conversación cruzada que acaba de estallar.

Brenda, aún con cara de haber visto un fantasma desde que anoche se besó con Esther, suelta una bomba sin venir a cuento:

—¿Y si soy bisexual y nunca me di cuenta? ¿Y si el beso con Esther me ha hecho abrir los ojos? —pregunta en voz alta, mirando a la nada como si buscara respuestas en el universo.

Marina casi se atraganta con su propia saliva.

—¿Que Esther y tú hicisteis qué? —pregunta con los ojos como platos—. ¡Chicos, no os lo vais a creer!

Marina sale corriendo hacia el salón, donde Javi y David esperan a ver cómo se desarrolla todo el tema de Laura.

Brenda suelta un gruñido de impotencia.

—Al final dejo sin flequillo a la tía esta chismosa, ¡os lo digo! La dejo clava de la frente para que todo el mundo vea su cara de ardilla.

—Brenda, por favor, hay un orden para los dramas y ahora mismo estamos con lo de Laura. —Le doy unas palmaditas en la espalda—. Pero en cuanto acabe, lo discutimos con una copa en la mano.

Esther, que ha estado callada pero con una sonrisa de entretenimiento en los labios, se acerca con aire de suficiencia.

—Cariño, si te beso otra vez, igual sales de dudas.

Brenda abre la boca, pero no sale ni un solo sonido. Se ha quedado en modo reinicio.

Mientras tanto, David, que parece estar más preocupado por el cúmulo de desastres en esta casa que por otra cosa, suspira con dramatismo.

—Tíos, esto se nos está yendo de las manos. Esther, ¿te has liado con Brenda? Falta que aparezca la policía o algo.

Marina lo fulmina con la mirada.

—David, por favor, no invoques desgracias.

Justo en ese momento, Carmen regresa del baño.

Y su cara lo dice todo.

—Vale, chicos, esto es serio. —Nos mira a todos, como quien está a punto de soltar la bomba del siglo—. Laura necesita un test de embarazo. Y lo necesita ya.

El caos estalla en la casa rural.

38
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 13:02**

📌 **Objetivo:** Conseguir un test de embarazo sin que el universo decida añadir más drama.

📌 **Dificultad:** Alta. La discreción en este grupo es una utopía.

El silencio que se instala en la casa tras la bomba de Carmen es digno de un final de temporada de serie de Netflix.

Nos quedamos todos tan quietos que hasta la cafetera que todavía gotea en la cocina parece un estruendo.

Raúl es el primero en reaccionar.

—Vale, vale, calma… —dice, aunque su tono indica que calma es lo último que tiene él—. ¿Quién va a ir a por el test? Porque yo me niego a entrar en una farmacia a comprar eso. La última vez que compré un antigripal, la farmacéutica me preguntó si estaba soltero. No necesito ese tipo de presión ahora mismo.

Carmen levanta la mano con una emoción completamente fuera de lugar.

—Voy yo, pero solo si puedo grabarlo en modo *mystery vlog*.

Brenda y yo gritamos al unísono:

—¡NO!

Carmen chasquea la lengua, ofendida.

—Joder, qué poca confianza en mi profesionalidad.

—Carmen, cariño —empieza Esther, en su tono más diplomático —, tu profesionalidad consiste en grabarte haciendo *unboxings* de mascarillas faciales. No necesitamos que medio Instagram se entere de esto antes que Laura.

Sergio, que hasta ahora solo estaba disfrutando del espectáculo, decide abrir la boca y cagarla.

—Venga, ¿qué problema hay? Solo es un palito que te dice si vas a tener una responsabilidad de por vida o no.

Lo fulmino con la mirada y levanto un tenedor del escurridor. Desde luego, tiene la responsabilidad afectiva de un rotulador Carioca.

—¿Quieres que te lo clave en la mano o prefieres un cuchillo?

Él alza las manos, fingiendo inocencia.

—Mejor el tenedor. Cuatro heridas pequeñas son menos graves que una grande.

Carmen se ríe.

—Ay, chicos, si es que en el fondo sois adorables.

—Adorables mi abuela en bragas —mascullo.

—Mis cojones —murmura Sergio.

—¡Eh! El de los cojones soy yo —dice Javi.

—¡A ver, parad! Yo tengo un test de embarazo.

Todos nos quedamos miramos a Fabi como si fuera un perro verde.

—¿Tú? ¿Por qué? —le pregunta Marina.

Fabi se encoge de hombros.

—¿Os tengo que recordar que he traído mi farmacopea? ¿Por qué no os parece raro que lleve adrenalina y no un test de embarazo? Paula acompáñame a cogerlo.

Brenda, que lleva un rato mirando a Esther de reojo, intenta unirse en un desesperado intento por huir del salón.

—Voy con vosotras.

Pero Fabi se lo corta en seco.

—No, tú te quedas aquí a enfrentar tus demonios. Ya bastante tenemos con un posible bebé sorpresa.

—Pero…

—Nada de peros, Brenda. Hazte cargo de tu crisis sexual como una adulta.

Con un suspiro resignado, Brenda se deja caer en el sofá, cruzándose de brazos y acompaño a Fabi hasta su habitación para coger el test.

39
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 13:12**

📌 **Objetivo:** Conseguir que Laura se haga el test de embarazo sin que los seguidores de Carmen se enteren.

📌 **Dificultad:** Imposible. Porque, evidentemente, esto solo es el prólogo del apocalipsis.

Si pensábamos que la misión "test de embarazo" había sido el momento más surrealista del día, estábamos muy equivocados.

En un abrir y cerrar de ojos, en lo que Paula y Fabi van y vuelven de la habitación, la escena en el salón parece sacada de una película de emergencias: Raúl está pálido como la cal, tumbado en el sofá mientras Marina le abanica con una revista.

Brenda le sostiene la cabeza como si fuera un paciente en sus últimos momentos de vida.

David le da agua con una pajita, porque claramente han decidido que el tío no puede sostener un vaso por sí mismo.

Carmen, por supuesto, lo está grabando todo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta Paula, con los ojos abiertos como platos.

Raúl abre un ojo con esfuerzo y nos mira como si acabara de ver la muerte de cerca.

—Yo… soy el padre —farfulla, con un hilo de voz.

—¿El padre de qué? —pregunta Fabi, frunciendo el ceño.

Carmen se acerca como si estuviera narrando un documental en vivo.

—De ese posible bebé, claro —Hace un gesto dramático con la mano—. Nuestra querida Laura y el hombre que ha estado en modo detective toda la mañana tuvieron un desliz hace poco.

Carmen, desde luego, tiene una oratoria increíble.

—¿Pero cuánto es "poco"? —pregunta Paula, llevándose las manos a la cabeza.

Yo estoy FLIPANDO.

—Lo suficiente como para que esto cuadre —responde Marina, abanicándolo con más intensidad.

No puedo evitar reírme.

—Tío, ¿pero por qué pareces más al borde del colapso que Javi anoche cuando casi se muere por las galletas intoxicadas de Marina?

—¡Que es la receta de mi maaaaaadre! —exclama la aludida rodando los ojos hacia arriba.

Raúl me mira con desesperación.

—Porque no me lo esperaba. Porque esto no estaba en mis planes. Porque todo el mundo cree que soy gay desde que Javi y yo nos liamos en bachillerato. Porque… ¡joder, tío, que igual voy a ser padre!

Esther levanta una ceja.

—¿Pero entonces… no eres gay?

—¡Que no! —exclama Raúl, con frustración—. ¡Fue solo un beso de prueba! ¡No me ha gustado ningún tío en mi vida!

—¡Que yo soy el gay! —exclama de pronto David, haciendo que algunos de nosotros nos sobresaltemos.

—Vaya decepción —bromea Javi, llevándose una mano al pecho —. Pensé que te gustó. ¡Coño, David! Esa sí que no me la esperaba.

Todos miramos a David con la boca abierta. Esto, desde luego, se nos está yendo de las manos a niveles muy heavys.

—¡EXCLUSIVA! —exclama Carmen alargando las aes exageradamente.

—Yo… creo que voy a por una cerveza.

—¡O, mejor, tequila! —salta Fabi.

—Madre mía… —murmura Marina con la boca abierta—. David gay… ¡qué fuerte! Veréis cuando se lo cuente a mis amigas de yoga.

—¿Lo ves, Brendi? ¡No pasa nada! —exclama entonces Esther.

—A ver, centrémonos —interrumpe Paula, masajeándose las sienes—. ¿Dónde está Laura?

—Encerrada en la habitación —informa Marina—. No quiere salir hasta que tenga el test.

Paula levanta la caja con el dichoso test que por qué sabe nadie, Fabi tenía en su farmacopea.

—Pues vamos a dárselo y a ver qué coño pasa.

Todos contenemos la respiración, porque sabemos que esto solo es el principio de otro desastre.

O no.

Según se mire.

Diez minutos después y unos cuantos botes de cervezas terminados, porque más de uno ha seguido mi ejemplo y ha arrasado con la cerveza del frigo, Laura sale del baño con el test en la mano y cara de shock absoluto.

Nadie respira.

Con manos temblorosas, gira el palito y nos enseña el resultado.

Dos líneas. Positivo.

Raúl se queda mirando el test como si fuera una bomba a punto de explotar.

—No, no, no, no… —balbucea, con el color escurriéndosele del rostro.

—Respira, Raúl —murmura Marina.

—No puedo —susurra él… y entonces, se desmaya.

—¡Joder! —exclama David, atrapándolo antes de que su cabeza golpee el suelo.

Brenda agita las manos, nerviosa.

—¿Y si llamamos al 112? Esto ya parece demasiado

Carmen, que sigue grabando, se muerde el labio con emoción.

—Chicos, esto es cine.

40
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 13:30**

📌 **Objetivo:** Mantener a Raúl consciente.

📌 **Dificultad:** Extrema. El chiquito parece un personaje de novela victoriana.

¡Genial!

Ahora, además de un test de embarazo positivo en la ecuación, tenemos un futuro padre desmayado en el sofá.

—¡Está blanco! ¡Más blanco que un folio, joder! ¿Qué hacemos? —exclama David, sujetando la cabeza de Raúl como si se le fuera a desmontar.

Fabi cruza los brazos y resopla.

—No pienso pincharle adrenalina en los huevos, que quede claro.

Carmen, por supuesto, sigue grabándolo todo.

—Esto es brutal.

—¿Quieres dejar eso ya? —le espeto.

Brenda y Marina, que están en modo "primeros auxilios sacados de una película de época", empiezan a abanicarle la cara con cualquier cosa que encuentran: un posavasos, una revista de cotilleo, incluso un cojín del sofá.

Yo ya no puedo más.

—¡Dejad de abanicarle la cara como si fuera la duquesa de Alba! ¡Necesita algo más fuerte!

—¿Más fuerte cómo? —pregunta Marina, deteniendo su abaniqueo con expresión de duda.

En ese momento, Sergio aparece con un vaso de agua en la mano, con la calma de quien no tiene un solo problema en la vida.

—A ver, chicos, igual con un poco de agua…

Lo miro con incredulidad.

—Sí, claro, Sergio, como si esto fuera una película y el agua le despertara en plan milagro.

Él se encoge de hombros y se lo bebe él mismo.

—Pues nada, que lo remate el destino.

Fabi, que ya ha perdido la paciencia, toma el mando y opta por un método poco convencional.

—Chicos, esto es una emergencia. Si las pelis no mienten, un tortazo bien dado le despertará.

David, horrorizado, abre mucho los ojos.

—¿QUÉ? ¿VAS A PEGARLE UN GUANTAZO?

—¿Tienes una mejor idea? —pregunta ella, levantando la mano, lista para la acción.

Pero justo antes de que Fabi estampe la palma sobre su cara con toda su fuerza, Raúl empieza a abrir los ojos.

—¿Qué… qué ha pasado? —murmura, con la voz ronca.

Yo lo miro sin pestañear y suelto, seca como la mojama:

—Que eres el padre. Asúmelo.

Raúl se queda en blanco otra vez, pero en esta ocasión de puro terror.

—Dios… ¿y si no sé ser padre?

Javi, en su papel de experto en bromas en el peor momento, le da una palmada en la espalda.

—Bueno, siempre puedes aprender. O hacerte un OnlyFans para pagar pañales.

Carmen sigue grabando, emocionada.

—Yo solo digo que este es el mejor fin de semana de mi vida.

41
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 13:36**

📌 **Objetivo:** Dejar que Laura hable.

📌 **Dificultad:** Alta. En esta casa nadie parece saber gestionar problemas como adultos funcionales.

Nuestro amigo ha vuelto a la vida solo para meterse en la mayor movida de su existencia.

Laura, que hasta ahora ha permanecido en modo estatua de mármol, respira hondo y suelta por fin:

—Vale… ahora que Raúl ha vuelto del más allá, creo que debería decir algo.

Carmen deja de grabar por primera vez en lo que llevamos de convivencia, lo que significa que la cosa se pone seria.

Fabi cruza los brazos, expectante.

Raúl, aún con cara de susto, traga saliva.

Y Laura… Laura sigue mirando a Raúl como si no supiera si darle una noticia o lanzarle un zapato.

—No espero nada de ti —dice al fin—. No tienes que hacerte cargo si no quieres. No quiero que esto se convierta en un drama de culebrón.

—Demasiado tarde —murmuro en voz baja—. Este fin de semana YA ES un culebrón.

Raúl reacciona como si le hubieran electrocutado.

—¿Qué? ¡Por supuesto que quiero hacerme cargo! ¿Me ves con cara de desgraciado irresponsable?

David, con su impecable *timing*, murmura:

—Un poco sí.

Raúl le lanza una mirada asesina.

Laura suspira, con los brazos cruzados.

—Raúl, te acabas de desmayar hace dos minutos. Me cuesta creerte.

—¡No estaba preparado para la noticia! ¡Dame un respiro! —exclama él, recuperando algo de dignidad—. Pero si de verdad estoy… voy a ser padre, quiero serlo bien.

El ambiente es una mezcla de drama, nervios y un poquito de locura.

Nadie dice nada.

Hasta que David, como siempre, lo estropea todo con su sarcasmo.

—Bueno, por lo menos ya sabemos que Raúl no es gay.

Javi, que no pierde la oportunidad de meter baza, se lleva una mano al pecho, fingiendo dramatismo.

—Esto es peor que cuando Ricky Martin salió del armario.

Laura rueda los ojos y, tras un largo suspiro, su tono se suaviza.

—Mira, lo hablamos cuando salgamos de aquí, ¿vale? Todavía no sé qué voy a hacer.

Raúl asiente, más serio esta vez.

—Vale. Pero no estás sola en esto. Lo que decidas, lo decidimos juntos.

Parece que la tensión se calma, que hemos sobrevivido a otro capítulo de esta telenovela absurda, que por fin podemos respirar…

Hasta que alguien llama a la puerta con insistencia.

Nos quedamos helados, porque no esperamos a nadie.

Al menos, que yo sepa.

Carmen da un salto y agarra el móvil.

—Dios mío, ¿quién será? ¡Esto es mejor que Netflix!

—¡Tíos, tíos! —exclama Javi, haciendo aspavientos ligeros con las manos, pidiendo calma—. He pedido unas pizzas.

42
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 14:00**

📌 **Objetivo:** Intentar comer pizza.

📌 **Dificultad:** Alta. En esta casa la paz dura menos que Raúl consciente después de recibir noticias impactantes.

Después del apocalipsis emocional que acabamos de vivir, cualquiera pensaría que podríamos sentarnos tranquilamente a comer pizza sin que el destino nos diera otra patada en la cara.

Pero, claro, eso en esta casa es imposible.

Estamos todos repartidos por el salón, con cajas de pizza abiertas sobre la mesa, cada uno intentando asimilar la telenovela en la que nos hemos metido.

Raúl y Laura están sentados juntos, pero no revueltos. Él todavía parece que no ha asimilado que su esperma acaba de entrar en la ecuación del drama, y ella sigue con ese gesto serio, perdida en sus pensamientos.

Finalmente, Laura suspira y deja la pizza en su plato.

—Nos vamos. Raúl y yo —dice, y todos levantamos la cabeza.

—¿Ya? —pregunta Fabi, frunciendo el ceño—. Pero si todavía queda la mitad del circo.

Laura le dedica una media sonrisa, pero se nota que está agotada.

—Después de todo esto, prefiero irme a casa y pensar con calma. No quiero tomar ninguna decisión a lo loco.

Raúl, aún con cara de "me han lanzado a la paternidad sin previo aviso", asiente.

—Sí… mejor nos vamos.

David, siempre con su toque de humor negro, se cruza de brazos.

—¿Seguro? ¿No queréis esperar a ver si nos arrestan o algo? Yo ya estoy con el culo apretado por lo que pueda pasar.

Laura suspira y se pone de pie, lista para marcharse.

Raúl la sigue, aunque se le nota torpe, como si aún no estuviera seguro de que todo esto es real.

Recogen sus cosas en silencio, él doblando su ropa con una lentitud exagerada, ella metiendo su móvil en el bolso con un suspiro pesado tras cerrar su maleta.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Marina, levantándose.

—No, tranquila —responde Laura—. Es mejor que nos vayamos ya.

Javi se levanta y abraza a Laura.

—Bueno, niña del drama, cuídate —dice—. Y si necesitas algo, ya sabes dónde estamos.

Fabi y Brenda hacen lo mismo. Incluso Carmen deja el móvil a un lado para despedirse, lo que es prácticamente un milagro.

Cuando le toca el turno a Raúl, se gira hacia todos y se aclara la garganta.

—Chicos… —dice, pasándose la mano por el pelo—. Gracias por no dejarme morir desmayado en el sofá.

—Lo hicimos por el espectáculo —responde Javi, encogiéndose de hombros—. Pero no hay de qué.

Se ríen, aunque la tensión sigue ahí.

Después de un par de abrazos más y comentarios innecesarios de Carmen del tipo "¡Raúl, si es niña ponle mi nombre!", Laura y él finalmente se marchan.

La casa se queda en silencio unos segundos.

Demasiado poco para ser este grupo de gente.

43
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 15:00**

📌 **Objetivo:** Hacer limpieza.

📌 **Dificultad:** Media.

Si hay algo que esta gente nunca ha sabido hacer, es quedarse quieta.

Después de la despedida de Laura y Raúl, la casa entra en un breve momento de calma que, por supuesto, dura menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Vale, hay que hacer algo con este desastre —declara Fabi, de brazos cruzados, mirando el salón como si fuera una zona de guerra —. No quiero encontrarme con restos de pizza pegados a los cojines.

—¿Podemos contratar a alguien? —pregunta Carmen, sin levantar la vista del móvil.

—Sí, claro —responde Paula, con sarcasmo—. Voy a llamar a los servicios de limpieza rural exprés. Nos van a cobrar un riñón, pero oye, qué importa.

Fabi ignora la ironía y empieza a repartir tareas como si fuera la capitana de un equipo de fútbol.

—Carmen, Javi y David, quitad los platos y llevad las botellas vacías a la cocina. Esther y Brenda, vosotras os ocupáis del suelo. Paula y Sergio… fregad los platos. Marina y yo organizaremos lo demás.

Paula y yo nos giramos al mismo tiempo.

—¿Perdona? —responde ella, mirándome como si acabaran de decirle que vamos a hacer puenting sin cuerda.

Fabi sonríe, claramente disfrutando del momento.

—Sí, queridísima amiga, has oído bien. Alguien tiene que hacerlo y me encanta veros compartir momentos de calidad.

—La odio —murmura Paula, mientras caminamos hacia la cocina.

Yo solo sonrío.

Me apoyo en la encimera mientras ella empieza a llenar el fregadero con agua caliente.

Está tensa, lo noto en la forma en la que aprieta la esponja.

—Qué bonito esto —digo, con fingida emoción—. Volviendo a hacer cosas juntos como en los viejos tiempos.

Paula me lanza una mirada fulminante.

—¿Quieres fregar o quieres morir?

—Bueno, tampoco hay que ponerse agresiva. Yo solo digo que para ser dos personas que ya no tienen nada que ver, compartimos mucho tiempo juntos.

—Porque nos han obligado —responde, secando un vaso con demasiada intensidad.

Levanto las manos en son de paz.

—Como quieras. Yo solo digo que podríamos hacer esto más divertido.

—¿Divertido? —arquea una ceja—. ¿Quieres hacer una guerra de espuma? Porque juro que no dudaré en usar un cuchillo contra ti.

—Relájate, *drama queen* —bromeo, agarrando un plato—. Pero, si quieres tirarme jabón, yo no me quejaré.

Paula resopla, pero veo la sonrisa que intenta esconder.

Estamos en medio de esta guerra fría cuando escuchamos la voz de David desde el salón.

—¡Tíos, mirad esto! ¿Desde cuándo hay una caja vieja aquí?

Nos asomamos a la puerta de la cocina y vemos a David señalando una caja de cartón polvorienta que ha aparecido de la nada.

Carmen se acerca con su móvil ya en modo grabación.

—¿Y si es de los antiguos dueños? ¿O si hay cartas de amor de otra época? ¿O un testamento?

—¿Y si es una caja llena de cucarachas? —interrumpe Fabi—. Porque os recuerdo que no todo es una película de misterio romántico.

Brenda se acerca con cautela y la abre.

Y ahí están.

Fotos.

Recuerdos del instituto.

Risas, gritos, exclamaciones de sorpresa.

—Dios, mirad esto —dice Esther, sacando una foto en la que estamos todos con uniforme—. ¡Javi tenía brackets!

—¡Y David un corte de pelo terrible! —añade Brenda, soltando una carcajada.

Pero yo ya no escucho.

Porque Paula tiene una foto entre los dedos.

Y la reconozco.

Nosotros dos.

Un verano, en la playa. Ella con una camiseta enorme mía puesta y el pelo revuelto por la brisa.

Yo, con el brazo alrededor de su cintura, sonriendo a la cámara como si nada en el mundo pudiera ir mal.

Paula se queda mirándola en silencio.

—Esa es de… —empiezo a decir.

—Lo sé —me corta.

Nos quedamos así, con la foto entre nosotros, con la nostalgia golpeándonos de frente.

Y por primera vez en todo el día, Paula no tiene un comentario sarcástico listo.

44
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 15:32**

📌 **Objetivo:** Reírnos con recuerdos del pasado sin desenterrar traumas emocionales.

📌 **Dificultad:** Alta. Nadie sabe cerrar la boca a tiempo.

—Vale, ¿alguien quiere explicarme de dónde ha salido esto? —pregunta Javi, señalando la caja con cara de sospecha.

Marina, que hasta ahora había estado muy callada, levanta la mano como si estuviera en el colegio.

—La encontré en el trastero el otro día —dice con una sonrisa inocente—. Pensé que sería divertido traerla y ver qué había dentro. Y, bueno… aquí estamos.

Carmen aplaude, emocionada.

—¡Esto es mejor que un especial de *Cuéntame cómo pasó*! —dice, con el móvil en modo grabación—. ¡Vamos a desempolvar el pasado!

Paula, en cambio, no parece compartir el entusiasmo general.

—No sé si esto es una buena idea… —murmura, cruzándose de brazos.

Pero ya es demasiado tarde.

Brenda saca un montón de papeles doblados y los empieza a revisar.

—Dios mío —dice, conteniendo la risa—. ¡Son cartas! ¡CARTAS DE CUANDO NOS PASÁBAMOS NOTAS EN CLASE!

—¡Dame eso! —exclama David, arrebatándole un par.

Empiezan a leerlas en voz alta.

—"Fabi, pásame los apuntes de mates o juro que falsifico mi muerte para no hacer el examen." —David estalla en carcajadas—. Madre mía, Brenda, tu drama empezó desde joven.

—No me avergüenzo de nada —responde ella, orgullosa.

Javi saca un papel arrugado y lo despliega con cuidado.

—¿Y esto qué es? ¿Una lista?

Marina lo arrebata y lo lee en voz alta.

—¡Una *playlist*! "Las canciones de nuestra vida."

Un silencio cargado cae sobre la habitación.

Porque esa no es una lista cualquiera.

Era nuestra lista.

La de Paula y mía.

Me tenso como la cuerda de una guitarra, notando mi corazón saltarse un latido.

Joder.

—¡Uy, esto me interesa! —Carmen se acerca con el móvil—. A ver, ¿qué joyitas tenéis aquí?

Paula intenta arrebatárselo, pero Marina es más rápida.

—Esperad, esperad… —dice, revisando los títulos—. Hostia… ¡pero si aquí hay temazos de hace años! ¡Dios, *Fix You* de Coldplay! ¡*I Will Follow You Into The Dark* de Death Cab for Cutie! ¿Quién hizo esto?

Yo miro a Paula.

Ella me mira a mí.

Nadie dice nada.

Hasta que Javi, con su don para arruinar cualquier momento solemne, suelta:

—A ver, a ver… ¿de quién era esta *playlist*? Porque esto huele a amor juvenil que flipas.

Carmen abre la boca en una 'O' dramática y se lanza sobre Paula.

—¡¿Es vuestra?! ¡¿De cuando estabais juntos?!

Paula se pone tensa.

Yo sonrío.

Porque acabo de recordar algo que ella probablemente ha olvidado.

—¿Sabes qué es lo mejor de esta lista? —digo, cruzándome de brazos.

Ella me fulmina con la mirada.

—Ni lo digas, Echevarría.

—Tarde. —Me inclino un poco hacia ella y, con la voz lo suficientemente alta como para que los demás escuchen, digo—: Tú me la hiciste.

Paula se congela.

Las risas y el alboroto de los demás se vuelven ruido de fondo, porque sé que acaba de recordar lo mismo que yo.

El momento en el que me miró y me dijo: "Cada canción tiene algo que me recuerda a ti."

Y ahora está aquí, delante de mí, con la misma expresión de entonces, solo que ahora es más mayor, más fuerte… y más distante.

Pero por un segundo, solo un segundo, parece que todo vuelve a ser como antes.

45
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 15:40**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la humillación colectiva causada por una *playlist* del pasado.

📌 **Dificultad:** Alta. La nostalgia es una condena.

El salón estalla en risas, comentarios y gritos de emoción.

—¡No me jodas que esto es vuestro! —exclama Javi, señalando la lista con una expresión de absoluto cachondeo.

—¿Pero cómo ha llegado esto hasta aquí? —pregunta Fabi, echándose en el sofá con una copa en la mano.

Marina, que sigue con el papel en alto, se encoge de hombros como si no acabara de lanzar una bomba atómica en mitad de la sala.

—A ver… creo que esto te lo olvidaste en mi casa hace siglos —me dice, mirándome con una sonrisa traviesa—. Un día, cuando viniste y estabas obsesionada con organizar la música perfecta para… bueno. —Hace un gesto vago hacia Sergio, como si fuera evidente.

Mierda.

Me acuerdo perfectamente.

No es solo una *playlist.*

Es un pedazo de nuestra historia, de esas canciones que escuchábamos juntos con los auriculares en el bus, de las que cantábamos en la ducha, de las que poníamos en la radio del coche mientras íbamos a la playa.

Pero ahora es solo una jodida hoja de papel en las manos equivocadas.

Carmen, por supuesto, no puede dejarlo pasar.

—¡Necesitamos saber qué canciones están en la lista! —exclama con una emoción desmedida.

—No —suelto de inmediato, pero ya es tarde.

Marina empieza a leer en voz alta.

—*Something* de The Beatles. —Hace una pausa dramática—. Qué romántico.

—No es lo que parece —digo rápidamente.

—Oh, venga, tía, la letra dice "algo en la forma en la que se mueve me atrae como ninguna otra". —Marina me mira con una sonrisa de suficiencia—. Muy obvio, Paula.

El grupo suelta un "Ooooh" en sincronía.

—Sigamos —dice Carmen, completamente metida en el salseo—. *Fix You* de Coldplay.

Brenda pone una mano en el pecho.

—Dios, la canción más llorona del mundo. ¿En qué momento os volvisteis una pareja de videoclip triste?

Me tapo la cara con las manos.

—Que alguien me mate.

—*I Will Follow You Into The Dark* —lee Marina, disfrutando de mi tortura—. Vale, esto ya es un nivel de romanticismo tóxico. "Si no hay nadie a tu lado cuando tu alma empiece a marcharse, te seguiré a la oscuridad." Pero ¿qué sois? ¿Romeo y Julieta versión indie?

—Basta —suplico, sin atreverme a mirar a Sergio.

Porque sé que me está mirando.

Y cuando por fin levanto la vista, ahí está.

Sergio, en completo silencio, con una expresión que no sé leer del todo.

Pero sus ojos…

Sus ojos me están diciendo todo lo que su boca no.

Tengo que salir de aquí.

Me pongo de pie de golpe, ignorando las preguntas y las risas.

—Voy a por más vino —miento descaradamente.

Me doy la vuelta, intentando controlar la respiración y hacer como que esto no me afecta.

Pero claro, Sergio no lo pone fácil.

—¿Me estás evitando, Paulita? —su voz me sigue como una sombra.

Finjo que no le oigo y sigo caminando hacia la cocina, pero él también se levanta y me sigue.

Cuando llego al mueble de las botellas, ya está detrás de mí.

—¿Qué quieres, Echevarría? —pregunto sin girarme.

—Solo asegurarme de que no te atragantas con tanto recuerdo —responde con esa voz baja y socarrona que me pone de los nervios.

Me giro con la botella en la mano y lo fulmino con la mirada.

—No tiene importancia. Solo es una maldita lista de canciones.

—¿Solo eso? —Sergio se apoya en la encimera, cruzándose de brazos—. Curioso, porque parecías a punto de desmayarte cuando Marina ha empezado a leerla.

Aprieto los labios. No quiero entrar en este juego.

—No seas idiota, Sergio.

—Oh, perdón. Pensé que lo era cuando escribiste "las canciones de nuestra vida" en la parte de arriba. Muy casual todo, ¿eh?

Le lanzo una mirada cargada de advertencia.

—Tú también estabas en esa vida, por si lo has olvidado.

Sergio sonríe, pero no es una sonrisa cualquiera. Es la jodida sonrisa de "te tengo donde quiero".

—¿Y lo has olvidado tú, Paula?

Me quedo en silencio.

Porque no sé qué responder.

Y porque, maldita sea, la respuesta es un no rotundo.

Respiro hondo y retrocedo un paso.

—Voy a salir al jardín. Quiero tomar el sol —digo, con la voz más firme que me sale.

Sergio arquea una ceja.

—¿Quieres que te acompañe?

Le sostengo la mirada y me obligo a mantener la compostura.

—No. Quédate aquí, Sergio. Déjame en paz.

Y sin esperar respuesta, salgo de la cocina y me pierdo en el jardín, intentando recuperar el aire.

46
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 15:52**

📌 **Objetivo:** Relajarse bajo el sol y fingir que la *playlist* no existe.

📌 **Dificultad:** Alta. Los recuerdos no se evaporan con el calor.

El sol calienta mi piel mientras intento relajarme en una de las tumbonas del jardín, pero mi cabeza sigue dando vueltas.

La *playlist*.

La maldita *playlist*.

Cierro los ojos y de repente estoy en otro momento.

En otro lugar.

En otro nosotros, concretamente pocas semanas más tarde después de haber empezado la universidad.

El salón de Marina siempre había sido un desastre encantador: libros por todas partes, ropa tirada en el sofá, una taza de café medio vacía en la mesa.

Estábamos sentadas en el suelo, con nuestros portátiles abiertos, supuestamente estudiando, pero en realidad chismorreando y escuchando música.

—Tía, me encanta hacer *playlists* —dije, mientras organizaba mis archivos.

Marina levantó la vista de su pantalla.

—¿A quién no? Es una forma de ordenar la vida en canciones. ¿Tienes alguna top secreta?

Dudé un segundo, pero luego abrí la carpeta y arrastré un archivo al escritorio.

—Esta es especial —susurré.

Marina cogió los auriculares y se los puso. Cuando empezó a sonar *Fix You*, me lanzó una mirada significativa.

—Oh, no jodas... —dijo con una sonrisa burlona—. Esto es sobre Sergio, ¿verdad?

—Shhh —murmuré, dándole un codazo—. Sí, pero no lo digas en voz alta, que igual me da una embolia.

Ella se rio y revisó la lista con atención.

—Tía, esto es básicamente una carta de amor en forma de canciones.

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Bueno, él no sabe que existe, así que...

—i¿Cómo que no lo sabe?! —exclamó, apartándose los auriculares—. Paula, esto no es cualquier cosa. Esto es de lo más bonito que he visto. Deberías enseñársela.

La miré, y por un momento, me planteé hacerlo.

Después, escribí los títulos de cada canción en un documento de Word, imprimimos el documento en la impresora del despacho de su padre y dibujé corazones con tinta azul en los bordes de aquel folio.

Se me olvidó en casa de Marina.

Acto seguido mi mente vuela a un recuerdo todavía más especial.

Sergio y yo estábamos tumbados en mi cama, con mi portátil entre los dos.

Era noviembre, las ventanas estaban cerradas y el calefactor zumbaba suavemente en el rincón de la habitación.

—Vale, cierra los ojos —le dije, con una sonrisa traviesa.

Sergio suspiró, pero obedeció.

—Si me pones una canción de reggaetón barato, me voy.

—Cállate y escucha —murmuré, dándole al play.

Los primeros acordes de *Something* de The Beatles llenaron la habitación.

No lo miré, pero sentí el cambio en su respiración.

—¿Los Beatles? —preguntó con curiosidad.

—Tienes que escuchar la letra. —Me acomodé sobre la almohada y susurré—. Siempre me ha recordado a ti.

Abrió los ojos y me miró. Ese tipo de mirada que me hacía sentir que todo lo que existía fuera de esa habitación era irrelevante.

—¿Por qué? —su voz sonó un poco más baja ahora.

Tragué saliva, sintiendo que por primera vez estaba abriendo un pedazo de mí que nunca le había mostrado.

—Porque... no sé explicarlo. —Me encogí de hombros—. Hay algo en la forma en que te mueves, en cómo me miras, en cómo... no sé. Eres tú.

Silencio.

Entonces, Sergio sonrió. Una de esas sonrisas de verdad, de las que no se veían a menudo.

—Paulita... —dijo, y me besó.

Lento.

Como si la música se le hubiera metido en el cuerpo.

Y en ese instante, supe que cada canción de esa lista iba a doler en el futuro.

Y no me equivoqué, porque es la misma que me ha perseguido hasta hoy.

47
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 17:02**

📌 **Objetivo:** Descansar sin que los recuerdos destruyan el poco equilibrio emocional que me queda.

📌 **Dificultad:** Extrema. Hay verdades que llegan tarde y cicatrices que nunca terminan de cerrar.

No sé cuánto tiempo paso tumbada en la tumbona, con la brisa templada acariciándome la piel y mi mente dando vueltas en un bucle de recuerdos.

No quiero admitir que me ha afectado encontrarme con la lista de canciones, pero mi pecho pesa como si alguien me hubiera metido piedras dentro.

Consulto un instante el móvil, al cual estoy haciendo caso entre cero y nada y, entre algunas notificaciones sobresale una, concretamente la de: petición de amistad de *@sergioechevarria.*

Suspiro, con el corazón latiendo a trompicones.

Acepto y lo sigo de vuelta.

Total, ya qué más da.

Cuando finalmente decido volver a entrar en la casa, me encuentro con una escena que no esperaba.

El salón está en penumbra, han bajado algunas persianas para matar un poco la luz del sol de las primeras horas de la tarde, así que observo en esa leve oscuridad los cuerpos desperdigados por el sofá.

Esther está en una posición imposible, con las piernas encima de Javi, que tiene la boca entreabierta como si estuviera a punto de soltar un ronquido.

David está encogido en un rincón, con la cabeza apoyada en un cojín, y Carmen duerme con el móvil en la mano, como si lo último

que hubiera hecho antes de dormirse fuera revisar sus notificaciones.

—¿De verdad se han quedado fritos así? —murmuro para mí misma, intentando no reírme.

Brenda, Marina y Fabi no están por ninguna parte, lo que significa que seguramente sí han tenido la decencia de irse a la cama.

¿Y Sergio?

No lo veo, y por alguna razón, eso hace que un nudo se instale en mi estómago.

Respiro hondo y decido hacer lo mismo que los demás. No quiero pensar más, no quiero analizar cada cosa que ha pasado hoy.

Solo quiero cerrar los ojos un rato.

Me dirijo a la habitación y entro en silencio, esperando encontrarla vacía.

Pero no lo está.

Un poco de luz se filtra por las rendijas de la persiana bajada, iluminando la silueta de un bulto acostado en la cama.

Sergio.

Me quedo quieta un segundo, observándolo. Tiene un brazo apoyado sobre su frente, como si intentara bloquear el mundo.

Sus piernas están estiradas, pero no del todo relajadas. Lo conozco lo suficiente como para saber que no está durmiendo.

Cierro la puerta con cuidado y me acerco.

—¿Duermes? —pregunto aun así, en voz baja, metiéndome en la cama con cautela.

Por un momento, creo que no va a responder, pero entonces suspira y aparta el brazo de su cara.

—No —dice con voz ronca.

Me acomodo en mi lado de la cama, sin saber bien qué hacer.

No debería importarme si está bien o no.

No debería afectarme.

Pero me afecta.

—¿Estás bien? —pregunto en el mismo tono bajo.

Sergio se gira ligeramente, apoyando la cabeza en la almohada, con los ojos entrecerrados. Aun con la poca luz, noto que su

expresión es tensa.

—Migraña —responde escuetamente.

Siempre le ha pasado; cuando hay muchas emociones o se pone en tensión durante mucho tiempo, termina con dolor de cabeza.

No sé si es la costumbre o el instinto, pero sin pensarlo, me muevo un poco más cerca.

—¿Quieres que te traiga algo? —ofrezco.

Sergio niega con la cabeza, con los ojos cerrados.

—Se me pasará.

Asiento en silencio, observándolo sin que me vea.

Su cabello está un poco revuelto, su respiración es pausada, pero no relajada.

Me recuesto en mi lado, intentando no pensar demasiado en lo que significa compartir una cama con él de nuevo.

—Descansa, nos hace falta —murmura él, con la voz apagada.

Cierro los ojos, sintiendo un hormigueo extraño en el pecho.

—Sí.

Me obligo a no pensar en que está a mi lado, en silencio, despierto, seguramente con un dolor brutal de cabeza.

Me obligo a que no me importe.

Me obligo a que mi corazón deje de latir de esta manera, la cual parece que va a romperme las costillas.

Me obligo a…

No sé, muchas cosas.

No quiero sentir lo que siento, no quiero echarlo de menos, no quiero…

Si hay un millón como él, ¿por qué no puedo dormir?, pienso con el latido estrangulándome la garganta.

El silencio en la habitación es espeso, denso, cargado de todo lo que no nos hemos dicho.

Intento dormir, pero mi cuerpo no coopera, no cuando él está tan cerca.

Me muevo un poco en la cama, buscando una posición más cómoda, y entonces sucede.

Mi piel roza la suya.

Es un simple contacto.

Un roce fugaz, apenas un susurro entre nosotros, pero el impacto es inmediato.

Ninguno de los dos se aleja.

Sergio se gira lentamente hasta quedar frente a mí.

Puedo sentir su respiración, cálida y medida, como si también estuviera conteniéndose.

Abro los ojos.

Él ya me está mirando.

No sé cuánto tiempo pasamos así, en esta burbuja de penumbra, donde solo existe el calor de su cuerpo a centímetros del mío.

—Dime que esto no te está matando tanto como a mí —susurra. Su voz es grave, ronca, casi suplicante.

Mi garganta se cierra.

No quiero responderle.

No puedo.

Porque sí, me está matando.

Trago saliva, incapaz de apartar la mirada de la suya.

Y entonces, en un impulso que no sé de dónde sale, alzo la mano y le toco la cara.

Mis dedos recorren la línea de su mandíbula, el ligero rastro de barba en su piel.

Es un gesto instintivo, demasiado íntimo para ser un error.

Sergio suspira, cerrando los ojos un segundo, inclinándose casi imperceptiblemente hacia mi mano, como si hubiera estado meses esperando este contacto.

El aire entre nosotros pesa, electrifica, y estamos tan cerca que podría contar los latidos de su corazón.

—Paula… —murmura, y yo sé lo que viene. Sé que si me quedo en esta posición un segundo más, no habrá vuelta atrás.

Me entra el pánico.

Aparto la mano de golpe y me giro, dándole la espalda.

Como una cobarde.

Pues lo que soy, en esto me he convertido.

En una cobarde que lleva deseando que vuelva desde que se fue y que ahora que lo tengo delante no sé reaccionar.

Quiero huir.

Incluso hago el amago de hacerlo, me muevo con la intención de salir de esta cama que se ha convertido en toda una tentación, pero Sergio apoya una mano en mi cintura. No fuerte ni de forma agresiva, pero lo suficiente como para detenerme.

Su contacto es un ancla.

—¿Por qué te cuesta tanto hablar de nosotros? —pregunta, su voz ahora más baja, más peligrosa.

Cierro los ojos.

No quiero responder.

No quiero abrir esa herida, no cuando aún sigue doliendo.

—No quiero hablar de esto —murmuro al final, sintiéndome patética.

Sergio suspira.

Su mano se queda ahí un momento más, indeciso, antes de retirarse.

—Vale —dice, pero su voz no suena convincente.

Nos quedamos en silencio y la habitación se siente más pequeña que nunca.

—Déjame decirte a mí una cosa, entonces —murmura Sergio.

Trago saliva. Algo en su tono hace que mi pecho se contraiga.

—Dime —susurro.

Sergio se gira un poco en la cama, su mirada ardiendo en la penumbra.

—No me fui por ella.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Cómo?

—La chica que viste en mi cuenta de Instagram. No me fui por ella. Me fui porque soy un imbécil. A ella la conocí meses después, en Barcelona. Apenas estuve saliendo con ella tres semanas.

Mi estómago se encoge. Todo este tiempo he vivido con esa versión de la historia. Con la idea de que se fue y me reemplazó por otra chica sin mirar atrás.

—No te engañé con nadie, Paula. Jamás lo he hecho y jamás lo haría. Debería haber hecho las cosas de otra manera, lo sé. Me ofrecieron aquella oportunidad de trabajo, sabes que la fotografía siempre ha sido mi sueño. Yo... debí hacer las cosas de una forma

diferente, no supe manejar nuestra relación respecto a no perder esa oportunidad.

Su confesión debería aliviarme, pero no lo hace, al menos de momento, porque la verdad es que el dolor nunca fue solo por la otra chica, sino porque dejó de estar en mi vida.

—Y elegiste el camino fácil —digo con frialdad—. Prescindir de mí.

Sergio suelta una risa sin humor.

—Dicho así suena como una cabronada.

—Es que lo fue.

Nos quedamos así, él detrás de mí, yo con la vista clavada en la pared.

Podría decirme más.

Podría darme más explicaciones.

Pero no lo hace.

Y yo tampoco las pido.

Porque si lo hago, quizá tenga que admitir que mi versión de los hechos nunca fue la completa.

Y eso me aterra.

¿Puede la misma persona que te abrió una herida poner una tirita sobre ella y curarla?

48
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 17:30**

📌 **Objetivo:** No huir. No esta vez.

📌 **Dificultad:** Alta.

El silencio en la habitación pesa y se ha convertido en algo sólido, casi tangible, como si estuviéramos atrapados dentro de él.

Paula me ha dado la espalda, pero sé que no duerme, porque su respiración no es pausada, porque su cuerpo sigue tenso.

Porque yo tampoco puedo dormir.

Mi mente sigue repitiendo sus palabras una y otra vez.

Y elegiste el camino fácil: prescindir de mí.

Joder.

Duele.

Porque no fue así. O no exactamente.

Porque yo intenté contactar con ella.

Yo intenté explicarlo.

Aunque fuera una vez me hube ido, aunque fuera desde otro lugar, aunque fuera desde Barcelona, habiendo dejado sus pedazos rotos en Madrid.

Me giro en la cama, mirándola en la penumbra.

—Intenté llamarte —mi voz sale baja, rasposa, como si le costara admitirlo—. Te escribí mensajes. Te busqué, Paula.

Ella se queda quieta.

—No es cierto —dice al final, aunque su voz no suena segura.

Claro que no suena segura, porque está mintiendo, lo que dice no es verdad.

—Es muy cierto. —Respiro hondo, apoyando el antebrazo en la frente—. Durante semanas. Meses. Pero nunca me contestaste. Ni

una sola vez. Y cuando volví a Madrid tiempo después, era como si nunca hubiéramos existido. Como si me hubieras borrado.

Paula se gira un poco, lo suficiente para mirarme.

En su expresión hay algo que no reconozco.

Algo que me desarma.

—¿Para qué ibas a buscarme? —pregunta, su voz es más baja ahora—. Ya estabas con otra persona.

Cierro los ojos.

No es la primera vez que me recuerda aquello.

Y tampoco es la primera vez que siento que mi respuesta nunca será suficiente.

—No me fui por ella —repito—. Nunca hubo nadie más, de verdad.

Paula me sostiene la mirada.

Sus ojos están llenos de preguntas que no sé si quiere que responda.

Se produce un silencio que esta vez no parece incómodo, sino frágil.

Entonces, un pinchazo de dolor me atraviesa la sien y suelto un leve quejido, llevándome los dedos a la cabeza.

Paula frunce el ceño.

—Tienes que tomar un antiinflamatorio. Sabes que el estrés siempre te da migrañas.

Me río, pero no hay humor en mi voz.

—Llevo meses estando peor.

Paula pestañea.

Algo en su expresión cambia.

Y ahí está.

Ese pequeño resquicio en su coraza. Esa mínima reacción que me dice que, aunque intente actuar como si todo le diera igual, no lo hace.

Que todavía me conoce.

—Voy a buscarte algo —dice, moviéndose para levantarse.

Pero antes de que pueda hacerlo, mi mano la atrapa por la muñeca.

—No quiero que me traigas nada —susurro.

Ella se tensa, pero no se aparta.

—¿Qué quieres entonces? —pregunta, y su voz tiene un matiz que me hace perder el equilibrio.

—Quiero que me mires —respondo—. Quiero que dejes de huir.

Paula deja escapar un suspiro, pero no aparta la mirada.

—Y yo quiero que me dejes salvarte ahora —murmura. Su voz es firme, pero sus ojos brillan de incertidumbre—. Llevas desde que hemos venido aquí haciéndolo por mí, como antes, como lo has hecho siempre.

Mis dedos aprietan su muñeca un poco más, sin intención de soltarla.

—¿En serio? —susurro, con una sonrisa torcida—. Yo llevo meses deseando que lo hagas tú esta vez.

Y entonces sucede.

No sé quién se mueve primero.

No sé quién cruza la línea invisible que llevamos evitando todo este tiempo.

Solo sé que de repente su boca está en la mía y el mundo se detiene.

El beso no es suave.

No es dulce ni pausado.

Es un choque de emociones reprimidas, un incendio que llevamos horas evitando.

Quizá más tiempo.

Paula aprieta los dedos en mi camiseta, acercándose más y yo la sujeto por la cintura como si temiera que pudiera desaparecer.

Porque si algo tengo claro en este instante es que no quiero volver a perderla.

49
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora**: **18:00**

📌 **Objetivo**: Actuar como si no me acabara de comer la boca con mi ex.

📌 **Dificultad:** Altísima. Todavía tengo sus labios tatuados en los míos.

TOC TOC.

—¡Tortolitos! —grita la voz de David al otro lado de la puerta—. Tenemos un arsenal de carne para aprovechar la barbacoa del jardín, ¿no tenéis hambre o qué?

Nos separamos de golpe.

Y cuando digo de golpe, es literalmente.

Mis labios todavía arden.

Mis mejillas también.

Y el corazón... bueno, ese ha decidido marcarse una coreografía de zumba dentro de mi pecho.

Sergio me mira.

Yo bajo la vista.

No puedo sostenerle la mirada.

No ahora.

No después de ese beso que no ha sido un simple beso.

Ha sido una maldita llamada de emergencia emocional.

Y yo no tengo ni idea de cómo apagar este incendio.

—¡Ya vamos! —respondo con una voz que espero que suene más animada de lo que me siento, mientras me alejo de la cama de un salto y busco desesperadamente mis vaqueros cortos.

Él también se mueve, y lo hace como si el cuerpo le pesara.

Y lo entiendo. El mío también.

No por el cansancio, sino por la verdad que acaba de estallar entre nosotros, por eso que hemos estado evitando y que ahora… ya

no puede esconderse más.

—Paula… —empieza a decirme, mientras me meto en el baño para arreglarme un poco el pelo.

—No lo hagas —le corto, sin mirarle—. No digas nada. No ahora.

Silencio cargado, tenso, denso.

Me peino rápido, me echo agua en la cara —como si eso fuera a borrar lo que acaba de pasar— y salgo de la habitación con la sonrisa más falsa que puedo reunir en el momento.

Javi está ya preparando la mesa de fuera con una cerveza en la mano, como si fuera el chef de MasterChef versión resacosa.

Esther se ha apoderado de la *playlist* de Carmen y suena reguetón del dos mil por todo el jardín.

David baila con Marina de forma ridículamente sexy y Carmen los graba como si fueran influencers de *lifestyle* rural.

Fabi tiene un vaso de sangría en la mano y Brenda, otro. Ambas están sentadas en la mesa del jardín, riéndose de algo que no alcanzo a oír.

Esther debe estar en el baño o cogiendo algo.

Y yo… entro en pánico.

Porque acabo de besar a Sergio.

Porque me ha besado como si no hubiera pasado un año sin nosotros.

Porque yo le he respondido como si todavía fuera suya.

—¡Eh! —saludo con falsa energía, dejándome caer junto a mis dos terapeutas personales en este retiro emocional que ya se me ha ido de las manos.

Brenda me analiza.

Fabi me olfatea.

De forma literal, además.

—¿Y ese perfume nuevo? —pregunta Fabi, alzando una ceja—. Huele a "me acabo de liar con mi ex".

—Tía, estás roja —añade Brenda.

—¿Podéis no montar un CSI de mi cara, por favor? —resoplo, cogiendo el vaso de sangría de Brenda sin pedir permiso.

—Eso solo confirma la sospecha —dice Fabi, cruzando las piernas —. ¿Te has liado con él?

Me atraganto.

—¡Que no! —miento sin pestañear—. ¿Por quién me tomáis? Yo no me lío con mi ex en una casa rural llena de gente, con drama acumulado y un test de embarazo positivo de fondo.

Las dos me miran como si acabara de decir que soy virgen a los treinta.

—¿En qué universo paralelo no lo harías, Paula? —dice Brenda—. Si llevas un año hablando de él como si lo odiaras, pero en realidad suspiras cada vez que oyes su nombre.

—No suspiro —replico.

—Susurras su nombre en sueños —apunta Fabi.

—¡Eso fue una vez! ¡Y tenía fiebre! —Me levanto con la copa en alto, caminando en dirección a… ¡no lo sé!—. ¡Voy a por patatas fritas! Vosotras quedaos aquí con vuestra imaginación desbocada.

—¡Y tú vuelve con más detalles! —grita Brenda detrás de mí.

—¡Y menos dignidad! —añade Fabi.

Yo no contesto. Porque si abro la boca, me sale un: sí, lo he besado. Y estoy tan jodida como enamorada de él.

Y eso, amigas mías, todavía no estoy lista para admitirlo.

50
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora**: **18:15**

📌 **Objetivo**: Actuar con normalidad después de besar a la mujer que no he podido olvidar.

📌**Dificultad:** ¿Existe un nivel por encima de "imposible"?

La puerta se cierra detrás de ella con ese golpe seco que tiene su nombre.

Y me quedo solo.

Solo con mi migraña, mi corazón en la garganta, y el sabor de sus labios todavía ardiendo en los míos.

Genial.

Estoy aquí, acostado sobre la cama como un imbécil que acaba de recordar por qué no ha podido volver a enamorarse.

Y es que ella sigue ahí.

En mi cuerpo.

En mi memoria.

En mi jodida piel.

Respiro hondo, me incorporo y me paso una mano por el pelo.

Necesito salir.

Aire.

Humo.

Cerveza.

Lo que sea que me ayude a fingir que ese beso no ha desestabilizado el centro de mi pecho, aunque me estalle la cabeza de dolor.

Cuando salgo al jardín, el humo de la barbacoa me da la bienvenida como un viejo amigo, pues ya están haciendo las ascuas.

La música suena, los demás se ríen, el ambiente parece… normal.

Pero no lo es.

Porque yo la busco.

Con la mirada, con el instinto.

Y allí está.

Paula.

Riendo con Brenda y Fabi como si no acabara de besarme como si el mundo fuera a acabarse, como si no hubiera tenido las manos en mi camiseta y el alma en la lengua.

Está evitando mirarme.

Bien. Yo también puedo jugar a ese juego.

Pero me revienta que sea mejor en ello que yo.

—Tío —dice Javi, ofreciéndome una cerveza—, qué cara llevas. ¿Te han rechazado otra vez?

—¿Tú siempre hablas así o tienes una cuota de estupideces al día que cumplir?

—Ambas —responde con una sonrisa, chocando su botella con la mía.

Agradezco el trago frío más de lo que debería.

—¿Todo bien con Paula? —añade en voz más baja, con una de esas miradas que saben más de lo que deberían.

Lo miro de reojo.

—No sé. ¿Tú sabes algo sobre mujeres?

—Solo que hay que tener huevos para estar enamorado de una que te mira como si quisiera matarte y besarte a la vez.

Sonrío. Por una vez, Javi ha dado en el clavo.

—Entonces sí. Estoy jodidamente enamorado.

Me apoyo contra la barandilla y, sin querer, vuelvo a mirarla.

Paula levanta la copa, sonríe a alguien, y por un segundo, cuando sus ojos se cruzan con los míos, el mundo se vuelve un sitio más difícil de respirar.

Quiero hablar con ella.

Quiero que deje de huir.

Pero también quiero que venga por voluntad propia.

Que me mire sin armas.

Que, por una vez, me crea.

Y si eso no pasa esta noche…

Entonces pienso bailar con ella hasta que se le olvide por qué empezó a odiarme.

51
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 18:30**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a una barbacoa sin besar de nuevo a mi ex.

📌 **Dificultad:** Alta. Con delantal incluido.

—¡Tía, pásame el cuchillo grande! —grita Marina desde la mesa del jardín.

Resoplo y dejo la bandeja de panecillos sobre la encimera de la cocina exterior.

Estoy sudando, pero no de calor, sino porque Sergio está más pegado a mí que las pegatinas del coche de mi padre en los noventa.

Cada vez que me doy la vuelta, él está ahí.

Con la bandeja de las hamburguesas.

Con el salero.

Con su maldita sonrisa de "sé que no me puedes ignorar".

Y tiene razón.

Fabi se me acerca por detrás con una expresión que no promete nada bueno.

—Paula... —canta, bajito, como quien está a punto de soltar una bomba—. ¿Le has echado Raid a Sergio? Porque no se va.

Carmen aparece a su lado como si hubiera olido el salseo desde el otro lado del jardín.

—¡Es que está más encima de ti que la tapa de una Thermomix! ¡Qué horror!

—¿Queréis dejar de hablar como si fuera un insecto? —murmuro, colocando servilletas en la mesa, fingiendo concentración.

—Pues si lo fuera, ya habrías muerto por intoxicación. Te está comiendo con los ojos, Paulita. —Fabi alza la ceja—. ¿Seguro que no quieres que le pinche con adrenalina?

—¡No lo matéis! —interviene Brenda desde la parrilla—. Que cocina bien.

¡Perfecto! Ahora encima lo defienden.

Sergio se me acerca por la derecha, agarra el bote del kétchup y me roza la mano.

Yo doy un brinco como si me hubiera tocado con un cable pelado.

—¿Vas a seguir huyendo de mí todo el día? —susurra con voz ronca, solo para que yo lo escuche.

—¿Vas a seguir acosándome con tus pectorales en plan anuncio de Old Spice? —respondo sin mirarlo.

Él se ríe, el muy... irresistible.

Ugh.

—¿Os acordáis de la primera vez que cocinamos todos juntos? —suelta de pronto Javi, desde la zona de las brochetas—. ¡La casa de los padres de Paula! ¡La tortilla quemada!

Todos estallan en risas y mi cerebro activa el modo flashback automático.

Estábamos en la cocina de mis padres.

Ellos se habían ido de fin de semana y nosotros aprovechamos para "hacer cena de grupo".

Lo que acabó pasando fue que Sergio intentó hacer una tortilla de patatas y la convirtió en carbón vegetal.

—¡Te dije que le dieras la vuelta con el plato! ¡No como si estuvieras lanzando un frisbee! —le grité entre risas, mientras él intentaba despegar la tortilla del techo.

—¡Tú me distraes! ¡¿Cómo quieres que me concentre con ese culo dándome órdenes?!

—¡Eres un desastre!

—¡Pero tu desastre! —rio, y sin avisar, me estampó un poco de harina en la nariz.

Yo grité como si me hubiera atacado un oso y contraatacamos a lo bestia.

En cinco minutos, teníamos la cocina convertida en una zona de guerra blanca.

Al final, entre risas, harina y manos por todas partes, acabamos besándonos encima de la encimera, con la cocina hecha un desastre y el horno pitando porque había olvidado las empanadillas dentro.

—Sabes mejor que cualquier tortilla —me susurró entonces.

Y yo quise decirle lo mismo.

—¿Qué? —me pregunta Sergio, que me ha estado observando durante todo mi ensimismamiento—. ¿Te has acordado de la tortilla?

—Me he acordado de que quemas todo lo que tocas —le digo sin mirarlo, aunque noto el calor en mis mejillas.

Sergio se ríe, bajo, peligroso.

—No todo.

Y otra vez esa mirada que hace que mis ovarios ensayen coreografías.

—¿Tú vas a poner la mesa o solo vas a seducirme con olor a barbacoa? —le suelto al final, agarrando un puñado de tenedores.

—¿Y si puedo hacer ambas cosas? —me contesta, y su sonrisa es puro pecado.

Resoplo, giro sobre mis talones y me alejo como si huyera del mismísimo fuego.

Aunque, si lo pienso bien, Sergio Echevarría siempre fue mi fuego favorito.

Y justo cuando estoy colocando platos en la mesa, Carmen susurra desde detrás:

—¿No te arde ya el alma de tanta negación?

Y yo... solo puedo sonreír por fuera, mientras por dentro, grito.

52
Paula

📍 **Sábado por la tarde.**

🕒 **Hora: 18:56**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir a la tableta de chocolate que tiene Sergio por abdomen.

📌 **Dificultad:** Alta, muy alta.

De todas las cosas que podrían arruinar una tarde tranquila de barbacoa, ver a tu ex quitándose la camiseta como si fuera la escena de apertura de una peli de Marvel... es definitivamente la más peligrosa.

Ahí está.

Con sus abdominales de anuncio y ese maldito "yo no hago nada, pero sé que estoy bueno".

Se la quita como quien no quiere la cosa, en plan "oye, hace calor, ¿eh?"

¿Hace calor?

¡Hace una puñetera combustión espontánea en mi cerebro!

Y en mi chichi, ya que estamos.

Yo, por supuesto, finjo que no lo veo.

Muy digna, muy entera, muy "a mí me da igual todo".

Pero el universo, cabrón como él solo, se encarga de que sí lo vea. Porque justo en ese momento Brenda, que viene desbordada con una bandeja, me da un empujón sin querer.

Y yo, por estar embobada con el desfile de carne masculina en vivo, derramo medio vaso de sangría en el vestido blanco que me acabo de poner para adecentarme un poco en lo que adelantaban con la carne.

Perfecto.

Maravilloso.

¡Un 10 a la logística!

—¡Mierda! —gimoteo, mirando el desastre líquido en mi pecho.

—¡Tía! ¡Perdón! —Brenda me mira con cara de pánico contenido.

Pero no. Lo peor no ha pasado aún.

Porque, cómo no, todos se giran al escuchar mi grito.

Y sí, entre ellos, ÉL.

Sergio me ve, con la camiseta colgada en el hombro y esa sonrisa de "te tengo pillada, Paulita".

—¿Estás bien? —pregunta, dando dos pasos hacia mí con su santa tranquilidad.

—Estoy bien. No pasa nada. Todo controlado —respondo, intentando sonar relajada mientras tengo sangría hasta en el sujetador.

—¿Quieres que te ayude a limpiarte? —pregunta, alzando las cejas con un tono que solo puede tener doble intención.

Me quemo. Literalmente. Por dentro.

—NO. No hace falta —respondo en automático, con los ojos como platos.

Desde la mesa del jardín, las hienas empiezan a hablar.

—Tía, míralo bien que no sabes cuándo vuelve a haber espectáculo —dice Carmen, abanicándose con una servilleta de papel como si estuviera en una terraza en Sevilla a cuarenta grados.

—Es carne a la brasa, literalmente —añade Brenda con una sonrisita, aún con la bandeja en la mano.

—¡Brenda, cállate! —ladro yo, mientras intento cubrir el manchurrón con la servilleta más fina del planeta Tierra.

Sergio, cómo no, no se va.

—¿Seguro que estás bien? —insiste, y baja un poco la mirada hacia mi vestido empapado.

Lo mato. Lo mato con la mirada.

Él solo se ríe, muy cómodo, como si mi incomodidad le supiera a gloria.

—Paula, respira —me dice Fabi desde atrás, ofreciéndome una toallita húmeda como si esto fuera un spa rural y no el circo emocional del año.

—No respiro —respondo entre dientes—. Me asfixio. Me ahogo. ¡Me cuezo!

Intento escabullirme hacia la casa, pero no sin antes escuchar un último comentario de Esther:

—Bueno, al menos has manchado el vestido y no la dignidad. Aunque… eso ya estaba en juego desde que lo miraste como si fuera el último helado en agosto.

Risas.

Todos.

Y yo, roja como un tomate a la parrilla.

Me encierro en el baño con el vestido bajo el grifo, jurándome que a la próxima barbacoa vengo en chándal, con gafas de sol y una orden de alejamiento para Sergio Echevarría.

53
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 19:19**

📌 **Objetivo:** Aclarar lo que siente Paula (o besarla otra vez, lo que ocurra primero).

📌 **Dificultad:** Nivel leyenda. Paula tiene más muros que un castillo medieval.

La casa rural está llena de humo, risas y olor a brasas. El ambiente es tan cálido como el fuego que chisporrotea en la barbacoa… o como el que siento cada vez que Paula está cerca. Que, para mi desgracia (o suerte, según se mire), ha estado esquivándome como si fuera una plaga de langostas con aftershave.

Pero yo no soy de rendirme.

Y ahora, tras ese momentazo de sangría derramada, risas descontroladas y su vestido manchado a la altura del escote, sé que la vergüenza la ha obligado a escapar al baño.

Y yo… bueno, yo la sigo.

Obvio.

Camino sin hacer ruido, guiado por el instinto y por el hecho de que la puerta del baño está medio cerrada.

Doy dos golpecitos.

—¿Todo bien ahí dentro, Paulita? —pregunto con mi voz más inocente.

—Vete a la mierda, Sergio —responde ella desde dentro, claramente alterada.

Eso es un sí disfrazado de amenaza, así que entro.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¡Sal de aquí ahora mismo! —me grita al verme cruzar la puerta.

—Tranquila, no voy a verte nada que no haya visto ya. —Cierro con pestillo, apoyando la espalda contra la puerta—. Aunque admito que la última vez no estabas empapada en sangría.

Paula me lanza una mirada que podría freírme las cejas y yo evito morderme el labio con lascivia por poner de nuevo la vista sobre su piel.

—No me hagas recordar aquella noche, que bastante vergüenza me das ya de por sí.

—¿Vergüenza? Yo pensaba que me deseabas en silencio.

—Te deseo que te caigas en la piscina y no te rescaten —responde, mientras se moja una toalla para intentar limpiar el vestido.

Me acerco sin invitarme, colocándome justo a su lado, frente al espejo. Nuestro reflejo parece sacado de una comedia romántica mal montada: ella manchada, furiosa, preciosa.

Yo medio desnudo, con la camiseta colgada del hombro y la sonrisita que a ella le saca lo peor… o lo mejor, depende del día.

—¿Sabes qué pienso? —digo, bajando el tono.

—Dios, no quiero saberlo —contesta, intentando apartarse.

—Pienso que, aunque me odies un poco, todavía te gusto lo suficiente como para que se te caigan las copas cuando me quito la camiseta.

Paula aprieta los dientes.

Se gira.

Me enfrenta.

—¿Pero tú te escuchas? ¿Crees que esto es divertido? ¿Jugar así, acercarte cuando te da la gana y luego hacerte el mártir?

—Yo no estoy jugando, Paula. Tú eres la que se escapa cada vez que se abre una puerta —le digo, alzando un poco la voz, porque duele, joder, duele.

—Pero ¿tú qué te has creído? ¿Quién te piensas que eres? Eres… eres…

—Soy… —no sé cómo decir esto, me humedezco los labios con la lengua— soy el tío que más te ha querido, aunque no me creas. Aunque huyas de mí como lo haces. ¿Por qué lo haces, por cierto?

Porque… joder, Paula, no voy a salir vivo de este fin de semana si seguimos así. No puedo seguir así.

Se queda callada.

Silencio.

Y entonces, de repente, habla más bajo.

—Porque me da miedo. Porque si me acerco, me rompo. Y no quiero volver a romperme por ti.

Y esa frase… esa frase me desarma.

Me parte.

—No voy a romperte esta vez. —Le aparto un mechón del pelo, y nuestras miradas se clavan como cuchillas.

Nos quedamos tan cerca que el aire entre nosotros parece electrificado.

Su respiración choca con la mía.

Sus ojos buscan los míos y algo dentro de mí dice: ahora o nunca.

Y entonces…

Nos besamos.

Otra vez.

Pero esta vez es diferente.

Es menos urgencia y más necesidad.

Menos rabia y más verdad.

Su boca sabe a vino y a reproches no dichos. Sus manos me aprietan el cuello y yo la rodeo con los brazos como si la vida me fuera en ello.

Y quizá me va.

Nos separamos solo cuando falta el aire.

—Esto es una mala idea —murmura, pero no se aleja.

—Las malas ideas son las que más valen la pena. Dime que no sientes nada por mí, dime que no sientes nada cada vez que te beso… y entonces… entonces dejaré de intentarlo. La jodí y te perdí. Fin.

—¿Y si nos pillan? —pregunta ella tras parpadear un par de veces.

—Que se esperen. Estoy ocupado besando a la mujer que todavía me hace perder la cabeza.

Paula cierra los ojos y, aunque sé que esta guerra no está cerca de terminar, hoy he ganado esta batalla.

54
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 19:30**

📌 **Objetivo:** Admitir que lo mío con Sergio no es calor del momento… sino el fuego de siempre.

📌 **Dificultad:** Alta. Altísima.

Si algo he aprendido en esta vida, es que cuando tus amigas te arrastran a una "charlita tranquila entre chicas", deberías correr en dirección contraria.

Estoy sentada sobre una toalla en una esquina del jardín, entre Fabi, Carmen y Brenda, mientras el resto del grupo sigue a lo suyo con la barbacoa y las cervezas.

—Venga, suelta la sopa, Paulita —empieza Carmen con los ojos brillando de puro salseo.

—¿Cuántos besos van ya? ¿Dos? ¿Tres y medio? —dispara Fabi sin anestesia.

Brenda chasquea la lengua y me mira como si yo fuera una adolescente pillada en pleno coqueteo.

—¿En la encimera otra vez, Paula? ¡¿No has aprendido nada?!

Me tapo la cara con las manos.

—¡Chist! Hablad más bajo, por Dios. Nos pueden oír.

—Cariño, si Sergio no se ha enterado ya de que te tiene a flor de piel, está ciego —responde Carmen, dramática como siempre.

—No me "tiene". No es así. Fueron... momentos. Calor. Nostalgia.

—Y hormonas. No olvides las hormonas —remata Brenda, señalando su copa.

—¡Es que no es tan fácil! —exploto finalmente—. Está todo el pasado, las discusiones, las decisiones equivocadas... Yo no soy la

misma de antes. Él tampoco.

—Precisamente por eso estáis aquí —dice Fabi, más seria ahora —. Porque os debéis una versión actualizada de vosotros mismos.

La miro.

—Yo... No sé si puedo arriesgarme otra vez.

Fabi se acerca, me toma la mano y me lanza esa mirada suya de hermana mayor que siempre consigue tocarme la parte más blanda.

—Paula, deja de huir. Esta guerra ya la tienes perdida.

55
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 19:42**

📌 **Objetivo:** Celebrar que David va a ser oficialmente *adulto funcional con hipoteca*, sin terminar removiendo recuerdos.

📌 **Dificultad:** Alta.

—Chicos, necesito vuestra atención un segundo —dice David, levantando la voz sobre el barullo de risas y botellas abriéndose.

Estamos en la mesa del jardín, las brasas de la barbacoa todavía humeando suavemente a un lado, los platos medio llenos, el ambiente empapado de ese calorcillo feliz de verano y amistad.

David se levanta con su copa en la mano y todos guardamos silencio.

—Este lunes firmo la hipoteca. Me entregan las llaves de mi casa.

¡BOOM!

Los gritos estallan como si hubiéramos ganado la Eurocopa.

—¡Vamoooos, David! ¡Por fin vas a dejar de llorar por el alquiler! —grita Javi, brindando con él.

—Ya era hora, eh —dice Carmen, alzando su copa—. Te va a dar un infarto la primera vez que tengas que arreglar una cisterna tú solo.

Paula sonríe desde su sitio. Está radiante bajo la luz tenue del atardecer, así que de forma disimulada aprovecho y le hago una foto.

Y entonces, la veo apagarse un poco.

Sé por qué.

Yo también me acuerdo.

Madrid. Hace años. Un piso de dos habitaciones, paredes blancas, suelo de parqué algo desgastado, y cajas de Ikea por todas

partes.

Paula de pie con las manos en la cintura.

—Esa mesa no va ahí. Es feng shui básico, Sergio.

—Lo tuyo no es feng shui, es feng cabezonería —respondí, pero obedecí, claro. Porque si algo descubrí viviendo con ella es que Paula tenía un mapa mental de la casa que solo ella entendía.

Recuerdo la primera noche comiendo pasta en un bol porque no teníamos platos.

La primera factura del gas.

El miedo.

La ilusión.

La certeza de que todo era nuevo, pero lo hacíamos juntos.

De vuelta al presente, Paula tiene la vista fija en su copa, pero sus ojos están en otro sitio.

En ese piso.

En ese tiempo.

Y yo, desde el otro lado de la mesa, lo sé, porque también estoy allí.

56
Paula

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 20:03**

📌 **Objetivo:** No volver a enamorarme.

📌 **Dificultad:** Paula, estás jodida y lo sabes.

—¡Vamos a brindar por David! —grita Marina, levantando su copa con energía.

La celebración continúa más relajada, con todos medio acalorados y felices.

Alguien pone música desde un altavoz.

Cumbia.

Pop.

Algo ochentero.

Risas.

Mañana de Lola Índigo y Álvaro de Luna empieza a sonar.

Trago saliva, hago una foto a mi vaso de sangría y la subo a una historia de Instagram tras escribir: *niño de la luna: yo, que fui tu sol, me dejaste sola en mi planeta.*

Bebo mientras intento no mirar a Sergio más de lo que debería, la canción termina y entonces suena.

Something de The Beatles.

Siento el aire desaparecer por un segundo.

Miro al altavoz.

Luego a él.

Sergio está de pie, con una media sonrisa y la mirada clavada en mí.

—¿Bailas?

Mi primer impulso es decir que no, pero mis piernas se levantan antes de que mi cerebro decida.

Tomo su mano.

Y bailamos.

Y mi cabeza vuelve a recordar…

La cocina del piso.

Una cerveza fría.

El suelo algo pegajoso por culpa de una pelea con nata montada.

—¡Ven aquí! —dije, agarrándolo de la camiseta.

Pusimos una canción desde el móvil y bailamos descalzos, torpes, riendo.

—Pareces un pato mareado —me burlé.

—Y tú te mueves como si te hubiera poseído una lechuga —respondió él.

Nos besamos justo encima de la mancha de salsa barbacoa.

Ahora, en el jardín, no decimos nada durante un rato y el mundo se reduce a este baile lento, a su mano en mi espalda, a nuestros cuerpos que se recuerdan.

Sergio me mira, con los labios rozando mi sien.

—Sigues bailando igual de mal —susurra.

Sonrío.

—Y tú sigues llevándome demasiado bien.

57
Sergio

📍 **Sábado por la tarde**

🕒 **Hora: 20:42**

📌 **Objetivo:** Sacar una mísera foto grupal sin que alguien enseñe el culo, tire comida o declare su amor en voz alta.

📌 **Dificultad:** Nivel "comedia romántica con elenco de lunáticos".

El jardín está envuelto en ese calorcillo de última hora de la tarde que acaricia la piel como una manta suave.

El sol se esconde entre las montañas y tiñe el cielo de naranja, mientras el humo de la barbacoa flota en el aire mezclado con el olor a romero, carne a la brasa y cerveza fría.

Las voces suenan de fondo como una banda sonora caótica, los hielos tintinean en los vasos, y entre chascarrillos, brindis y risas, el caos de siempre se apodera de este grupo de salvajes.

Joder, ese baile... Sus dedos temblando sobre los míos, su cuerpo a escasos centímetros, esa manera en la que ha evitado mirarme a los ojos aunque su respiración dijera todo lo contrario.

La canción se desvanece justo cuando estoy a punto de preguntarle a Paula si esto, lo que acaba de pasar entre nosotros, puede significar algo más.

Pero entonces Carmen grita desde el porche:

—¡VENGA, MIS ESTRELLAS DE REALITY, AGRUPAOS! ¡Sergioooo! ¡Saca la cámara, artista! ¡Nos falta la foto oficial del finde!

Paula se separa de mí con una sonrisa pequeña y culpable, y yo maldigo internamente.

Respiro hondo, porque soy incapaz de decirle que no a Carmen, y me dirijo a por la cámara mientras todos se colocan como un grupo de niños en excursión.

Intentar sacar una foto bonita con esta panda de tarados es como tratar de domesticar gatos con sobredosis de Red Bull.

Todos chillan, se tropiezan entre ellos, alguien lanza una aceituna que rebota en la cabeza de Javi. Brenda está intentando defender su nacho con guacamole como si fuera un tesoro nacional.

—¡Ponéos monos, coño! —insiste Carmen, marcando territorio con el tono de voz de una madre con cuatro hijos hiperactivos en Disneyland.

Javi se da la vuelta y se baja los pantalones justo hasta mostrar medio cachete.

—¿Así? ¿Te gusta mi mejor ángulo, Carmen? ¡La luna llena en todo su esplendor, baby!

Brenda ni se inmuta. Muerde su nacho con dignidad.

—Hazla ya, que como se me quede seco el guacamole, lloro.

Y entonces, pasa lo inevitable.

Me coloco a su lado.

No lo pienso. Simplemente… me muevo. Como si mi cuerpo supiera a quién pertenece el sitio a su izquierda.

Paula.

Está ahí, oliendo a vino, a crema solar, con ese brillo en la piel y las mejillas sonrosadas por el calor o por el vino, o por mí, quién sabe.

No me mira, pero tampoco se aparta.

—¿Estás bien? —le susurro, bajito, sin girarme del todo.

—Calla, que me están clavando un codo en la espalda —contesta, y se ríe apenas un segundo.

Esa risa suena a casa.

Y es entonces cuando lo siento de nuevo, ese tirón en el pecho que me dice que aún la quiero.

Que aún me importa.

Que aún me jode que huya cada vez que estamos a punto de cruzar esa línea.

Carmen sigue a lo suyo.

—¡Fabi, no pongas cara de cólico! ¡Javi, POR DIOS, súbete los pantalones! ¡Esto es una barbacoa, no el Carnaval de Río!

—Yo no hago nada sin un filtro decente, ¿eh? —dice Marina, sacándose el pelo de la cara con dramatismo—. Hay que cuidar la marca personal.

Tres intentos después, Carmen grita:

—¡YA! ¡SONREÍD!

Click.

Todos corremos a ver la foto.

Y entonces, la veo.

Ahí estamos.

Paula y yo.

Pegados.

Sin querer… o queriendo demasiado.

Su cuerpo inclinado hacia el mío, mi hombro rozando el suyo.

Sus ojos en la cámara, los míos en ella.

Joder.

No hace falta ser poeta para leer todo lo que no decimos en esa imagen.

Ella se congela al verla. Y en su mirada aparece un destello de algo que no puedo nombrar pero que reconozco al instante.

Nostalgia. Miedo. Deseo. Todo junto.

Esther se acerca por detrás y, con una ceja arqueada, suelta:

—Menuda tensión… esto parece *Pasión de Gavilanes.*

Y como si eso fuera la chispa que podía encender la bomba, todos estallan en carcajadas.

—¡Yo quiero ser la suegra posesiva! —grita Brenda.

—¡Yo el hermano que finge estar en coma pero en realidad está en el sótano! —añade Javi, teatral.

—¿A cuál de los tres le pasó eso? —pregunta Marina con el ceño fruncido.

Paula se ríe con ellos.

Por fuera.

Pero yo la veo por dentro. La forma en que se aparta. Cómo se pasa una mano por el brazo como si le picara algo. El temblor apenas visible en sus dedos. Esa reacción que me dice que el recuerdo sigue ahí.

Y yo, que la conozco mejor que nadie, me guardo esa foto en el móvil cuando Carmen la manda por el grupo.

En silencio.

Porque sé que esa imagen dice más que todas las conversaciones que aún nos debemos.

Porque sé que ella también la ha guardado. Aunque no lo admita.

Y porque si hay una batalla que estoy dispuesto a pelear, es la de recuperar eso que fuimos.

58
Paula

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 22:00**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir al juego de la botella sin perder la dignidad.

📌 **Dificultad:** Media/Alta.

Después del momento "foto de grupo fallida", donde Carmen gritaba "¡ponéos monos!" como si estuviéramos en la portada de una revista y Javi decidió que enseñar el culo era la mejor contribución estética posible, todos terminamos en el suelo entre cojines, bolsas de nachos abiertas y botellas de vino a medio vaciar.

El ambiente es ese punto justo entre el desmadre total y el ridículo colectivo: nadie sabe muy bien cómo hemos llegado aquí, pero estamos encantados de haberlo hecho.

Y es justo en ese instante, cuando todavía tengo la imagen de Sergio y yo en la pantalla del móvil dándome vueltas en la cabeza, que Marina grita con una emoción tan desproporcionada que ya me lo huelo.

—¡Va, va, va! ¡Juego de la botella, peña! —exclama, blandiendo una botella vacía de vino como si acabara de ser ungida por el dios Baco en persona.

Todos aplauden como focas drogadas. Están medio borrachos, medio eufóricos... y yo, por alguna razón inexplicable, me dejo caer en el suelo entre Brenda y Carmen.

—¿Tú crees que esto es buena idea? —le susurro a Brenda.

Ella se encoge de hombros, con los ojos clavados en la botella.

—Después de lo de la barbacoa, cualquier cosa es posible.

Esther ya está en modo moderadora profesional. Se pone de pie, alza la mano como si esto fuera una ceremonia importante y anuncia:

—Regla número uno: si la botella apunta a alguien, hay beso. Con lengua. Nada de cobardías, ni piquitos ni excusas religiosas.

—Esto va a acabar en orgía o en denuncia —murmura Carmen, abanicándose con un posavasos.

Rueda la botella.

Gira.

Y gira.

Y gira.

Y apunta.

A Esther.

Y a Brenda.

Silencio.

Las dos se miran.

Brenda se muerde el labio.

Esther sonríe de lado, como si ya supiera el final de la película.

Se inclina hacia ella y, sin decir nada más, la besa.

Y no es un beso rápido.

Es un beso de los que te dejan sin aire.

Lento, intenso, con las manos de Esther en la nuca de Brenda y los dedos de Brenda aferrándose a su camiseta como si se fuera a caer al vacío.

Carmen se lleva una mano al pecho.

—Dios mío, me acaban de despertar el coño y yo ni siquiera estaba durmiendo.

—Necesito aire —murmura Marina, hiperventilando, y se levanta entre risas.

Yo intento mantener la compostura, pero juro que la temperatura sube cinco grados.

—Que alguien ponga ventilador —dice Fabi, con los ojos como platos.

Brenda se separa lentamente. Tiene los labios hinchados, la respiración agitada y la mirada completamente perdida.

Esther simplemente sonríe, satisfecha.

La botella vuelve a girar.

Y entonces me toca a mí.

Acto seguido me tenso y casi puedo notar cómo se me agarrotan las cervicales.

En parte porque ya me huelo lo que viene, en parte porque... bueno, estoy en modo: "que no me toque Sergio, que no me toque Sergio..."

Pero no.

Me toca David.

—¡Uuuuh! —gritan todos a la vez, como si hubieran visto una jugada maestra en el FIFA.

Yo me encojo de hombros y me acerco.

—Bueno, venga. Total, es gay. No me va a meter la lengua en el alma ni nada.

—Prometo no enamorarme —bromea él, con las manos en alto.

—Y yo te perdono por no sentir nada —le contesto, justo antes de besarle.

Es rápido, teatral.

Un beso más simbólico que real.

Pero cuando abro los ojos, lo veo.

Sergio.

Está de pie, a unos metros del grupo. Con los brazos cruzados y la mandíbula tan apretada que parece que va a partirse los dientes.

Sus ojos se clavan en mí durante una milésima de segundo antes de girarse y marcharse en dirección a la casa.

Y en ese instante, mi estómago se encoge.

Otra vez.

Le da igual, pienso.

Le jode, murmura otra voz más honesta dentro de mí.

No. No puede ser eso.

¿Verdad?

Miro a mi alrededor.

Carmen ya está preparando el siguiente disparo de botella. Marina ha vuelto con un vaso en la mano. Brenda sigue mirando a Esther como si su cerebro estuviera reiniciando.

Y yo… yo estoy aquí, en medio del caos, fingiendo que no he notado nada.

Que no me importa.

Que no lo he seguido con la mirada.

Que no me estoy mordiendo la lengua para no salir corriendo detrás de él.

Pero lo estoy haciendo.

Y lo peor es que lo sé.

Lo sé, joder.

Me importa.

Y no tengo ni idea de qué hacer con eso.

59
Sergio

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 22:09**

📌 **Objetivo:** Confesión, redención... y, si el universo lo permite, echar un polvo.

📌 **Dificultad:** Imposible.

Cierro la puerta con un golpe seco y apoyo la frente contra la madera.

Mi pecho sube y baja con fuerza.

Me siento como un puto adolescente cabreado.

No.

Peor.

Como un león herido que no sabe dónde meterse.

Doy vueltas por la habitación con las manos en la cabeza, me dejo caer en el borde de la cama y luego me levanto de nuevo.

Encender un cigarro sería una gran idea, pero no lo voy a hacer porque se supone que la casa rural es un espacio sin humo y no está permitido fumar.

Ella se ha besado con David.

Que sí, que es gay, que no significa nada, que era un juego, pero... joder.

¿Por qué me duele tanto?

Me acerco a la ventana, abro la cortina un poco, dejo que entre algo de aire, pero no me alivia.

Cojo el móvil y vuelvo a mirar la foto que le he hecho a Paula por la tarde.

Luego abro Instagram y veo que, no solo ha aceptado mi solicitud de amistad, sino que también me ha seguido de vuelta.

Sin pensarlo demasiado, subo su foto a una historia y escribo antes de publicarla: "A veces, la cámara capta lo que el corazón no se atreve a decir."

Y entonces, la puerta se abre.

Paula.

—No puedes hacer esto —dice con la voz baja, cerrando tras ella.

—¿Hacer qué?

—Ponerte así porque me he besado con David.

Es una tontería, Sergio.

La miro.

Estoy furioso, vulnerable, herido hasta los huesos.

—No es por el beso. —Mi voz sale más rota de lo que esperaba —. Es porque me doy cuenta de que no puedo seguir fingiendo que no me importas.

Ella da un paso.

Yo otro.

Nos miramos.

Como si estuviéramos al borde de un precipicio y ninguno supiera si saltar o no.

—¿Por qué me haces esto, Sergio? —pregunta ella, con un nudo en la voz que me parte el alma.

—¿Esto?

—Sí. Aparecer. Mirarme así. Decirme que no puedes fingir... Y luego, ¿qué? ¿Otra vez adiós?

Trago saliva.

Siento el corazón latiéndome en la garganta.

Me cuesta respirar, porque sé que tiene miedo, y yo también.

Me acerco un poco más, tanto que podría contarle las pecas.

—No lo hago por joderte la cabeza, Paula —susurro—. Lo hago porque, por mucho que me aleje… siempre acabas volviendo a ser mi punto de partida.

Ella parpadea una sola vez y esa lágrima que no cae se convierte en mi ruina.

—Dime que no es solo el recuerdo —me dice, con voz baja—. Dime que no es solo nostalgia.

—No lo es —respondo—. No sé ponerle nombre a esto. Solo sé que cuando estoy lejos, me falta el aire. Y cuando estás cerca… joder, Paula. Cuando estás cerca, me cuesta no tocarte.

Ella se queda inmóvil un segundo más.

Después nos besamos.

No es un beso dulce, sino un choque de todo lo que no hemos dicho.

De todas las veces que nos hemos callado.

De todas las noches sin dormir, de todas las dudas, del puto orgullo.

Nos desnudamos entre suspiros y caricias que arden.

Paula me agarra del cuello de la camiseta y me atrae con una fuerza que parece salida de todos estos meses en los que nos hemos evitado.

Mi boca se desliza por su clavícula mientras sus uñas se clavan en mi espalda.

La tumbo sobre la cama, sus piernas me rodean. La tensión que llevamos arrastrando estalla como dinamita.

Su piel. Su aliento. Su voz quebrada diciéndome mi nombre.

—Sergio... el preservativo... —susurra, jadeando.

Asiento y me estiro para cogerlo del bolsillo de mi cartera, que descansa sobre la mesita.

Pero justo cuando estoy a punto de ponérmelo…

—¡¡¡ALTO!!! ¡¡¡POLICÍA!!!

Sirenas.

Gritos.

Golpes en la puerta.

La manilla gira y la puerta se abre de golpe.

Un agente irrumpe con una linterna encendida, apuntándonos.

—¡¿Pero qué cojones?! —grito, intentando cubrirnos con la sábana.

—¿Marina Ruiz? ¿Está aquí? —pregunta el agente.

Activa el interruptor de la luz.

Yo lo apago con un manotazo.

Él lo vuelve a activar.

Paula se lleva las manos a la cara.

—¿Pero qué está pasando? —dice ella, con los ojos como platos.

—Estamos buscando a Marina Ruiz. Tiene una orden pendiente.

Nos congelamos.

—No puede ser… —Paula se queda en shock, con la sábana hasta la barbilla.

—No. No. No. —Me dejo caer en la cama con una mano en la frente, medio desnudo, medio empalmado, totalmente humillado por el universo.

Paula suelta una carcajada nerviosa, aún tapada hasta la nariz.

—Tú y yo tenemos una maldición, lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Se llama vida con amigos gilipollas.

Nos miramos.

Y aunque el momento se ha ido a la mierda, aunque la policía está en el salón, aunque probablemente todo se desmorone en cinco minutos…

Durante ese instante, en esta habitación, yo sé que todavía hay algo entre nosotros.

Algo que ni los años ni las sirenas han conseguido romper.

60
Paula

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 22:34**

📌 **Objetivo:** Sobrevivir al momento más surrealista del fin de semana.

📌 **Dificultad:** Nivel me he dejado las bragas en la habitación.

Bajamos corriendo la escalera, desordenados y con el corazón saliéndosenos por la boca, como si la sirena hubiera anunciado una invasión alienígena en lugar de una redada policial.

Mis pies desnudos golpean contra los escalones de madera y el eco de las pisadas de Sergio me sigue, pegado a mí como una sombra.

Sus pisadas a mi espalda me afilan los nervios más todavía.

En cuanto pisamos el salón, nos encontramos la escena más surrealista de todo el fin de semana, y eso es decir mucho: dos agentes de policía plantados en medio de la estancia, serios como si hubieran venido a arrestar al mismísimo Pablo Escobar.

Carmen graba desde la escalera como si fuera la reportera principal de Equipo de Investigación.

¡Es que imita la voz de la presentadora que lo flipas!

—Dios, que alguien me ponga una base de "C.S.I. Miami" —murmura mientras enfoca a los agentes con su móvil.

Sergio carraspea a mi lado y yo, por el rabillo del ojo, veo que tiene pegado al talón del pie el preservativo que no hemos llegado a usar.

Le doy un codazo, desesperada.

—Mira tu pie —le digo en un susurro.

Sergio baja la vista y cuando ve el profiláctico pegado a su piel como un insulto de látex, se agacha rápido para quitárselo. Pero

justo cuando voy a imitar su gesto, me detengo de golpe, más blanca que una pared recién pintada.

—Hostia...

—¿Qué pasa? —pregunta Sergio.

Lo miro, paralizada.

—Me he dejado las bragas en la habitación.

Sergio se atraganta con su propia dignidad. Yo me quedo petrificada, rezando para que nadie me lo note en la cara.

Uno de los agentes carraspea, devolviéndonos a la realidad.

—Buenas noches. Buscamos a una tal Marina Ruiz. Tiene una orden pendiente.

El silencio se adueña del salón.

Brenda se queda con una galleta a medio camino de su boca, Fabi levanta las cejas como si se hubiera tragado un pimiento entero, y David dice lo único que podría decir en ese momento:

—*¡Que no panda el cúnico!* ¡No pasa nada!

Y como si la hubieran invocado, Marina aparece desde... debajo de la mesa del salón.

Sí.

Debajo de la puta mesa, con unas gafas de sol enormes, una toalla en la cabeza como turbante y lo que parece una chaqueta de camuflaje por encima del pijama.

—¿Perdón? —dice, con las cejas alzadas.

El agente revisa una carpeta.

—Imputación por desacato en un evento público. Según consta en el informe, no se presentó a una audiencia judicial relacionada con el uso indebido de fondos durante su etapa como jefa de comunicación de una empresa de eventos.

Marina parpadea.

—Vale... eso suena peor de lo que es. No robé el dinero. Solo... digamos que lo usé creativamente.

Carmen se gira hacia la cámara, como si estuviera narrando para sus seguidores:

—Señoras, señores y señorites, estamos presenciando el nacimiento del nuevo caso que conmocionará a la comarca. Marina

Ruiz, influencer de yoga y fan de las croquetas, ¡detenida por fraude corporativo!

—No es fraude, es... ¡reorganización presupuestaria! —grita Marina.

—*Padre cielo que estás en lo nuestro…* —murmura David.

—¿Reorganización en comprar quince pares de zapatillas blancas? —pregunta Esther, divertida leyendo el informe del policía que lleva en la mano.

—¡Oiga, señorita! —exclama el hombre cuando se da cuenta de que Esther lo ha cogido.

—¡Era para una sesión de branding emocional!

Javi la mira con el ceño fruncido y ella se cruza de brazos.

—¡Marina, por el amor de Dios! —grita Brenda.

Marina mira a los agentes, con las manos alzadas en gesto de paz.

—Vale, vale... pero no fui yo. Fue Patricia.

Todos la miramos en silencio.

Ella parpadea.

—Joder, era por dar un poco de humor. Lo estoy pasando mal con este tema. ¿Nadie ha visto la película Múltiple?

Los agentes, claramente inmunes a nuestro sentido del humor, le indican que se acerque.

—Debe acompañarnos, señorita Ruiz. Tiene una orden judicial activa.

Marina agarra su móvil y lo levanta en alto.

—¡Grabádlo todo! ¡Esto es represión! ¡Esto es censura institucional!

Los agentes se la llevan con la elegancia de un desfile de Semana Santa. Nosotros, con los ojos como platos.

Carmen se gira hacia nosotros, con el móvil en mano.

—¡Menuda pasada!

Sergio y yo nos miramos, medio en bolas, medio sin aliento.

Y yo solo puedo pensar una cosa: este fin de semana necesita un exorcismo.

61
Paula

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 22:53**

📌 **Objetivo:** Poner orden en mi cabeza y en mi corazón.

📌 **Dificultad:** Peligro inminente.

El ambiente en la casa ha cambiado por completo desde que la patrulla policial se marchó con Marina envuelta en una manta y Carmen narrando todo como si fuera corresponsal de guerra.

A estas alturas de la noche, la energía ha bajado varios niveles.

Javi, fiel a su estilo, levanta un mando de Wii con una sonrisa triunfal.

—Bueno... ¡WII! —anuncia como si hubiera descubierto la cura para la resaca.

Algunos lo vitorean, otros simplemente no tienen fuerzas para resistirse.

Esther y Brenda se pelean por escoger personaje en el Mario Kart.

David se queda dormido con la boca abierta en el sofá, abrazado a un cojín como si fuera una tabla de salvación.

Carmen graba con el móvil desde el suelo, narrando como si estuvieran en un documental sobre especies nocturnas.

Yo necesito aire, pero antes vuelvo a por las bragas.

Luego salgo al jardín en silencio, con una taza de manzanilla entre las manos.

El frescor de la noche contrasta con el calor de la casa, y me viene bien.

Me siento en una de las tumbonas, sintiendo el cosquilleo de la hierba en los tobillos.

A lo lejos, veo una silueta familiar.

Sergio.

Apoyado contra la barandilla de madera, fumando un cigarro, con el humo dibujando formas en la oscuridad.

Su camiseta está arrugada, y tiene el pelo revuelto.

Parece más joven.

Más vulnerable.

No me ve.

O finge que no.

Entonces, Fabi aparece a mi lado como una ninja emocional con una sábana sobre los hombros y un vasito de crema de orujo en la mano.

—¡Menudo día, estoy agotada! —dice soltando el aire como si acabara de correr una maratón emocional.

Asiento.

—Ha sido... mucho.

Fabi se sienta a mi lado y me observa con esa mirada suya, directa, sin juicio.

Me conoce demasiado.

—Paula, tía, ¿qué vas a hacer con Sergio?

No respondo enseguida; miro hacia el cielo, buscando respuestas entre las estrellas.

—No lo sé. Es como si el universo se empeñara en ponerme a prueba. Me besa y me desarma. Luego pasa algo absurdo, como la policía irrumpiendo en pleno preámbulo. Y de pronto estoy en una película surrealista en la que no sé si soy la protagonista o la extra.

Fabi suelta una risa suave.

—Tía, estás colgada por él.

Trago saliva.

—Y eso me jode.

Ella se queda callada unos segundos, como si estuviera decidiendo si cruzar una línea invisible.

Al final lo hace.

—¿Quieres saber algo que no te he contado nunca?

La miro.

—Claro.

Fabi da un sorbo a su crema de orujo y se aclara la garganta.

—Antes de que Sergio se fuera, vino a verme. Estaba destrozado, Paula. Y no digo "jodido" de forma figurada. No podía ni hablar sin que se le quebrara la voz. Me preguntó qué podía hacer para no perderte. Estaba dispuesto a quedarse. A renunciar a todo.

Mi corazón se detiene un segundo. Luego se acelera.

—¿Y tú qué le dijiste?

Fabi baja la mirada.

—Le dije que si no seguía su sueño, te lo echaría en cara toda la vida. Que mejor se fuera, porque quedarse a medias le haría resentirte. Y eso acabaría matándoos.

Un nudo se forma en mi garganta.

—Me odió por decíselo, pero lo hizo. Se fue. Con el corazón en un calcetín, como diría mi madre. Y yo lo entendí. Porque tú también merecías que te amaran sin condiciones, no con dudas.

Las lágrimas me pican en los ojos, pero me las trago como una adulta funcional que está intentando no venirse abajo.

—Él también sufrió, Paula. Pero también luchó. Por ti. Solo que no lo viste.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos.

Fabi me aprieta la mano.

—A veces, el amor no se acaba. Solo cambia de forma. Y cuando vuelve, hay que decidir si vale la pena reconstruirlo o dejarlo ir.

Y en ese silencio compartido, bajo el cielo estrellado y con los ecos de una Wii resonando en el fondo, yo empiezo a preguntarme si todo lo que siento por Sergio puede volver a caber en el presente.

Porque lo que me dijo Fabi ha reescrito una parte de la historia que yo creía cerrada.

Y ahora ya no estoy tan segura de nada.

62
Sergio

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 23:06**

📌 **Objetivo:** Dejar de huir del pasado y decidir luchar por el presente.

📌 **Dificultad:** Media/Alta.

Estoy en el jardín, en la parte más alejada, donde las luces de la casa no alcanzan y el cielo se ve más claro.

El cigarro entre mis dedos ya se ha consumido a la mitad, pero no me apetece dar otra calada.

Sabe a mierda.

A humo sin sentido.

Mis pensamientos están revueltos.

Paula.

Siempre ella.

Su piel.

Su voz.

Ese "no debería, pero..." que me taladra el pecho desde que entramos en esta casa rural.

—¿Estás teniendo una conversación profunda contigo mismo o con el cigarro? —pregunta una voz detrás de mí.

Me giro y ahí está Javi, con una cerveza en cada mano y una sonrisa cansada.

Me pasa una sin preguntar, luego se deja caer a mi lado, como si llevara esperando todo el día para esto.

—¿Y bien? —dice tras un trago—. Tienes cara de tipo que está al borde de algo.

Suspiro, mirando hacia el cielo. Las estrellas no se ven mucho, pero hay una calma ahí arriba que me dan ganas de arrancarme el corazón y dejarlo colgando entre las nubes.

—Sigo enamorado de ella, tío. Y no sé qué coño hacer con eso.

Javi no dice nada, solo bebe, esperando que siga.

Me sorprende su silencio.

Está acostumbrado a soltar chascarrillos, pero hoy, parece que ha entendido que necesito otra cosa.

—El día que hice la maleta... no fue lo que todos piensan —empiezo, con la voz más baja de lo que me gustaría—. Fue una pelea estúpida. Yo acababa de aceptar el trabajo en Barcelona. Tenía que salir al día siguiente. Paula y yo discutimos. No era una gran pelea, pero… joder, en ese momento todo se volvió tan frágil. Nos gritamos. Me dijo que si me iba así, sin hablarlo, sin planearlo juntos, no me esperaría.

Javi asiente, en silencio.

—Fui a casa, metí un par de cosas en la maleta... pero la dejé abierta, en mitad del salón. Me senté en el sofá. Esperé. No sé qué esperaba exactamente. Que ella viniera, que me frenara, que me dijera algo que me hiciera quedarme.

—¿Y fue?

—No. —Sonrío con amargura—. Y tampoco la busqué yo. Nos encerramos cada uno en su orgullo. Y al final me fui.

Hago una pausa, tragando saliva, recordando esa sensación pegajosa de vacío.

—El primer día en Barcelona fue... mierda. —Me río sin humor—. Me senté en aquel mini piso que me alquilé por Mil Anuncios. Estaba solo, rodeado de cajas y con una pizza congelada en el horno. Tenía el móvil en la mano. Estuve a punto de llamarla como veinte veces. Pero no lo hice. Me dije que si me había ido, era por algo. Que si ella no me había llamado, era porque no le importaba. Luego sí que lo hice, claro, durante días, semanas… pero ella no quiso saber nada de mí y con razón.

—¿Y las fotos?

—Ahí siguen. —Me paso una mano por la cara, agotado—. Nunca pude borrarlas. Ni una sola. Ni la de ella comiéndose un helado, ni la de los dos abrazados en la cama, ni la jodida selfie borrosa en la que salimos medio dormidos.

Javi traga saliva.

—¿Sabes lo jodido? —sigue él—. Que nunca hablasteis de verdad. Que simplemente... dejasteis de hablar.

—Lo sé. Por eso me estoy volviendo loco aquí. Porque ahora que la tengo delante, ahora que sé que todavía siente algo… es peor. Porque quiero volver a empezar, pero no sé si me va a dejar.

Nos quedamos en silencio, los dos mirando al cielo como si esperáramos que las estrellas nos dieran permiso para volver atrás.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Javi.

—Lo que sea —respondo sin dudar—. Esta vez, no pienso dejarlo en manos del destino. No me puedo permitir perderla otra vez por cobarde.

Javi sonríe.

—Esa es la actitud. Pero recuerda: no te pases de intenso o se asusta. Ya la conoces.

—Créeme, lo tengo claro. Paula no se deja convencer con discursos. Se convence con hechos.

Y esta vez, estoy decidido a demostrarle que sigo siendo su casa. Aunque tengamos que volver a construirla desde los cimientos.

63
Paula

📍 **Sábado por la noche**

🕒 **Hora: 23:30**

📌 **Objetivo:** Sacar del pecho lo que he guardado durante este tiempo y decidir si aún queda algo que salvar.

📌 **Dificultad:** Nivel catarsis.

La casa está en completo silencio.

Ni risas, ni pasos, ni ese murmullo de fondo que nos ha acompañado durante todo el fin de semana. Solo el zumbido lejano de los insectos tras las ventanas abiertas y el eco amortiguado de una televisión encendida en el salón, probablemente olvidada.

Camino descalza por el pasillo, arrastrando los pies sobre la tarima como si me pesaran los pasos.

Como si me pesara el corazón.

Cuando abro la puerta de la habitación, la encuentro en penumbra.

Solo está encendida la lamparita de su mesilla, proyectando una luz cálida que baña la silueta de Sergio sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas sobre las sábanas.

No levanta la vista cuando entro.

Pero sé que me ha sentido.

Su quietud es demasiado perfecta.

Cierro la puerta con cuidado, como si un ruido más alto pudiera hacer que todo se rompiera.

Otra vez.

Camino despacio hasta el borde de la cama y me siento.

Lo miro.

Él sigue sin decir nada.

Está ahí, con esa expresión que mezcla cansancio y culpa.

Y entonces suelto, con una voz que me sale más firme de lo que esperaba:

—Fabi me ha contado lo que le dijiste antes de irte.

Silencio.

El tipo de silencio que duele.

El que viene cargado de cosas que no se dijeron cuando tocaba.

Sergio no reacciona, no se excusa.

Y eso… eso me da permiso para romperme.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué no peleaste por mí? —le pregunto, la voz empezando a quebrarse—. ¿Sabes lo que fue quedarme aquí mientras tú empezabas una vida nueva? Fingiendo que no me dolías. Que no me faltabas.

Él traga saliva. Yo lo noto. Pero sigue en silencio.

Y yo ya no puedo contenerlo más.

—Me sentí prescindible. Como si hubieras elegido irte con una facilidad que me destruyó. Como si hubieras hecho las maletas… y de paso también me hubieras empaquetado a mí.

Mis lágrimas comienzan a caer.

No disimuladas.

No suaves.

De esas que nacen de lo profundo, que te arden por dentro y salen sin permiso.

—Seguí con mi vida. Me levanté. Trabajé. Sonreí. Pero no se me pasó. Ni una sola jodida semana de estos últimos meses sin preguntarme por qué no te quedaste. Por qué no luchaste más. Por qué no me elegiste a mí.

Entonces, él se mueve, se acerca despacio y me rodea con los brazos.

Y yo, estúpidamente dolida, le golpeo el pecho una vez.

Después otra.

Hasta que no me quedan fuerzas para más que apoyarme en él y llorar.

—Perdón —susurra, sin intentar justificarse—. Por todo.

Y esa palabra, maldita sea…

Esa palabra dicha desde el pecho, sin defensas, sin excusas, me desarma más que cualquier discurso.

No sé cuánto rato pasamos así.

Él abrazándome.

Yo llorando como si por fin pudiera hacerlo en paz.

Cuando levanto la vista, él está tan cerca que solo puedo mirarlo.

Y sé que en sus ojos no hay solo arrepentimiento.

Hay amor.

Hay ese amor que nunca se fue.

—No puedes aparecer ahora y querer reconstruir lo que destrozaste —susurro, aun con un nudo en la garganta.

—No quiero reconstruir —responde él, con voz baja—. Quiero empezar de nuevo. Pero contigo.

Nos miramos.

Y entonces, lo beso.

Es lento, sin prisa, sin urgencia.

Es un beso lleno de perdón, de emoción acumulada, de promesas aún no dichas.

Sus manos me acarician el rostro con una delicadeza que me parte en dos.

Mis dedos se hunden en su camiseta.

Nos buscamos como si nos conociéramos de toda la vida… porque así es.

Nos desnudamos con calma.

Cada prenda que cae es una barrera menos.

No hay rabia esta vez.

Ni desesperación.

Solo él.

Solo yo.

Nuestros cuerpos se encuentran como si recordaran lo que era esto.

Como si nunca hubieran olvidado el lenguaje del otro.

Nos miramos a los ojos mientras lo hacemos.

Mientras sus caderas se mueven sobre las mías con ternura, con cuidado, con una intensidad que no se explica con palabras.

Yo le acaricio la espalda.

Él me besa la clavícula.

Nos encontramos en mitad de la herida.

Y allí, entre jadeos, lágrimas secas y sábanas enredadas, siento que por primera vez en meses… respiro.

Nos quedamos así después.

Enredados.

Sin hablar.

Y por primera vez, no me asusta lo que siento.

No me asusta estar rota.

Porque por fin, él está aquí.

Y yo no estoy sola.

64
Paula

📍 **Domingo por la mañana**

🕒 **Hora: 07:28**

📌 **Objetivo:** Dejar que el amor entre de nuevo a mi vida.

📌 **Dificultad:** Nivel "me explota el pecho y no sé qué hacer con esto"

El amanecer me encuentra sola, como tantas otras veces, solo que en esta ocasión es diferente: hoy no duele.

Me levanto sin hacer ruido, con la luz tenue que se cuela entre las rendijas de la persiana deslizándose por la pared.

Sergio duerme boca abajo, el brazo extendido hacia mi lado de la cama, como si aún en sueños quisiera tenerme cerca.

Me quedo un segundo mirándolo.

La barba desordenada, las pestañas oscuras, el cuerpo relajado como solo se relaja el que lleva demasiado tiempo en tensión.

Contengo las ganas de acariciarle la espalda, de volver a meterme bajo las sábanas, de quedarme.

Pero no lo hago, porque la cabeza me estalla de tantos pensamientos que se mueven dentro de mi cerebro.

Tantas sensaciones…

Tantos estímulos…

Tantos recuerdos…

Mi piel todavía arde por sus labios, por sus caricias, por sus besos.

Cojo una camiseta, mis bragas del suelo —benditas sean, porque anoche las olvidé—, y me escapo en silencio por el pasillo.

Camino descalza, con cuidado de no pisar a Javi, que duerme tirado en el suelo, en medio del salón, como si fuera una estrella de mar borracha.

Llego a la cocina, pongo agua a calentar y preparo café.

El aroma no tarda en invadir mis fosas nasales de manera placentera y no pierdo tiempo en salir al jardín con una taza humeante entre las manos.

Hace fresco; la brisa temprana acaricia mi piel y me despeina el moño improvisado.

La hierba aún está húmeda bajo mis pies por el rocío, el cielo teñido de tonos lavanda y rosa, y por un segundo, parece que el mundo se ha detenido.

Me siento en una de las tumbonas y consulto mi teléfono móvil, casi olvidado desde que llegamos aquí.

Pantalla encendida.

Notificaciones.

Instagram: 8 menciones nuevas.

Resoplo, ya con la sonrisa medio dibujada.

@carmenqueen nos ha etiquetado en una story grupal borrosa donde apenas se distingue quién es quién, pero en la que claramente yo estoy gritando algo con una copa en la mano y Javi se ha puesto la peluca de unicornio que Brenda trajo "por si las risas".

Paso a la siguiente: un vídeo de Brenda y Esther bailando agarradas, riendo, sin soltarse.

Otra: David haciendo el *moonwalk* con calcetines mojados y cayéndose de culo.

Una selfie: Marina desde el coche patrulla, haciendo la V con los dedos y la cara de "yo controlo".

Sonrío.

Y lo hago de verdad.

Una de esas sonrisas que salen desde el estómago, aunque un poquito también desde el corazón.

Sigo mirando.

Una foto que ha colgado Fabi en la que salimos Sergio y yo bailando.

Me congelo.

No la había visto.

No sabía que alguien la había hecho.

Estoy de espaldas, él de frente.

Sus manos en mi cintura, las mías en su nuca.

Mis ojos cerrados.

Su mirada clavada en mí.

Hay algo en esa imagen… algo que me remueve más de lo que esperaba.

Parecemos los mismos de siempre, pero al mismo tiempo, tan distintos.

Un "antes y después" sin que nadie lo supiera.

Vuelvo a la pantalla principal.

Notificación nueva de *@sergioechevarría.*

Miro el circulito rojo, el icono de story activa.

Dudo.

Pero entro.

Es una foto.

De mí.

De anoche.

Estoy sentada en la mesa de la terraza, con la barbilla apoyada en la mano y la mirada perdida en el fuego de la barbacoa.

El pelo revuelto, la luz cálida de la bombilla colgante detrás de mí, y un gesto en la cara que no sabría definir.

Serena.

Triste.

Pensativa.

Yo.

En la esquina superior, ha escrito:

"A veces, la cámara capta lo que el corazón no se atreve a decir."

Me quedo sin aire, porque sé que no habla de la foto.

Habla de nosotros.

Cierro Instagram.

No quiero llorar.

No hoy.

No ahora.

Abro la aplicación de Notas.

Pulso en una hoja nueva.

Y escribo: *Nunca pensé que volver a verte me pondría el mundo del revés. Pero aquí estamos. Y esta vez, no quiero huir. Esta vez,*

quiero quedarme. A pesar del miedo. A pesar de lo que no sé. Porque contigo, cualquier lugar se vuelve hogar.

Miro el texto y con el corazón encogido, lo guardo.

No lo envío.

Todavía no.

Porque aunque sé lo que quiero… aún necesito estar segura de que él también lo quiere.

De verdad.

De forma madura.

Sin huir.

Suspiro, bebo un trago de café que ya se ha enfriado, y me encojo bajo la sábana que he cogido del sofá.

Me quedo ahí.

Sola.

En paz.

Esperando que el mundo despierte.

Y con él…

Nosotros.

65
Sergio

📍 **Domingo por la mañana**

🕒 **Hora: 07:34**

📌 **Objetivo:** Volver a empezar.

📌 **Dificultad:** Casi inexistente. Es todo lo que necesito.

El cielo todavía está aprendiendo a ser azul cuando abro los ojos.

El silencio me recibe como si no quisiera romper nada y, por un segundo, creo que todo ha sido un sueño.

La noche.

Su piel.

Su voz temblando entre mis manos.

Ese instante de redención compartida.

Pero el lado de la cama donde ella ha dormido está frío.

Parpadeo despacio.

La sábana arrugada conserva su forma, su olor.

La noto en el aire, en el leve desorden que ha dejado su cuerpo, como si el colchón la echara de menos igual que yo.

Me siento en el borde de la cama, frotándome la cara, con el corazón aún atado a lo que pasó.

No me pongo camiseta, no necesito protegerme de nada.

No hoy.

Cruzo la casa en silencio, descalzo, mientras los primeros rayos del sol se cuelan por las ventanas entreabiertas.

Todos duermen. Algunos en el sofá, otros abrazados a cojines o entre sí.

Hay una quietud de resaca emocional y de vino a medias.

Y entonces la veo, está en el jardín sentada en una de las tumbonas con una taza de café entre las manos.

Lo sé porque el aroma todavía flota en el interior de la casa.

Lleva puesta una camiseta de pijama amplia.

Es de estrellitas, el mismo que usaba cuando aún vivíamos juntos y tenía insomnio, y me pedía que le contara cosas solo para distraerse.

Tiene el pelo recogido en un moño mal hecho. Está descalza.

Y juro que no hay nada en el mundo más bonito que ella ahora mismo, ahí sentada, sin armaduras.

Ojalá hubiera cogido la cámara de fotos, pienso.

No digo nada cuando me acerco hasta ella, solo camino despacio hasta sentarme a su lado.

El césped está húmedo bajo mis pies y el aire huele a noche que se está yendo.

Paula no gira la cabeza, pero sé que me ha sentido llegar.

Su cuerpo no se tensa.

No se aparta.

Y eso, ahora mismo, lo es todo.

Nos quedamos así, durante algunos segundos que parecen eternidades chiquititas.

—No podía dormir más —dice finalmente, con voz suave, como si no quisiera asustar a la calma.

—Yo tampoco —respondo, sin necesidad de fingir otra cosa.

Vuelve a dar un sorbo a su taza y se le escapa un suspiro.

Le miro el perfil.

Las pestañas.

La forma en que su mandíbula se relaja cuando no está peleando contra el mundo.

O contra mí.

—¿Sabes qué he pensado cuando me he despertado y no estabas? —pregunto, bajito.

Ella niega con la cabeza.

—Que me había ido otra vez.

Paula no dice nada, aprieta un poco más la taza entre los dedos y no me mira.

—No te voy a volver a perder —añado, sin adornos—. No si todavía queda algo que salvar.

Y entonces ella se gira.

Despacio.

Con los ojos brillantes, no de lágrimas, sino de cosas contenidas.

De palabras no dichas.

Nos miramos.

En silencio. En presente. En paz.

—Te he buscado en todos lados estos meses —le digo, en voz tan baja que casi es un pensamiento—. Pero no sabía que lo único que tenía que hacer era volver a casa.

Paula traga saliva, baja la mirada a su taza, se muerde el labio.

Y luego, sin decir una palabra, apoya su cabeza en mi hombro.

Yo cierro los ojos.

Mi mano busca la suya.

Este amanecer nos ha encontrado donde teníamos que estar.

Juntos.

Sin prisa.

Sin escudos.

Sin más promesas rotas.

Solo nosotros.

Nos quedamos así un rato más, callados, dejando que el mundo respire alrededor.

Paula no habla, pero su pulgar roza el dorso de mi mano con un movimiento lento, casi involuntario.

Como si no supiera que está acariciándome.

Como si su cuerpo me recordara incluso cuando su cabeza todavía duda.

Y yo… yo estoy en paz.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo ganas de huir, ni de hablar por encima del silencio, ni de llenar los huecos con excusas.

Solo quiero quedarme así.

A su lado.

En esta especie de tregua emocional que hemos construido con retazos de madrugada y verdades a medio curar.

La miro de reojo y pienso: *Esto es lo que vale la pena.*

Todas las preguntas.

Todos los reproches.

Todas las putas canciones de aquella lista que creí que ya no podía escuchar.

Ella.

Mi casa, mi luz, mi norte.

Y me doy cuenta, ahora más que nunca, que no necesito que me diga nada.

No necesito que me prometa.

Ni que me jure.

Ni que me dé certezas.

Solo necesito que siga aquí.

Y si lo está, aunque sea solo un poco…

Entonces, yo me quedo.

Siempre.

66
Paula

📍 **Domingo por la mañana**

🕒 **Hora: 11:32**

📌 **Objetivo:** Despedirse sin llorar.

📌 **Dificultad:** Media/Alta.

Cuando abro los ojos, el sol ya ha empezado a colarse por las rendijas de la persiana. No es un sol agresivo ni cargante. Es ese tipo de luz dorada que parece acariciar la piel con dedos tibios, que se cuela entre las sábanas desordenadas y promete un nuevo comienzo.

Me giro y ahí está él.

Sergio.

Dormido, tranquilo, con la cara medio escondida entre la almohada y el hueco de mi cuello.

Una de sus manos descansa sobre mi cintura, como si todavía temiera que me escapara en mitad de nuestro sueño tras desayunar en el jardín y hacer el amor de nuevo después.

No lo he hecho.

Irme, digo, por supuesto.

La sola idea ya me remueve por dentro.

Esta mañana sus caricias han tenido un ritmo más lento, más seguro.

Luego nos hemos quedado dormidos abrazados, como si estuviéramos intentando retenernos con el cuerpo antes de que la cabeza lo estropeara.

Respiro hondo y me separo con cuidado.

Me pongo su camiseta —porque sí, porque es cómoda, y porque huele a él—, y camino descalza hasta la cocina.

Otra vez.

La casa está... demasiado silenciosa.

Hasta que no está.

—¡¡¡TOMA!!! —grita Javi desde el salón, con un mando de la WII en la mano y el entusiasmo de un niño de seis años después de su tercer vaso de Coca-Cola.

Esther y Brenda están a su lado, jugando al tenis virtual como si se jugaran la custodia de un gato.

Fabi grita desde el sofá indicaciones que nadie sigue.

Carmen, por supuesto, lo graba todo para su cuenta secundaria @PlanazosDeLocura.

Pero una ausencia pesa: Marina.

Después de que la policía se la llevara anoche —con su toalla en la cabeza y su dignidad medio en pie—, todos decidimos que la fiesta oficialmente había muerto de causas naturales.

O legales.

A saber.

—¿Tú crees que la sueltan hoy? —pregunto a Fabi mientras me acerco con una taza de café.

—¿Antes del mediodía? Ni de coña —dice ella, bostezando y sin quitar la vista de la pantalla—. Estoy preparando un borrador para su defensa por si acaso. Pero si repite lo de "fue Patricia", yo me desentiendo.

Brenda se echa a reír.

—¿Habéis visto que ha subido una foto en la que Marina hace la V desde el coche patrulla?

—¿Y la ha editado con una corona de princesa encima? —añade Esther—. No sé si me da vergüenza ajena o orgullo.

—¡Orgullo! —responde Carmen desde el otro sofá, con el móvil en alto—. ¡Mi contenido ha subido un 13% en interacciones desde el incidente! Marina es mi musa.

Mientras ellas hablan, Sergio aparece en el umbral del pasillo. Está despeinado, sin camiseta, con esa cara de recién levantado que me hace daño de lo bonita que es.

Me mira.

Le sonrío.

Y por primera vez, no hace falta fingir que no nos está pasando nada.

David llega arrastrando una maleta. Viste ropa de ciudad, ya con un pie fuera del finde.

—Bueno, me voy. Mañana firmo la hipoteca. Necesito entrar en modo adulto en cuanto cruce esa puerta.

—¿Seguro que quieres irte? —pregunta Javi, abrazándolo con dramatismo exagerado—. Aún hay pizza fría en la nevera y memes por crear.

—Me voy, pero con trauma emocional crónico, no te preocupes —responde David—. Gracias por este fin de semana... ha sido intenso.

—Y judicialmente inolvidable —añade Carmen.

David se despide de todos.

Brenda y Esther recogen sus cosas poco después, diciendo que les apetece desayunar fuera, hablar con calma.

Fabi bosteza, con un moño deshecho que grita "domingo sin expectativas".

—¿Y tú, Paula? —pregunta Carmen antes de irse—. ¿Ya sabéis qué vais a hacer tú y el señor sin camiseta?

La miro de reojo.

Sonrío.

No respondo.

Al rato, cuando la casa ha quedado medio vacía, cuando las mochilas se cierran y las tazas de café se enfrían, Sergio aparece con dos tazas más.

Me busca.

Me encuentra.

Nos sentamos en las escaleras que dan al jardín.

Silencio compartido.

Del bueno, del que ya no incomoda.

—¿Y ahora qué? —pregunto, bajito, sin apartar la mirada del cielo que ya se ha despejado del todo.

Sergio me tiende su taza, se encoge de hombros con esa media sonrisa que ya me sé de memoria.

—Ahora, café. Y después… lo que venga.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me da miedo no tener la respuesta.

Porque hoy, justo hoy, el presente también sabe a futuro.

Epílogo

Un año más tarde

La casa de David está a las afueras de Madrid, en una urbanización tranquila con árboles altos, aire limpio y ese tipo de silencio que uno no escucha nunca cuando vive en pleno centro.

Tiene jardín, piscina, un porche con luces cálidas colgadas como guirnaldas y una barbacoa que, según él, "hace que cualquier filete sepa a gloria".

Spoiler: no es para tanto, pero se lo dejamos creer.

El sol cae suave sobre la tarde.

Estamos a mediados de junio y el ambiente huele a brasas, a cerveza fría y a felicidad de esa que no hace ruido pero se instala en el pecho.

—¡Quien toque antes las croquetas, pierde un dedo! —grita Marina, plantándose delante de la bandeja.

Fabi levanta una ceja, elegante como siempre, vestida con un pantalón palazzo blanco y una copa de vino en la mano.

—Te recuerdo que ahora soy abogada con bufete propio. Puedo demandarte por intento de homicidio con harina y bechamel.

—Pues demándame —responde Marina—, pero estas croquetas son mías.

Fabi resopla y le roba una sin pestañear.

Yo me río desde mi rincón en el porche, con la cámara colgada al cuello y la mirada perdida en el grupo que tanto me ha dado y al que, durante un tiempo, creí haber perdido.

Carmen está haciendo un directo para sus 600 mil seguidores desde la tumbona más instagrameable del jardín.

Lleva un pareo de lino blanco, gafas gigantes y una bebida de colores imposibles en la mano.

—Chicos, ¡saludad! —grita a cámara—. ¡Estamos en la barbacoa del año! ¡Hashtag: Amistad de la buena! ¡Hashtag: Marina libre!

—¡Libertad para las croquetas! —grita Javi.

Todos se parten de risa.

Brenda está al lado de Esther. Tiene las uñas recién pintadas de azul y lleva una flor prendida en el pelo. Desde hace meses, su sonrisa es distinta cuando la mira.

Y Esther… bueno, ella la mira igual.

—¿Explorando? —le pregunté antes a Brenda en la cocina.

Ella se encogió de hombros y dijo, con una sonrisa que no se puede fingir:

—En pleno safari.

Y yo, que durante mucho tiempo viví pensando que las cosas bonitas no eran para siempre, me di cuenta de que a veces sí lo son. O al menos, que pueden durar tanto como uno esté dispuesto a cuidarlas.

Raúl aparece por la puerta del salón con una pequeña en brazos.

—¡Venga, que Inés quiere saludar!

Laura le sigue de cerca, con el pelo recogido en una trenza y esa luz en la mirada que solo tienen las mujeres que han sobrevivido al caos de un bebé recién nacido y aún tienen energía para sonreír.

Todos se acercan.

Hacemos un semicírculo torpe pero lleno de cariño.

—¡Mirad qué ojazos! —dice Carmen.

—¡Tiene tus cejas, Raúl! —grita Brenda, señalándolo con una patata frita.

—¡Sus cejas y mi carácter! —responde Laura—. ¡Ya manda más que él!

Raúl pone cara de víctima, pero besa la cabeza de su hija como si fuera un premio.

Y entonces la veo a ella.

Paula.

Con un vestido azul claro que le deja los hombros al descubierto, el pelo recogido de forma informal y esa sonrisa que ha vuelto a convertirse en mi hogar.

Hace un mes que volvimos a vivir juntos.

Hace un mes que empaqué mi piso de Barcelona, cerré la puerta con un "hasta nunca" y volví a Madrid sin fecha de regreso.

Estuvimos tanteando nuestra nueva relación de forma lenta, sabrosa, despacio, como si el tiempo no pasara y las agujas del reloj

no existieran.

Midiendo cada decisión hasta que…

Volví a ella.

A Madrid.

A ese nosotros que una vez solté y que nunca debí soltar.

Ella aún se ríe de que me trajera una planta, una tostadora y tres cámaras pero olvidara los calcetines.

Aún así, me recibe cada noche con esa forma suya de mirarme que me hace sentir que, por fin, estoy donde debo.

Hoy he traído algo más.

En el bolsillo de mi pantalón está el anillo.

En la *playlist* del altavoz, la última canción de Álvaro de Luna, esa que suena a nosotros.

Y en mi pecho… el corazón como una puta bomba de relojería.

Espero al momento justo.

Cuando todos están brindando, cuando Javi hace una imitación terrible de Marina en el coche patrulla, cuando nadie se lo espere.

La miro.

Le tiendo la mano.

—Ven un segundo.

Paula me mira, intrigada.

—¿Qué tramas?

—Confía.

La llevo al rincón del jardín donde hay menos gente. Allí donde caen las lucecitas del porche en forma de lluvia y el sonido del altavoz empieza a cambiar de canción.

Suena *En tu costado* de Álvaro de Luna.

Ella se detiene.

—¿Esta canción…?

—Nuestra canción nueva. —Saco el anillo del bolsillo.

Lo abro delante de ella, con los dedos temblando como la primera vez que le toqué la cara.

Paula se queda sin palabras.

—Sé que no hace falta un anillo. Sé que ya hemos vuelto, que estamos aquí. Pero quiero que sepas que ahora va en serio. Que todo lo vivido nos ha traído hasta aquí. Que eres mi principio, mi

nudo y mi final. Nunca pensé que volver a verte me pondría el mundo del revés. Pero aquí estamos. Y esta vez, no quiero huir. Esta vez, quiero quedarme. A pesar del miedo. A pesar de lo que no sé. Porque contigo, cualquier lugar se vuelve hogar.

Ella parpadea, porque ese último párrafo que me suelto me lo envió en un mensaje cuando nuestra aventura en la casa rural terminó.

Y luego ríe.

Llora.

Y dice:

—¿En serio?

—Sí.

Me arrodillo.

—Paula, ¿quieres casarte conmigo? Es lo más loco que he hecho por amor.

Ella se cubre la cara con las manos, ríe entre lágrimas y asiente como si le costara contener el corazón.

—Sí. Sí, joder. Claro que sí.

—¿Qué es lo más loco que has hecho tú por amor? —le pregunto, todavía temblando.

—Esperar —dice ella, con sus ojos azules llenos de lágrimas de felicidad.

Los gritos de los demás nos rodean como fuegos artificiales.

Aplausos.

Silbidos.

Carmen grabando.

Javi llorando, cómo no.

Pero yo solo la veo a ella.

Y sé que, después de todo, no importa cuántos años pasen, cuántas veces el destino intente joderlo todo.

Siempre encontraremos el camino de vuelta.

A casa.

A nosotros.

Siempre seré su odioso irresistible EX.

Bueno, ¿qué tal si borramos odioso?

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

-Un canalla encantador
-Querido Santa, quiero un Highlander
-Una niñera para el CEO
-Querido destino, ¡no me gusta mi vecino!
-¿Qué llevas puesto?
-Niñero por sorpresa

Gracias por llegar hasta aquí.

Para enterarte de todas las novedades puedes seguirme en mi perfil de Instagram: @natalia_escribe